

La memoria de los seres perdidos

JORDI SIERRA I FABRA

se

GD

¿Cómo puede reaccionar una joven española a quien anuncian que sus padres no son sus padres?

Hace treinta años, la represión provocada por la dictadura argentina hizo desaparecer a 30.000 personas. Hoy los vivos que no olvidan siguen buscando esa memoria. La historia de Estela es una más. Tan real que aún sigue sucediendo.



Jordi Sierra i Fabra

La memoria de los seres perdidos

Gran angular - 357

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2020

A los desaparecidos de todo el mundo, a sus familias, y a
quienes han consagrado su vida a buscarlos.

PRIMERA PARTE
Luna llena

1

La pequeña revolución se inició en el instante en que sonó el timbre de la puerta.

Y con ella, los últimos nervios acabaron por desaparecer.

Era la hora.

El gran momento.

La propia Estela salió de su habitación y recorrió el pasillo de la casa para ir a abrir la puerta. Alexandra le guiñó un ojo al verla pasar, asomada a su dormitorio. Por detrás, en la sala, se escuchó el movimiento de sus padres, uno incorporándose de la butaca y otra suspirando por el final de la espera.

Estela se detuvo sólo un instante, para girar la cabeza y ver su aspecto en el espejito del recibidor. No hizo nada. Ya no era necesario. En realidad jamás se había sentido más hermosa. Y no únicamente por su imagen exterior. Sonrió. Finalmente hizo girar el tirador con su mano derecha y abrió. El rostro plácido y la figura de Miguel quedaron enmarcados por el quicio de la puerta, recortados contra la tenue y difusa luminosidad que procedía de la vieja escalera situada a su espalda.

Los dos se miraron. Los dos sonrieron.

Y después se besaron.

De forma suave, en los labios.

—Hola —dijo él.

—Hola —dijo ella.

—¿Qué tal?

—Ánimo.

—Ya.

Miguel entró y ella cerró la puerta. Luego lo cogió de la mano libre, porque en la otra llevaba una caja con un lazo perfectamente envuelta en

papel de regalo, para avanzar juntos por el pasillo. La primera en aparecer, cómo no, fue Alexandra. Estela hizo la primera parada.

—Alexandra... —comenzó a hablar su hermana mayor.

—¡Hola, cuñado! —le saludó ella con abierta cordialidad, sin dejar que terminara la presentación.

Y lo besó en ambas mejillas.

Sus ojos chisporroteaban, su sonrisa era picara y al mismo tiempo ingenua, feliz y radiante. Obviamente estaba de su parte. Como cualquier adolescente, el amor se presentaba siempre con una fascinación de mágica aureola que lo convertía en Lo-Más-Importante-Del-Mundo. Miguel ya la conocía de sobra a través de los comentarios de Estela, así que estaba preparado.

Él también sonrió.

Alexandra miró a su hermana.

—No sé de dónde sacaste lo de que era feo. A mí me parece bastante bien.

—¡Oh, cielos! —gimió Estela sin ofenderse por la broma.

—Venga, vamos —tomó la iniciativa Alexandra pasando de su propia broma—, que quiero ver la cara que ponen.

Ella misma se puso en medio de los dos, los agarró del brazo y los arrastró en dirección a la sala. Fueron tan sólo cinco pasos. Armando Lavalle estaba de pie en mitad de la estancia. La madre, Petra, junto a la mesa ya preparada para la cena. La primera cena. En medio del nuevo silencio, las miradas abrieron rápidos surcos en el aire, multiplicándose y concentrándose en dos direcciones: las de ellos, en el recién llegado; y la del recién llegado, en ellos, especialmente en el padre de su novia. Fue como un ligero intercambio de sensaciones, a la búsqueda de una primera impresión que diera nuevas pistas o reforzara las ideas preconcebidas. La que seguía estando más tranquila era Estela. Quería a todas las personas que se encontraban en la sala en ese instante. De muy distintas formas pero las quería. Eran su mundo, su familia y, por supuesto y con respecto a Miguel, también su futuro. Todo estaba allí.

No dudaba de que todo iría bien.

—Papá, mamá —anunció con solemnidad—. Este es Miguel.

Los dos hombres extendieron su mano derecha hacia el espacio abierto entre ellos. Se la estrecharon con fuerza, mirándose a los ojos. La seriedad del padre de Estela no hizo que menguara la sonrisa en la cara de él. El intercambio, de manos y miradas, duró apenas dos segundos, pero fue intenso. Fue Miguel quien cedió para dirigirse a la madre de su novia, a la que besó en ambas mejillas con decisión.

—Señora...

El rostro de Petra Puigbó de Lavalles se inundó con una sonrisa serena, y acto seguido dirigió la mirada en dirección a su hija mayor. Fue también muy breve y fugaz, pero en ella encerraba un completo universo de sensaciones, o más aún: de aprobaciones. Volvió a centrar sus ojos en el muchacho, e instintivamente, levantó su mano y le presionó el brazo con nada disimulado afecto. Sus palabras fueron más que una salutación. Fueron una llave de paz y aceptación.

—Bienvenido a esta casa, hijo.

—He traído esto. He pensado que para celebrar el momento...

Le entregó la caja. La madre de Estela formuló las habituales reconvenciones: «No tenías que haberte molestado», «Qué detalle»... y procedió a romper el envoltorio de la caja de madera para descubrir el cava Gran Reserva que contenía. Mientras lo hacía, Miguel sintió clavados en su perfil los ojos de Armando Lavalles. El hombre todavía no había hablado. Estela tenía razón: impresionaba bastante.

Y no por ser el padre de la mujer que amaba, sino por su estatura, sus penetrantes ojos, su seriedad. Estela le había definido como un «hombre de silencios que mataba con la mirada». Y era verdad. Aun así, siguió relativamente tranquilo. No era un monstruo. No iba a quitarle nada. Sólo estaba enamorado de su hija.

Y ella de él.

Perdidamente.

Petra sacó la botella de la caja. Se la pasó a su marido.

—Buena marca —concedió él—, y buena elección.

Su voz era recia, su tono fuerte, endulzado por el característico acento de su país de origen.

—Gracias, señor. Estela ya me advirtió que era usted un experto.

—Voy a ponerlo en la nevera —anunció su madre.

Fue Alexandra la que, cómo no, rompió el pequeño estatismo de la escena.

—Bueno, ¿qué?, ¿nos ponemos solemnes o nos relajamos?

—Haz los honores, venga —la invitó su hermana mayor—. Yo voy a ayudar a mamá.

Y siguió los pasos de la mujer, dejando solos a los tres.

Por primera vez, Miguel se sintió un poco perdido. La necesitaba a su lado, por lo menos hasta que no tuviera un mínimo de confianza con Armando Lavalle.

—¿Qué quieres tomar, cuñado? —escucharon la voz llena de tintineos de Alexandra.

Estela y su madre salieron de la sala. No hicieron más que entrar en la cocina cuando la muchacha la detuvo en seco y la miró fijamente, con una sonrisa abierta de oreja a oreja.

—¿Qué tal? —quiso saber.

—¡Hija, pero si acabo de conocerle! —protestó ella.

—Bueno, pero la primera impresión es la que cuenta, y tú eres muy perceptiva, mamá.

—Parece buen chico, pero sois tan jóvenes que...

—Vale, pero te gusta, ¿verdad?

Petra Puigbó esbozó la más conocida de sus sonrisas, la que motivaban la ternura y la paz, la sensación de haber hecho las cosas bien y comprender que todo seguía su camino, un camino estable y serenamente delimitado. Sus ojos se convirtieron en dos rendijas de amor humedecidas por la conjura de todos sus sentimientos. Volvió a levantar su mano derecha, pero no para presionar el brazo de su hija, como acababa de hacer con su novio, sino para acariciarle la mejilla.

Después, por toda respuesta, se acercó a ella y la besó en la frente.

Un beso largo, cálido y profundo que contenía todo lo demás.

2

La aparición de Fina cambió la paz por la guerra, el silencio por la furia, la calma por la convulsión. No por esperada, su llegada fue menos tempestuosa. Su amiga la abrazó por detrás, la besó en la mejilla, la presionó con fuerza y acabó estallando junto a su oreja:

—¡Ya estoy aquí! ¡Vamos, suéltalo todo que me muero de ganas!

Estela dejó que la rodeara y se sentara en la mesa, frente a ella. No había nadie cerca, así que su intimidad quedaba a salvo de miradas u oídos ajenos. Le hizo gracia el comportamiento expansivo de Fina. Desde que todo aquello había comenzado, parecía vivir mucho más intensamente su amor que cualquiera de los muchos que ella ya había tenido a lo largo de los últimos tres años. Probablemente porque Fina se enamoraba y desenamoraba a una velocidad tres veces superior a la del sonido, y también porque más de una vez le había dicho que, en su caso, el día que se enamorara, sería para siempre. Y Fina sabía que hablaba en serio.

—¡Venga, empieza! —protestó su amiga al ver la calma con que se lo tomaba ella.

—Mujer, ¿qué quieres que te diga?, fue todo bastante normal.

—¿Cómo que normal? Les presentas a tu novio, ¡tu-no-vio! —recalcó las dos últimas palabras con un gesto de clara afectación—, y dices que todo fue «bastante normal». ¡No me vengas con chorradas!, ¿quieres?

—Pues lo fue.

—Vale, eso lo decidiré yo. Tú suéltalo, al detalle. Y por orden: ¿qué pasó al llegar?

—Pues que Miguel trajo una botella de cava que le costó un pastón y que no sé de dónde sacó, porque aún no he podido hablar con él, y que a mi padre le gustó el detalle. A mi madre se le caía la baba y la pesada de Alexandra no paró de llamarle «cuñado».

—¡Cómo se pasa tu hermana, qué morro! —alucinó Fina.

—Huy, pues ella estaba encantada.

—No te fíes: todas las hermanas pequeñas se enamoran secretamente de los novios de sus hermanas mayores. Mírame a mí con Pascual.

—Anda, no exageres.

—Allá tú. ¿A que estuvo cariñosísima y se le colgó del brazo y le dedicó sus mejores coqueterías y tonteó como una loca con él?

—Sí, pero...

—Lo que yo te diga —y para zanzar el tema pasó la mano derecha, con su palma hacia abajo, por entre las dos y por encima de la mesa, haciendo un gesto rápido—. ¿Qué dijo tu madre además de caérsele la baba?

—Que era guapo, muy educado, que vestía bien, que parecía listo...

—¡Anda que tu madre! —sonrió Fina—. No diré que Miguel no sea todo eso y más, pero así, a la primera de cambio...

—También me dijo que me quería mucho, porque cada vez que me miraba se derretía.

—Mujer, es que le tienes colado.

—Y él a mí.

—Sí, la verdad es que dais asco —puso una cara acorde con sus palabras, fingiendo repulsa. Luego la cambió tan inesperadamente como solía hacer para no perder el hilo del interrogatorio—. ¿Y tu padre? ¿Qué dijo Don Feroz?

—Pues... nada.

—¿Nada? ¿Cómo que nada?

—Ya le conoces. No es de los que exteriorizan sus emociones. Sé que le cayó bien, pero por detalles, por impresiones, no porque me lo haya dicho. Ni creo que me lo diga. Me deja hacer, y no creas que no es poco tal y como es él, aunque ha cambiado bastante en estos últimos años.

—Pero ¿no te hizo ningún comentario cuando se fue?

—No. Despedí a Miguel en la puerta, pasamos cinco o diez minutos con el último beso y cuando volví él ya estaba en la cama. Y esta mañana no lo he visto. Eso sí, mi madre seguía muy feliz, lo cual indica que se siente bien, que no le puso pegas. Supongo que esperará a conocerle mejor. Mi padre nunca se precipita por nada. Se piensa las cosas y luego, ¡zas!, te

las suelta. ¿Recuerdas lo que me dijo cuando le conté que tenía novio formal y que iba en serio?: que tenía diecinueve años y ya no era una niña, así que como mujer sabía lo que era el amor, pero que, de la misma forma, tampoco era una mujer del todo ya que acababa de dejar la adolescencia, que no quería que nadie me hiciera sufrir. En pocas palabras me dijo que era mi responsabilidad y que no se metería en mi vida, pero que tuviera cuidado.

—¡Tía, pues eso vale por todo! Mi padre, chico que ve, chico que se carga. Les encuentra todos los defectos del mundo, ya lo sabes.

—Bueno, tú también se los encuentras cuando acabas con ellos.

—¡Es que yo no he tenido tu suerte! —protestó Fina—. Al principio sí, no están mal, pero luego... siempre les sale una tara, un defecto de fabricación. Yo creo que es eso, que están mal fabricados.

—Tú sí que estas tarada. Ya verás el día que te enamores en serio.

—¿Tú crees? —puso cara de dolor de estómago.

—Puedes tomar el relevo de tu tía Augusta, mariposear como ella y pasarte la vida yendo de capullo en capullo.

—Lo de capullo no lo dirás con segundas, ¿vale?

—¡Nooo! —fingió sinceridad Estela.

Fina pasó del ataque de su mejor amiga. Las preguntas seguían bullendo en su ánimo.

—Bueno, y él, ¿qué?

—Ah, estuvo muy bien.

—¿No se cortó para nada?

—Le aleccioné bastante bien, y entendió que, teniendo una familia tan católica y tradicional como la mía, era necesario el formulismo. Estuvo afable, educado, correcto, simpático...

—Una joya, vaya.

—Así es.

—¿Y no le pareció mucho rollo?

—¿Y qué quieres que te diga? En mi casa las palabras «novio», «formal» y cosas así aún tienen un peso. Bastante me dejan hacer teniendo en cuenta que tengo toda la libertad del mundo.

—Ya, pero ahora te controlarán, seguro.

—Cuando le dije a mi madre que tenía novio, me pidió que tuviera cuidado, que no hiciera nada que les avergonzase.

—¿No me digas? —se envaró Fina—. No me lo habías contado, so guarra. ¡Es fantástico!

—No sé qué tiene de fantástico.

—Es tan... no sé, tan antiguo, tan carca, tan de película de esas del siglo pasado con la Emma Thompson esa...

—Tú dile a tu madre que estás en estado y ya verás si es antiguo o carca o de película del XIX.

—Está bien, ¿vale? —Fina se dejó caer hacia atrás y miró fijamente a su compañera, mitad con admiración, mitad con envidia sana, mitad con orgullo y mitad con sincero afecto. Envolvió sus siguientes palabras en un prolongado suspiro—. O sea que... ya lo tienes todo claro.

—Sí.

—Y decidido.

—Bastante.

—¿Cuándo calculas...?

—No lo sé, pero aún falta mucho, mujer. En cuanto acabe los estudios... o a lo mejor antes, si podemos. Por eso he querido que se conocieran y empezaran a quererse.

—Pudo haberte salido mal.

—No, estaba segura de que no. Miguel es un cielo.

—Ya, pero si al final decidís iros a vivir juntos... Seguro que se lo toman fatal.

—Es que a los dos nos parece un poco palo eso de casarnos, y tampoco vamos a esperar, así que...

—Sea como sea, no sabes la envidia que me das. Anda que si pudiera yo largarme de casa...

—Pero si siempre has dicho que con lo bien que estás, a ti te darán la sopa boba hasta los treinta, por lo menos.

Y más ahora que estás sola.

—Sí, ya, pero viéndote a ti... Yo tomo nota, ¿sabes? Eres mi mejor ejemplo.

—Qué burra eres, por Dios.

Fina se desperezó, estirando los brazos. Eso hizo que el camarero, un chico joven y de buena planta, se acercara a ellas. Estela tenía ya un refresco de limón sobre la mesa, así que miró a su amiga con ojos críticos y una sonrisa de ánimo en los labios.

—¿Qué va a ser?

Fina se lo dijo. Y en cuanto el muchacho se dio la vuelta, se inclinó sobre la mesa para confesarle a su compañera.

—Es mono, ¿no?

3

Miguel la esperaba a la salida de las clases, sentado en la moto. Estela se despidió de sus dos compañeras al verle y cruzó la calle en su dirección. Primero le dio un beso en los labios, muy rápido, pero después, al ver que él no se movía, le ofreció un segundo mucho más denso y duradero. Pese a todo, fue ella misma la que lo cortó separándose un poco para vencer la resistencia del brazo que la mantenía retenida por la cintura.

—Venga, vámonos —le apremió.

—Nadie nos mira.

—Ya, que te lo crees. El mundo está lleno de expertos en mirar por el rabillo del ojo.

—Vale. Toma.

Se puso el casco que le ofrecía Miguel, y luego se subió a la grupa de la máquina, por detrás de su novio, aferrándose a su cuerpo. Le gustaba el contacto. Se sentía segura agarrada a él. Podía hacer los kilómetros que hiciera falta. La única pega residía en llevar el dichoso casco y no poder apoyar su cara desnuda en su espalda.

El motor rugió al abrir Miguel el contacto. Una, dos, tres veces. Tras ello el vehículo se puso en movimiento, esperó a que les rebasara uno de los automóviles que circulaban por la misma calle, y por último se alejaron despacio de las inmediaciones de la facultad. Fue un paseo breve, para apartarse del enjambre de chicos y chicas que pululaban por allí, porque en menos de tres minutos Miguel se detuvo en la parte más discreta de los jardines, en la misma Diagonal. Al apagar el tronar del motor Estela comprendió que no iban a seguir.

—¿Qué haces?

—Venga, dime. Me muero de impaciencia.

—Eres peor que Fina —se burló ella.

—¿Ya has visto a Fina?

—Sí, este mediodía, entre clases.

—O sea que le cuentas todo a tu mejor amiga antes que a mí. Genial.

—No seas burro.

Miguel cambió su gesto de resignación por otro de renovada impaciencia.

—Bueno, ¿qué?, ¿pasé el examen?

—Yo diría que con matrícula.

—¿En serio? —pareció quitarse un peso de encima.

—Mi madre ya debe de estar llamando a todas sus amigas para contarles cómo eres, y no digamos mi hermana.

—Ya, tu madre es una santa y Alexandra un bicho, lo sé, y a mí también me parecieron geniales, pero ¿y él?

—No me ha dicho nada.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Y eso es bueno?

—Mucho. Si no le hubieses gustado ya lo habría hecho saber de alguna forma.

—O sea que como no me ha masacrado es buena señal.

—La mejor.

Miguel plegó los labios resignado aunque con un deje irónico en la expresión.

—Retorcidillo tu padre, ¿no te parece?

—Ya le irás conociendo.

—Bueno, me lo esperaba, porque ya me habías hablado mucho de él, pero en persona...

—A la gente le asusta un poco.

—¿Un poco? A muchos debe acojonarles del todo.

—Tampoco hay para tanto.

—No, qué va. Te mira como si se metiera dentro de ti.

—Es que vas a llevarte a la joya de la corona, querido —Estela se señaló a sí misma, orgullosa—. No va a darme al primero que pase.

—Cuando nos quedamos solos tuve hasta miedo de que me preguntara si iba en serio o si ganaría lo suficiente para mantenerte.

—Es cierto, ¿de qué hablasteis?

—De vaguedades. Me preguntó si me gustaba el fútbol.

—Qué manía con el dichoso fútbol —suspiró Estela.

—Pues se enrolló bastante con lo de la Copa América y las posibilidades de Argentina y el post-maradonismo y qué se yo. Tendré que ponerme al día.

—Tú hazlo y se acabó. Aparte de no fumar, ese es uno de tus encantos más sobresalientes.

—¿O sea que mi suegro y yo no vamos a ver los partidos como auténticos colegas, gritando y abrazándonos cuando nuestro equipo marque un gol?

—Allá, en Buenos Aires, era del Boca. Ahora sólo es de la selección nacional, aunque siempre mira en los periódicos qué ha hecho el Boca.

—Después de tantos años aquí, y de estar casado con una española, debería ser del Barça o del Madrid.

—Así que en esos cinco minutos sólo hablasteis de fútbol.

—No, también me preguntó cuándo acababa la carrera y cómo me iba.

—Una forma muy sutil de calcular cuándo vamos a vivir juntos o a casarnos.

—Así que... ¿te pareció bien?

—Oye, que voy a pasar el resto de mi vida contigo, no con él.

—¿En serio?

—De verdad que sí, que lo encontré serio pero normal.

—No, tonto, que si es en serio lo de que vas a pasar el resto de tu vida conmigo.

—Ah, pues sí, parece que eso ya está más o menos...

Estela no le dejó seguir. Le tapó la boca con un beso y los dos se apretaron el uno contra el otro hasta que sus respiraciones se acompasaron. El tiempo dejó de existir en ese instante para ambos.

No se separaron hasta que el aullido de una ambulancia, circulando por la Diagonal en dirección al centro de Barcelona, les arrancó de su éxtasis romántico. Miraron hacia los carriles centrales de la avenida, justo para

ver la estela blanca y las luces rojas del vehículo con alguien que estaría debatiéndose entre la vida y la muerte en su interior. Cuando Estela giró la cabeza para volver a besarle, se encontró con su mirada dulce y cargada de luces.

—Es increíble —musitó Miguel.

—¿Qué es increíble?

—Lo hermosa que eres.

—Bueno, tengo mis cositas, ¿eh?

—No seas tonta. Eres la mujer más hermosa que he conocido en la vida.

—Mi hermana aún lo es más.

—Para tener dieciséis años es un dulce, desde luego. Pero tú aún eres más hermosa que ella.

—No nos parecemos en nada.

—Ya me fijé, pero no me refiero a eso. Alexandra es guapa, exuberante, con una chispa natural que es muy importante, y será... ¡qué sé yo!, modelo, presentadora de televisión, actriz o lo que quiera. Pero es distinto. Tú eres hermosa. Y ser hermosa es distinto a ser guapa o estar como un tren.

—Gracias.

—Ni siquiera te pareces a tus padres.

—No. No me parezco a nadie.

—Bien. Pieza única.

Volvieron a besarse, y esta vez no se apartaron un ápice en bastantes minutos, tantos que cualquiera habría podido llevarse la moto sin que se hubieran dado cuenta.

Y eso que estaban sentados encima de ella.

4

Le dio un último beso, desesperado y fuerte, como si deseara fundirse con su esencia para no separarse jamás de su lado, y luego él se embutió el casco en la cabeza. El de ella ya estaba guardado bajo el asiento.

Se dirigieron una mirada final.

—No sé si mañana lo tendré bien para ir —dijo Miguel.

—No importa. Yo tengo que ir a la AAD.

—Te llamaré esta noche y te diré algo.

—Vale.

Estela lo vio arrancar, enfilear la calle en que vivía y doblar la esquina de la izquierda en dirección al mar. El rugido de la moto la acompañó todavía unos instantes sin que se moviera de donde estaba. Prefería el coche, más seguro, más íntimo. En el coche podían besarse aprovechando cada momento, cada semáforo, y él le acariciaba la rodilla, o la atraía hacia sí en uno de sus habituales gestos, o mejor llamarlos arrebatos. Ella también le ponía la mano en la nuca, y jugaba con los remolinos de su cabello. Pero el padre de Miguel no siempre le dejaba el coche, y después de todo, la moto sí era de él. Su juguete.

Acabó dándole la espalda a la calle y subió a su casa. Pero lo hizo sin darse cuenta de lo que hacía, moviéndose a impulsos robóticos, llenos de hábito y costumbre. Primero entró en el vestíbulo, desierto a esa hora, luego se metió en el ascensor, y, sin darse cuenta, se encontró en el rellano de su piso, con las llaves en la mano. Su mente sin embargo seguía con Miguel. Toda su vida había cambiado desde que le conociese. Y hacía ya casi un año. Jamás había sido tan feliz. Jamás pensó que existiese un antes y un después del amor.

Todo iba bien.

La vida era perfecta.

Tan perfecta que le hacía daño.

Nadie en casa. Ningún sonido. Anduvo los pocos pasos que la separaban de su habitación y entró en ella. Como solía hacer siempre, se cambió de ropa nada más llegar. No soportaba estar en casa con las mismas prendas que llevaba en la calle. Y por casa prefería la comodidad.

Al desnudarse se miró en el espejo, aunque no con ánimo coqueto o escrutador de un kilo traicionero. Fue más bien una mirada cómplice. Luego le sonrió a la cama. Recordó otro día, otro momento, con la casa igualmente silenciosa, sus padres y su hermana fuera. El espejo le había devuelto la imagen de Miguel y de ella juntos, abrazados.

Desnudos.

Desde aquel día, el espejo era un marco con esa fotografía impresa en su fondo, una fotografía que sólo ella mantenía en su retina y podía ver, a modo de gran secreto y confirmación de todo su amor; y su cama tenía su huella, olía a él, les pertenecía. Era su santuario. Su propia almohada llevaba escritos sus nombres con la invisible tinta de la ternura, las sábanas mantenían su calor, y en el aire flotaban todas sus palabras.

Cuando la vida te lo da todo...

—El miedo a perderlo es mayor.

Cerró los ojos y rechazó los fatalismos. El eco de su propia voz se extinguió tras pronunciar la dichosa frase. Una vieja profesora de literatura, después de leer varias redacciones suyas, le había dicho que tenía un sentido trágico de la existencia, incluso, a veces, épico, apasionado y turbulento, y ella, bromeando, le había recordado que al ser su padre argentino y haber nacido ella misma en la República Argentina, a lo peor todo era por esas raíces y porque en su casa se oían muchos tangos, y todos los tangos eran tristes, desgarradores.

Su vieja profesora, la señora Serradell.

El mismo día que conoció a Miguel estuvo a punto de perderlo y dejarlo escapar por ser tan pesimista o por dejarse arrastrar por uno de sus frecuentes y penosos estados de ánimo. Había tenido un día horrible, uno de esos días en los que lo único que se desea es llegar a casa y meter la cabeza bajo la almohada. Es lo que se disponía a hacer cuando resbaló, en plena calle, de forma ridícula, y cayó de culo quedando sentada en una

posición grotesca en mitad de la acera y con la falda más arriba de los muslos. ¿Y quién se le acercó para ayudarle? Pues él. Nada más incorporarse se miraron y ahí, en una fracción de segundo, sucedió todo, el estallido de los sentidos, el flechazo según unos y la reacción química según otros.

Y eso que estaba literalmente muerta de vergüenza.

Manchada, dolorida, ridícula y muerta de vergüenza.

Miguel se ofreció a llevarla, dijo que tenía el coche ahí mismo y que precisamente iba hacia él, pero ella se empeñó en que no. Su mente gritaba: «¡Acepta el ofrecimiento!» pero sus labios decían: «No, gracias, estoy bien». Y fue entonces cuando lo pensó. Se dijo: «En un día tan terrible, en que todo me ha salido mal, es imposible que me pase algo tan bueno». Y mientras él iniciaba la retirada, dispuesto a irse, vencido por su determinación y su herido sentido del ridículo, otra voz se encargó de convencerla. Tal vez la de su conciencia, o la de su sexto sentido. Esa voz le dijo: «No todo es siempre malo, ni siempre bueno. Hay un momento para cada cosa. Sinusoides. Ahora estás arriba, ahora estás abajo».

Y le llamó:

—¡Eh!, espera.

Miguel se detuvo.

—¿Sí?

—La verdad es que me duele, y te lo agradezco, pero no quisiera molestarte.

—No es ninguna molestia, en serio. Además, con lo que cuesta que una chica te haga caso hoy en día.

—¿Has puesto tú eso con lo que he resbalado?

—Evidentemente.

La hizo sonreír.

Después ya no importó que vivieran cada uno en un extremo de la ciudad. No importó nada. El tiempo dejó de existir. La dejó en su casa y la llamó al día siguiente y quedaron para tomar una copa y quedaron para cenar una noche y quedaron para salir otro día y...

En un día espantoso había aparecido él.

Ahora todos los días eran hermosos.

La vida era hermosa.

Por esa misma razón, justamente ahora, temía que cualquier nube pasara por su cielo.

Sí, la felicidad dolía.

Pero era el mejor de los dolores.

Puso música, se tendió en la cama y cerró los ojos.

5

Las oficinas de la AAD, acción de ayuda directa, estaban situadas en la primera planta de un sencillo edificio del eixample. Nada parecía indicar que se tratase de una organización no gubernamental hasta que se entraba en el piso, la puerta estaba siempre entornada, para no tener que andar abriéndola y cerrándola, la falta de medios se hacía patente nada más asomarse al interior, apenas tres mesas, muchos papeles amontonados, y las paredes llenas de posters con las campañas iniciadas por la ONG a lo largo de sus años de existencia, pese a todo, cualquier visitante que metiera la cabeza por primera vez en aquel pequeño universo, se daba cuenta en seguida de que allí se respiraba otro ritmo, otra clase de vida, y que se vivía en otra dimensión del tiempo, un tiempo ceñido a un espacio real, en un mundo no menos real necesitado de todo por sus muchos desequilibrios.

En aquel momento, en la oficina sólo estaba Modesto, como casi siempre. A fin de cuentas, Modesto Sanjuán hacía de director y de todo lo que hiciera falta. Con su barba, su cabello desaliñado y su estampa de perpetuo contestatario, era el vivo ejemplo de persona comprometida con una causa y, lo más importante, dispuesto a hacer lo que hiciera falta por ella. A sus treinta y cinco años, Modesto ya había formado parte de muchas expediciones, especialmente a África. Durante la hambruna del Sahel, a mitad de los ochenta, fue uno de los elementos más decisivos en la campaña de envío de alimentos desde España, y pasó más de cuatro meses en tierras africanas viviendo aquel horror. Estaba al frente de Acción de Ayuda Directa pero mantenía todavía contactos con Greenpeace, Amnistía Internacional, Médicos Sin Fronteras y otras ONG que, por separado o en conjunto, trabajaban por las mismas causas.

Al verla entrar, Modesto sonrió.

—¡Mira qué bien me vienes! —suspiró fingiendo alivio.

—¿Y Begoña? —preguntó Estela.

—La señora se ha puesto enferma, ¿cómo lo ves? —refunfuñó él.

—Bueno, todo el mundo tiene derecho a quedarse un día en cama.

—¡No aquí! —hizo un ademán de impotencia señalando las mesas—. Pensaba que las Organizaciones No Gubernamentales teníamos bula y estábamos exentas de chorradas como la gripe o un resfriado.

—¡Anda ya!

Estela dejó la cazadora en el perchero y se cruzó de brazos ante su compañero. Esperó instrucciones, y al ver que él no se las daba, porque permanecía encandilado mirándola, le apremió.

—¡Eh!, que no tengo todo el día. Dispongo de un par de horas o tres. ¿Qué hago?

—Ensobrar. Tú misma —Modesto le indicó la mesa frente a la suya—. Convendría que todo esto saliera hoy mismo.

—Vale —asintió ella.

Se sentó en la silla, organizó los sobres y las cartas de la campaña para tenerlo todo a mano y poder trabajar con plena comodidad, y se dispuso a iniciar el ritmo de doblado de las hojas de papel, ensobrado y pegado de los sobres. Pero se detuvo al ver que Modesto seguía mirándola con una sonrisa en los labios.

—¿Qué pasa? —acabó preguntándole enarcando las cejas y correspondiendo a su sonrisa.

—Nada, nada.

—Ya. Me miras porque como hacía dos o tres días que no me veías...

—Es que estás muy guapa hoy.

—Sí, ya lo sé.

—Me alegro de que estés de acuerdo. La mayoría de chicas te dicen que no, que han engordado, que justamente hoy no se encuentran bien y que esto y aquello y lo de más allá.

—A ti lo que te pasa es que tu mujer está de ocho meses y andas cruzado de cables —espetó Estela.

—Que no, mujer.

—¿Cómo está?

—Pues... —se lo pensó un instante, pero acabó reconociendo—: ¡como un tonel!

Los dos se echaron a reír, de forma sana y natural. Nunca había sucedido nada anormal entre ellos. Eran amigos y compañeros, y defendían las mismas causas. Estela colaboraba con ellos de forma desinteresada desde hacía tres años, siempre que disponía de un rato libre. Su necesidad de hacer algo por los demás, de sentirse viva, parte activa y comprometida de un mundo en constante crisis, la obligaba a tomar parte en aquel tipo de actividades. No todo consistía en manifestarse por tal o cual causa.

Y ya que no podía ir en una *zodiac* para evitar los vertidos en el mar o subirse a las torres de una central nuclear para colgar una pancarta de protesta...

—No, en serio —dijo Modesto al terminar de reír—. Está gordísima y a punto de estallar, pero muy guapa.

—Todas las embarazadas lo están.

—Es cierto. Les brillan los ojos de una forma... —su cara se revistió de ternuras mal medidas.

—Serás un padrazo —aseguró Estela.

Hablaron de hijos unos instantes, y de futuro, hasta que el ritmo de trabajo se hizo estable y Estela se concentró más en él. No quería cortarse las manos con los afilados bordes de las hojas de papel o los sobres, capaces de cortar como cuchillas. Como mucho, a veces miraba por la ventana, en dirección a la calle, para ver pasar el tráfico urbano, el río de coches que se desplazaba hacia la izquierda, pululando por entre la marea humana que iba de un lado a otro, siempre incesante.

Hombres y mujeres hablando por sus teléfonos móviles o corriendo para llegar a alguna parte, la que fuera, porque desde luego todos y todas iban a alguna parte siempre, siempre, siempre; algún paseante, alguna madre empujando el cochecito de su bebé, ancianos y ancianas en busca de un atisbo de sol filtrado por entre los árboles y las casas... Movimiento. Movimiento constante.

Entonces dejó de doblar la hoja que tenía entre las manos.

—Pero qué...

Modesto se fijó en ella.

Parecía haber visto un fantasma o estar sorprendida por algo.

—¿Qué pasa?

—No, nada.

—¿Nada?

Él también miró por la ventana, buscando el motivo de la perplejidad de su compañera, que mantenía el ceño fruncido.

—Una casualidad, eso es todo.

—¿Tú crees en las casualidades?

—No, pero a veces se producen.

—¿Me lo cuentas?

Estela apuntó con el dedo índice de su mano derecha en dirección a la calle, a la acera de enfrente. La protegían las tiras verticales de la cortina articulada, así que por entre las rendijas ella lo veía todo mientras que desde el exterior era difícil apreciar algo.

—¿Ves esa mujer? —dijo—. ¿La que está quieta, junto al árbol, con la camisa de color rojo y la falda crema?

—Sí.

—La vi ayer.

—¡Ah! —Modesto fue ahora el que enarcó las cejas, como si no comprendiera muy bien la cosa.

—También estaba quieta, como ahora, delante de la facultad. Y llevaba la misma ropa.

—Pues sí que es casualidad —reconoció.

—Me miraba de una forma extraña.

—¿Que te miraba?

—Sí.

—¿Cómo que te miraba? Sería... no sé...

—Me miraba —aseveró Estela—. Fijamente. Tanto es así que le di la espalda y ni me volví.

—¿No te basta con romper corazones masculinos? —se burló él.

—¡Anda ya!

—De todas formas —recuperó el tono serio— sí es casualidad, desde luego.

La mujer miró hacia la ventana y la protección tras la cual se protegía ella. Instintivamente, Estela se apartó de la franja vertical desde la que atisbaba el exterior.

—Está mirando hacia aquí, ¿verdad?

—Sí —tuvo que admitir Modesto.

—¿Lo ves?

—¿No dicen que una casualidad es posible, pero que una doble casualidad se anula entre sí y...?

Estela se echó a reír.

—¿Qué dices?

—No sé.

Volvieron a mirar a la calle. La mujer continuaba con los ojos fijos en la ventana.

—¿Quieres que baje? —se ofreció Modesto.

—¡No! —casi gritó ella.

No tenía ningún sentido. Ninguno. A fin de cuentas entendía el presunto silogismo de su compañero. Era demasiada casualidad, así que, probablemente, fuese eso: una casualidad. Nunca había visto a aquella mujer, como de treinta y pocos años, cuidada, arreglada, aunque había algo en ella que...

¿Qué?

¿La estremecía? ¿Era esa la palabra?

Aquellos ojos...

—Gira la cortina, ¿quieres? —pidió a Modesto.

Le obedeció. Alargó el brazo, cogió los tiradores del sistema y tiró de uno de ellos hacia abajo. Las rendijas verticales desaparecieron y la cortina quedó totalmente horizontal frente a la ventana, a modo de muro protector. Estela se concentró de nuevo en el trabajo, aunque ahora llevaba el brillo de aquellos ojos clavado en su mente.

El día anterior no había hecho excesivo caso, pese a la persistencia de aquella mirada. Ahora...

No supo cuánto tiempo pasó en silencio, trabajando, doblando y ensobrando. Pero fue la voz de Modesto la que la interrumpió a su

término, después de deslizar su mano por entre dos tiras de la cortina para volver a mirar fuera.

—Ya no está. Se ha ido —la informó.

Estela no dijo nada.

6

Supo lo que estaba pasando nada más abrir la puerta de su casa. El volumen del televisor, excesivo, llegó hasta ella golpeándola como si fuera una invisible corriente de aire.

Y su padre sólo ponía el televisor al máximo cuando veía un partido de fútbol, y más aún, cuando quien jugaba era la selección Argentina. Su apariencia tranquila, estable, su cara impertérrita, su talante hosco, su seriedad congénita, desaparecían entonces como borrados de un plumazo. Era otra persona. Su Hyde particular. Todo en él se transmutaba, y aparecía la pasión, el vértigo saliéndole del fondo del alma, la intensidad, incluso el dramatismo puramente argentino, desmadrado, rocambolesco y barroco. De sus labios salían palabras que ella ya había olvidado y ni reconocía, términos peculiares y particulares, expresiones que denotaban un origen y una raíz olvidados para ella. Su padre ya no hablaba de aquella forma salvo en la desnudez vital de un gran evento deportivo como era un partido de la selección de su país natal.

—¡Pucha! ¡Mirá vos, boludo! ¡Sos un pelao, por Dios, hombre! ¡Pero dale el cuero ya, dáselo! ¿Te lo vas a llevar a la barra? ¡De River tenías que ser!

Estela sonrió. Su padre solía hablar más en las dos horas de un partido de fútbol que en un mes entero en casa.

De niña le tenía miedo.

Luego fue respeto.

Ahora era comprensión, pese a que nunca habían compartido secretos ni revelaciones. Eso era cosa de su madre. Para Alexandra en cambio el complejo de Edipo era más fuerte. Su hermana menor adoraba a su padre. Alexandra nunca le había tenido miedo, ni respeto, aunque en la misma medida tampoco ahora buscaba su comprensión. Ella era la furia

incontrolada de la casa, el torrente, la bocanada de aire fresco. Nadie podía con ella, ni con la fuerza tempestuosa de su rapidez verbal y mental ni con la energía que destilaba. Las dos eran polos opuestos, extremos de una misma cuerda, aunque precisamente por ello se querían y se complementaban bien. Existía un equilibrio.

A veces recordaba a su padre mirándolas, a ambas, siendo más pequeñas.

Nunca olvidó aquellas expresiones.

Nunca supo interpretarlas, ni traducirlas.

—¡Metéla, metéla...! ¡Pero bueeeno...!

Asomó la cabeza por el hueco de la puerta de la sala. Armando Lavalle estaba sentado en la butaca, o mejor dicho, apoyaba el trasero en la butaca, porque el cuerpo lo tenía proyectado hacia adelante, como si quisiera meterse en el televisor. Las manos, abiertas en una clara muestra de impotencia, reflejaban las contradicciones profundas de su rostro, congestionado y decepcionado a la vez.

—¿Cómo va eso, papa? —se interesó ella.

—¿Cómo querés que vaya? —se lo dijo en castellano con claro acento argentino—. ¡Esa panda de pelotudos casposos...!

—Te va a dar un infarto.

Armando Lavalle se recuperó un instante, sólo para recobrar algo de dignidad a los ojos de su hija.

—Antes les da a ellos un reuma cerebral —señaló al televisor, suspirando.

—¿Quién gana?

—De momento Argentina.

—Bien.

—Pero juegan muy mal —se dejó abatir—. Deberían mandar por dos o tres goles, y van a empatarnos, ya verás.

—Tú siempre tan animoso, papá.

El hombre pareció querer responderle, pero en ese momento se produjo una jugada delicada en el área de la selección argentina que requirió toda su atención, y volvió a concentrarse en la pequeña pantalla.

—¡Eso, a ver si encima les das un penalty! —volvió a expresarse en su acento argentino.

Estela optó por desaparecer. No quería estar presente si se producía el temido empate. Su padre era aficionado a los gafes. Le dejó en la sala y se dirigió a su habitación. Entró y cerró la puerta, pero la paz de su pequeño universo personal no se mantuvo más allá de cinco segundos. Alexandra entró sin llamar.

—¡Estela!. ¡Estela, oh, querida hermana mayor, te necesito! —le soltó a modo de salutación inicial mientras cerraba la puerta a su espalda.

Conocía ese tono. Conocía sus particulares aludes verbales, casi siempre seguidos por apasionadas defensas de lo que fuera, ataques o nerviosas peticiones. Y esta vez debía de ser serio, e importante. Bastaba con verle la cara, cruzada por un rayo de expectación y ansiedad. Por esa misma razón no le recriminó, como iba a hacer, que no hubiese llamado a la puerta antes de entrar. Alexandra no le escucharía. Vivía sus dieciséis años con una intensidad que podía con todo.

¿Ella había sido igual?

No, estaba segura de que no.

Era más calmada, más reflexiva, más...

—Estela, dime que me ayudarás —se encontró con Alexandra casi encima, con las manos juntas en forma de súplica.

—A ver, de qué se trata esta vez.

—No, olvídate de las demás veces. Esta vez es «la vez». O sea, la más importante de todas las veces. Te juro que si me...

—No jures. Pide.

Se hizo la resignada, pero en el fondo le encantaba verla de aquella forma, y ayudarla. La quería.

—Tengo que salir el viernes por la noche —le soltó aún más seria y trágica, revestida de trascendencias.

—Ya sales el viernes por la noche —le recordó Estela—. Que yo sepa, no has dejado de salir ni un sólo viernes por la noche desde...

—¡Pero es que no puedo estar en casa a la una!

—Vaya, ya empezamos con las horas.

—¡Tú llegas a las cuatro o las cinco!

—Y a pesar de tener diecinueve años me siguen cayendo broncas, no lo olvides. Todavía no he podido llegar a casa al amanecer, o simplemente pasar la noche fuera sin problemas. A tu edad yo...

—¡Eran otros tiempos, tía!

Otros tiempos. Tres años y eran otros tiempos.

—¿Quién es él?

—No lo conoces.

—Eso es lo malo, que nunca los conozco.

—¿Y qué? ¿Vas a hacer de hermana mayor repelente o de hermana mayor, buena amiga y colega?

—Cuando Dios repartió las cartas, me tocó este papel, el de hermana mayor, a secas.

—Yo te he ayudado siempre.

Tenía cara. Una, dos veces. Pero era «siempre». Tampoco es que importase mucho.

—Un día te meterás en un lío.

—¡Que no, que ya controlo! ¿Me tomas por una cría?

—Dime quién es y qué vais a hacer.

—Se llama Esteban, lo conocí el sábado pasado, es genial, toca en un conjunto y esa noche actúa en Montornés. No puedo verle y regresar a la una. Eso es todo. Así que vamos a ir juntas a alguna parte, ¿vale?

—Un día nos la cargaremos. Las dos —suspiró Estela—. Si te pasa algo... ¿cómo crees que me sentiré yo, además de lo que digan papá y mamá?

—¿Qué quieres que pase? ¡Nunca pasa nada!

Odiaba esa frase. Cada semana, y en eso no podía evitar el exceso de responsabilidad, morían una docena de adolescentes y jóvenes en las carreteras. Seguro que ellos también pensaron que «nunca pasaba nada». Pero lo cierto es que a alguien ha de tocarle.

—O sea, que tengo que dar la cara por ti, apoyarte, jurar que no voy a perderte de vista, salir juntas, y luego quedar a una hora para regresar también juntas, con lo cual si llegas media hora tarde, como la última vez, a mí me da algo.

—¡Seré puntual, te lo juro, te lo juro! —volvió a la carga con su apasionada súplica Alexandra—. El grupo de Esteban toca a las once y a la una, una hora cada vez, y acaban a las dos o dos y media. Me ha dicho que salimos a las tres como muy tarde y estamos en Barcelona a las tres y media, donde tú digas.

—Alexandra...

—En serio, ¡en serio!

—¿Y cada semana será igual?

—¿Qué te crees, que actúan cada semana? ¡Las ganas! Por eso quiero verles. A lo peor no vuelven a tocar en directo hasta dentro de tres meses.

Y para entonces, Esteban habría pasado a mejor vida en el corazón de su hermana.

A pesar de todo no le gustaba.

—Venga, porfa...

Se resignó. Estaba perdida y lo sabía. Alexandra siempre le podía. Y además, tenía dieciséis años.

—¿Cómo se llama el grupo? —preguntó.

Tal vez lo mejor sería ir todos juntos, Miguel y ella.

—Media Docena de Huevos.

—¿Qué? —tuvo que aguantar la risa.

—Es que son tres —le informó Alexandra como si tal cosa—. Esteban toca el bajo.

Ya no pudo contener la risa. Desde luego no iba a acompañarla. No a ver a un conjunto con ese nombre, al margen de la música que hicieran. Se sujetó el estómago y sus carcajadas empezaron a llenar toda la habitación.

Reía con todas sus ganas.

—Bueno, ¿qué? —la apremió Alexandra sin acabar de comprender a qué venía tanta risa.

Salió para ir a la cocina y beber un vaso de agua. Su madre aún no estaba en casa. Entonces le llegó el grito de euforia de su padre desde la sala. Un grito que la sorprendió por su intensidad y furia, pese a estar habituada, y que casi le hizo derramar el líquido al escanciarlo en el vaso.

—¡Gol! ¡Gol! ¡Gooool!

—¡Ha sido de churro, vaya suerte! —pudo oír a Alexandra, que debía de estar viendo el partido con él, aunque a ella tampoco le gustase el dichoso «deporte rey».

—¿Un churro? ¡Purita inteligencia del pibe, que la dejó botar!

Regresó a su habitación mientras ellos discutían. A su hermana le encantaba picar a la gente. Decía que así extraía lo mejor de cada cual. Una extraña teoría. Los molestaba para sacarles de sus casillas, adoptando siempre posiciones contrarias a las de la persona que tuviese delante, y entonces observaba sus reacciones y los estudiaba. Según Alexandra, conocer a los demás era la clave del éxito, más aún que conocerse a sí mismo.

Estaba segura de que algún día llegaría a sorprenderla.

—¡Van a ver ahora esos chanchos boludos! —fue lo último que oyó decir a su padre, de nuevo con acento argentino, en pleno ataque de satisfacción.

Le encantaba oírle expresarse con ese acento. Hablando en catalán, curiosamente, no lo tenía, y era la forma habitual de expresarse en la casa.

Después de todo era cosa de la integración. Llevaban ya quince años en Barcelona. Ella ni siquiera recordaba nada del lugar en que nació.

Nada.

Tampoco se hablaba para nada del pasado.

Entró en su habitación pensando en la extraña serie de circunstancias que les habían devuelto a la tierra de su madre, que ahora era la suya, la de todos.

Su padre había nacido en la República Argentina, en la capital, Buenos Aires. Su madre en Barcelona. Se conocieron allí, a mitad de los años setenta, mientras su madre trabajaba durante unos meses en la Embajada, como secretaria. Se conocieron, se enamoraron y se casaron inusualmente rápido. Tras eso, Petra Puigbó dejó su trabajo y ya no regresó a España. Cuatro años después nació ella, Estela, y tres años después, Alexandra. Eso fue ya muy poco antes de que abandonaran Argentina, en 1982. El país vivía convulsiones políticas muy fuertes, y ellos habían preferido la paz de la nueva España surgida tras la muerte de Franco. La familia de su madre los había recibido con los brazos abiertos, porque su regreso significaba la vuelta a casa de Petra, y muy especialmente por poderlas conocer a las dos. Se convirtieron en las reinas mimadas por todos. Su padre había puesto un negocio, porque desde luego en Buenos Aires disponían de comodidades, y en unos pocos años la integración había sido plena. Ya en Argentina su madre les hablaba en catalán, para que aprendieran su lengua materna. Al instalarse en Barcelona esa lengua había terminado siendo tan natural como el castellano, aunque se tratase ya de un castellano sin la característica y dulzona cantinela argentina. Por eso incluso él prefería hablar su lengua de adopción, Armando Lavallo sólo mostraba su deje argentino cuando se expresaba en castellano, y, aun así, lo hacía de forma muy tamizada. Tronando frente a una pantalla con desinhibición era distinto. El fútbol le liberaba de cualquier control.

Estela se sentó en su mesa de trabajo. Cogió el atlas de la estantería y lo abrió por las primeras páginas. Muchas veces había repetido esa operación, aunque ahora hiciese ya muchos meses, tal vez años, que no la llevaba a cabo. Buscó aquel mapa y aquel pedazo de mundo alargado de norte a sur, en el confín del continente suramericano.

Argentina.

Le hechizaba y le fascinaba todo lo relativo a la Argentina. Películas, historia, música, tradiciones. Era un quedo eco, un reclamo planeando

constantemente sobre su alma. Era como si en su interior repicasen unas campanitas llamándola, despertándola, avivándole la conciencia dormida.

Siempre pensaba que un día «volvería a casa». Pero ¿era su casa? Allí no quedaba nada. Su padre ya no tenía familia. Así que sería tan extraña como pudiera serlo en Chile, Brasil o Perú. Una extraña cuyas raíces eran barcelonesas, catalanas, españolas, y con las que se sentía a gusto, aunque a veces no pudiera dejar de pensar en Argentina.

Bueno, en algunas vacaciones...

Ni siquiera tenía una curiosidad especial.

Nacer en cualquier lugar es cuestión de suerte, del destino. Lo importante era pertenecer a algo y a alguien, y sentirlo.

No, ni su padre ni su madre hablaban mucho del pasado.

¿Para qué?

Había tenido que ir sola al cine a ver Evita. Ni siquiera Alexandra quiso acompañarla. A su hermana no le interesaba para nada el pasado, ni prestaba atención a palabras como raíces, orígenes, sangre o cualquiera que sonase a prehistoria. Alexandra vivía al día, pertenecía al momento. Casi podía entenderlo.

Pero su padre, Armando Lavalle, seguía siendo argentino.

Se convenció una vez más al oírle gritar.

—¿Pero vos viste eso? ¡Se lo regalamos! ¡Así nos va!

El equipo rival acababa de marcar un gol que acortaba las diferencias.

8

El corazón se le detuvo en el pecho al asomarse a la ventana.

No había vuelto a pensar en ella desde el día anterior, cuando la vio frente a la central de la AAD. Tampoco era tan importante como para que llegara a pensar en algo raro.

Pero ahora ya era distinto.

Empezaba a ser distinto.

La mujer. La misma mujer. Con otra ropa, un traje de chaqueta verde, pero en idéntica posición de vigilia y espera.

Inmóvil en la acera de enfrente, como si esperase algo con la mayor naturalidad.

Y ahora se trataba de su calle, su propia casa.

—Alexandra.

Tuvo que llamarla dos veces.

—¡Alexandra!

—¿Qué? ¿Qué? Ya venía.

La hizo mirar hacia abajo.

—¿Ves a esa mujer del traje de chaqueta verde, la que está junto a la pastelería?

—Sí.

—¿La conoces?

—No.

—Mírala bien.

—Que no, que ya la veo bien. Tengo una vista de lince, ¿sabes?

—¿La habías visto antes?

—No.

Su hermana dio media vuelta dispuesta a irse.

—Me encanta. Ni siquiera preguntas nada —le reprochó Estela.

Alexandra se detuvo. Parecía inquieta. Volvió a la ventana y echó una rápida segunda ojeada hacia abajo.

—No la conozco. No la he visto jamás —repuso—. Y ahora, ¿por qué me lo preguntas?

—No, si cuando estás borde...

—¡Ay, que no es eso! —hizo un gesto de súbito cansancio—. ¡Es que Esteban aún no me ha llamado y no sé...! —se cruzó de brazos y puso cara de resignación—. Lo siento, perdona. ¿Qué pasa con esa mujer?

—Nada, nada —suspiró ella.

¿Qué podía decirle? ¿Que la había visto tres veces, siempre mirándola o algo parecido? Ni que la estuviese siguiendo.

Aunque...

—En serio, va —la apremió Alexandra.

—Me recordaba a alguien, eso es todo.

—¿Seguro?

—Seguro —sonrió Estela—. ¿Por qué no le llamas tú?

—¿Yo? —fue como si le hubiese sugerido que se pegara un tiro—. Sí, claro. No tengo nada mejor que hacer que ir detrás de un tío.

—Si te gusta...

—Ya, pero como se lo huela, adiós.

—Mujer...

—Cómo se nota que ya tienes novio y estás fuera de órbita.

Fue lo último que dijo. Y la dejó con la boca abierta. «Fuera de órbita». Increíble.

Sus ganas de ir tras ella y echarle las manos al cuello murieron en el momento de nacer, al sonar el timbre de la puerta, pero no era la puerta del rellano sino la de la calle. Volvió a mirar por la ventana. La primera vez lo había hecho para ver si aparecía Miguel con el coche de su padre. En el transcurso de la breve charla con Alexandra, su novio había llegado por fin, y la llamaba para que bajase ante la imposibilidad de aparcar, tal y como solían quedar cuando él no venía con la moto.

—¡Es Miguel! —anunció.

La mujer seguía en el mismo sitio.

Abandonó la ventana. Ya estaba arreglada. Sólo tenía que coger la cazadora. Lo hizo y se despidió desde el vestíbulo.

—¡Adiós!

No hubo respuesta, así que cerró la puerta y bajó la escalera corriendo, sin esperar al ascensor. De niña solía saltar los peldaños de tres en tres o de cuatro en cuatro. Le gustaba esa sensación. Era un recuerdo curioso. En Buenos Aires vivían en una casita de planta baja, y no había escalones. Eso sí lo tenía grabado en algún lugar de la memoria.

Salió a la calle y en lugar de ver a Miguel, dentro del coche, esperándola, buscó la silueta de la mujer, ahora medio oculta por el portal contiguo a la pastelería. Lo hizo de forma disimulada, de reojo, para no dar sensación de agobio o de alerta.

La miraba, era evidente. La miraba a ella.

No era una casualidad.

Cruzó la acera, abrió la portezuela del lado del copiloto y se coló dentro. Se encontró con un sonriente Miguel, que extendió su brazo derecho para abrazarla y besarla. Ella no correspondió a sus deseos.

—No arranques y disimula —fue lo primero que le dijo.

—¿Qué?

—Mueve el retrovisor un poco y enfócalo en dirección a la pastelería.

—¿Qué pasa?

—¡Hazlo!

Le obedeció. Le bastó con captar sus nervios. Por suerte los retrovisores laterales eran eléctricos. Así pues lo hizo desde dentro y sin que se notara la maniobra.

—¿Qué se supone que estoy buscando?

—La mujer del traje de chaqueta verde, a la derecha de la pastelería.

—No veo a ninguna mujer —dijo él concentrándose en el espejito con el ceño fruncido.

—Está ahí, en el portal.

—No hay nadie.

—¡Maldita sea! —espetó Estela—. Se habrá escondido...

Giró la cabeza abiertamente, pasando de disimulos.

Pero esta vez Miguel llevaba razón.

La misteriosa mujer ya no estaba allí.

—¡Mierda! —rezongó Estela sintiéndose profundamente irritada.

9

Nunca solían ver la televisión mientras comían o cenaban para poder hablar sin distracciones y sentir el calor familiar en uno de los escasos momentos de vida en común que tenían, pero había circunstancias atenuantes.

Y aquella era una de ellas.

La huelga de transportistas ya era un hecho, y acababa de comenzar. Según el presentador del informativo, se trataba de una huelga general, y no parecía existir un mínimo punto de acuerdo entre los sindicatos y la patronal del sector. La palabra «indefinida» amenazaba con ahogar no pocos trabajos paralelos. Petra miró la cara consternada de su marido.

—Dichosos revoltosos... —fue lo primero que rezongó él.

—Ya verás como se arregla —trató de animarle la mujer.

—Pero ¿qué quieren?, ¿eh? ¿No ven que si desangran a la vaca ya no va a dar más leche porque estará muerta? —le gritó Armando Lavalle al televisor.

El presentador del informativo comenzaba a hablar de pérdidas, mientras la pantalla mostraba colas de camiones parados, imágenes de archivo de otro conflicto anterior. Parecía un cataclismo.

—... por lo que miembros de la comisión negociadora aseguran que, pese a las adversidades, la posición de fuerza de los transportistas no hará mella en...

—¿Qué, vamos a aguantar? ¡Lindo! ¡Eso ellos, los que pueden!, pero y nosotros, ¿qué? ¡Los pequeños somos los que pagamos las consecuencias!

—Ya sabes que al comienzo todos se ponen duros, pero después acaban sentándose a pactar. Será cuestión de uno o dos días.

—¡Hay gente que puede irse al carajo con sólo dos o tres días, Petra! —mantuvo su tono crítico y enfadado—. ¡Y es que aquí todo el mundo

pide y pide, y tanto da quién mande porque faltan narices para decir «basta»!

—Jo, papá, pues lo que piden no me parece tan exagerado.

Estela le dio una patada por debajo de la mesa, pero ya era tarde. El cabeza de familia miró a su hija pequeña como si acabase de apuñalarle por la espalda.

—¿Qué has dicho?

—Que lo que piden no me parece tan exagerado —repitió Alexandra sin ambages.

La cara de Armando Lavallo se convirtió en una máscara.

—Esto ya pasa de castaño oscuro. ¿No había bastante con una llena de conciencia social que ahora también me sales tú con esas?

Petra Puigbó miró a sus hijas. Su eterno talante conciliador habló a través de sus ojos. En ellos apareció una súplica tácita, pidiendo calma, paz.

—¿Qué tiene de malo ayudar a la gente? —quiso saber Estela sintiéndose plenamente aludida.

—Nada, pero trabajar gratis para una pandilla de utópicos llenos de quimeras...

—¿Vais a volver a discutir por eso? —musitó con amargura Petra.

Nadie pareció hacerle caso.

—Conseguir cosas siempre es difícil, y las Organizaciones No Gubernamentales no pueden hacer huelgas para salvar a la gente o al planeta, así que algunos y algunas hemos de trabajar para ello —dijo con calma Estela—. Y me siento orgullosa de estar metida en algo así. Hace que me sienta viva.

—Ya, vosotros id peleando para que cierren las plantas nucleares, y para que no se haga eso y lo otro y lo de más allá, y el día que abras un interruptor y no se te encienda la luz, veremos qué dices. O el día que en pleno diciembre se te hielen las manos y los pies y se mueran los viejos en los asilos. ¡Que es muy fácil pedir cuando se tiene el estómago lleno y el cuerpo caliente!

—Ya estamos —suspiró Alexandra.

Lo adoraba, pero no hasta ese extremo.

—Es increíble —Armando Lavalle las barrió a las dos con una mirada de desilusión—. Si esta huelga dura más de diez días, tal vez tenga que cerrar el negocio, y mi propia hija dice que lo que piden esos desgraciados no es exagerado. ¿Pues sabéis lo que os digo? ¡Que eso no es una huelga, es una trampa, y los muy estúpidos van y caen en ella! ¡De eso se trata! ¡El sindicato le está haciendo el juego a la izquierda más radical, y para postre hay mucho terrorista izquierdoso metido ahí! ¿O qué creéis? ¿Pensáis que es sólo cuestión de un aumento y de otras prebendas? ¿Os da por imaginar que la lucha se reduce a los pobrecitos obreros contra los grandes y ricos patronos? ¡No, hijas, no, no es así de sencillo!

—Papá, que es ley de vida: el de arriba quiere ganar más y el de abajo vivir mejor —manifestó Estela.

—¿Vais a venirme ahora con jueguecitos libertarios? ¿A mí y a estas alturas? ¿Así de fácil? ¿El rico es malo aunque se juegue su dinero, y el pobre es bueno porque no tiene nada? ¡Por Dios, niñas! ¡Qué esquema tan sencillo! Pues os voy a decir algo bien simple: aquí lo que falta es mano dura, nada más. Mano dura o nos vamos al diablo. Como este país se descuide, vuelven los socialistas y...

—No te fue tan mal a ti con ellos desde que llegaste a España —quiso dejar bien sentado Estela.

—Estela, por favor —intervino de nuevo su madre.

—No, déjala que hable, déjala. A fin de cuentas te lo dije, ¿no? Este es el resultado.

—¿Qué resultado? —quiso saber Estela.

—Nada, va, acabad de comer —intentó cortar la discusión Petra.

—Mamá, es una conversación de lo más normal entre personas con ideologías diferentes —concilió Alexandra.

—Ideologías diferentes —bufó Armando Lavalle—. Ahora lo llaman así. Es curioso.

—¿Ahora? ¿Cómo lo llamabais antes?

—Guerra, Estela. Lo llamábamos guerra —la taladró la voz de su padre.

—Y sería hora de que fueras despertando, ¿de acuerdo? Especialmente tú. En Argentina nosotros por lo menos conseguimos limpiar...

Dejó de hablar, en seco, cortado por un extraño fundido que lo dejó sin palabras. Fue un efecto instantáneo y fulminante que coincidió una fracción de segundo después con la mirada que dirigió a su esposa. Petra Puigbó tenía la cara tiznada por una invisible ceniza al encontrarse con ella.

El televisor hablaba de un accidente de aviación acaecido en Utah, sin supervivientes.

Armando Lavalle soltó el aire retenido involuntariamente en sus pulmones por su inesperado silencio.

—¿De qué estás hablando, papá? —volvió a preguntar Alexandra.

—¿Vosotros? —frunció el ceño Estela—. ¿A qué te ref...?

—Ya basta, ¿de acuerdo?

Se encontraron con la determinación de Petra Puigbó. No sólo en sus ojos o en su tono, sino en su gesto. Se había puesto en pie, con la intención de recoger la sopera e ir a por la carne a la cocina. Los miró a los tres sin darles la menor posibilidad de rebatirla, porque los tres sabían que raramente se enfadaba debido a su talante dulce y bondadoso, pero que cuando lo hacía... Hasta su marido prefería callar.

Ahora mandaba ella.

—Somos una familia. Ni ideologías distintas ni nada. Una familia. No lo olvidéis —desgranó despacio—. Vuestro padre tiene un negocio que defender, y lo defenderá con uñas y dientes porque se trata de nuestra vida —les dijo a ellas antes de cambiar y dirigirse a él—. Y tus hijas tienen su propia personalidad, y mientras sean buenas personas, me da lo mismo que se apunten a un movimiento pacifista o se hagan socias de un equipo de fútbol, que vayan de rastas o se casen con un negro, un chino o un gitano. El mundo es así. El mundo de ahora mismo, no el de ayer o el de anteayer. El de hoy. Y hoy es hoy.

Parecía a punto de llorar. Cosa todavía más extraña en ella, dulce y bondadosa, pero también fuerte. No era de las que lloraban. Alexandra la contempló con las cejas enarcadas, sin acabar de entender el giro de los acontecimientos. Estela lo hizo pensativa, apesadumbrada y con una sensación de vacío en el estómago.

Su marido apretó las mandíbulas.

Nada más.

Y a fin de cuentas todos callaron por igual.

En el informativo le tocaba el turno a un escándalo de corrupción en el seno del Partido Republicano estadounidense.

Petra Puigbó salió del comedor con la sopera en las manos, dejando tras de sí aquel silencio tan solo salpicado por la impersonal voz que provenía de la pantalla.

10

Estela y Alexandra entraron juntas en la cocina. Su madre terminaba de arreglar las cosas según su gusto personal, para no dejar nada fuera de sitio. La pillaron de puntillas, tratando de colocar un bote en el estante más alto del aparador de la izquierda.

—Vaya, podíais haber aparecido antes —las increpó—, porque aquí a la hora de dar el callo todo el mundo desaparece.

—A mí me han llamado por teléfono, ya sabes —se excusó rápida Alexandra.

Estela se detuvo junto a su madre, con los brazos cruzados. No se anduvo por las ramas.

—Mamá, ¿qué te ha pasado antes?

Petra Puigbó ni la miró. A pesar de que todo estaba limpio, ordenado y en su sitio, ella siguió trajinando por la cocina.

—¿Antes?

—Sí, antes. ¿A qué venía esa discusión?

—Hija, hemos discutido otras veces. Será que no os peleéis siempre con vuestro padre.

—Esta vez ha sido distinto —insistió Estela.

—Sí, distinto —la apoyó Alexandra aunque sin demasiado convencimiento.

—No veo qué ha tenido de distinto —la mujer frotó uno de los mármoles, ya decididamente limpio, con un paño, empeñada en sacarle un lustre imposible.

—¡Mamá!, ¿quieres parar? —se encontró con la queja de su hija mayor.

Lo hizo. Las miró a las dos fijamente. Su cara estaba surcada por un suave y determinado viento.

—Oídmeme, y oídmeme bien —les dijo—. Vuestro padre llegó aquí sin apenas nada, con un poco de dinero y muchas ganas de empezar de nuevo. Y lo consiguió. Ni es rico ni tiene una empresa grandiosa, pero tiene lo que quería, y lo que necesitamos para vivir. De acuerdo: es muy radical y tiene unas ideas anticuadas, pero...

—¿Anticuadas? —la cortó Estela—. Yo diría que la palabra es más bien otra, mamá.

—Pues te la guardas. No la digas. Pertenece a otro mundo, a otra generación, y defiende lo que es suyo y aquello en lo que cree. Yo a eso lo llamo democracia, y libertad. ¿O es que tú vas de libertaria, como dice él, pero sólo para lo que te interesa?

—No —manifestó Estela muy seria y cortada.

—Entonces él tiene derecho a expresar sus ideas tanto como tú las tuyas.

—Pero el que grita y habla de «mano dura» y todo ese rollo es él.

—Lleva una mala racha, eso es todo.

—¿Y por qué no habla nunca de sus problemas en casa? No sabemos nada de ellos.

—Nunca lo ha hecho. ¿Qué queréis, que llegue cada día dando el parte, para que sepáis si está de buen o mal humor, o si hay más o menos dinero en el banco? Ningún padre hace eso. Todos procuramos salvaguardar a los hijos para darles confianza y seguridad. Ese es el juego.

—¿Qué ha querido decir con aquello de Argentina? —preguntó Estela—. Lo de limpiar...

—Nada, ¿qué quieres que haya querido decir?

—Se ha callado de golpe —aseguró Alexandra.

—Allí también tenía que ver con camiones y suministros, ya sabéis; y como eran otros tiempos, de huelgas, nada —justificó la mujer.

—Ha empleado la palabra «limpiar» —insistió Estela.

—Y ha dicho que lo llamaban «guerra» —convino su hermana.

Su madre soltó un bufido. Parecía normal, pero incluso Alexandra comprendió que estaba a la defensiva.

—Vivíamos en una dictadura —dijo buscando la mayor simpleza en sus palabras—. Y él trabajaba para el ejército. Allí nada se discutía. Se

hacía y punto. Desde luego hubo una guerra, y tras ella volvió la democracia. En momentos como este, cuando él se siente acorralado y teme perderlo todo, aparece su lado más radical.

—Su lado facha, mamá.

—No lo llames así, Estela, por favor —Petra Puigbó se puso de nuevo seria.

—¿Tan mal están las cosas? —preguntó ligeramente pálida Alexandra.

—No, claro que no.

—Has dicho que en momentos como este, teme perderlo «todo».

—Porque no tenemos una empresa grande, y si los camiones paran diez días... Dios sabe lo que puede pasar. Pero hay recursos, no te preocupes.

—Ah —suspiró Alexandra.

—Venga, vamos —las empujó fuera de la cocina—. Siempre ha sido serio, no sé de qué os sorprendéis ahora.

—¿Serio? En un concurso de sonrisas queda el último porque se ha dejado el manual de instrucciones, seguro.

—¡Niña! —Petra le dio un capón cariñoso a su hija pequeña—. ¡Pues menos mal que todo el mundo dice que le adoras!

—Eso no tiene nada que ver. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

Estela no las siguió. Había tenido bastante. Vio cómo ambas caminaban en dirección a la sala y se quedó quieta en mitad del pasillo unos instantes. Cuando las dos desaparecieron, dio media vuelta y caminó despacio hacia su habitación, su pequeño universo personal, su mundo. Se sentía cómoda allí.

Su próxima habitación sería mucho más importante, y hermosa.

La compartiría con Miguel.

Y ya existía en alguna parte.

Su madre había recuperado el buen humor. La oyó reír. Una risa franca y abierta. Alexandra siempre la hacía reír. Mucho más que ella.

Tal vez fuese porque en su madre veía lo que ella misma no deseaba ser nunca, una esposa sumisa, solícita, entregada y dispuesta siempre a

sacrificarse por el bien del hogar. Pero en solitario. Una mujer de antes, hogareña y familiar.

 Ideal para los Armando Lavalle del mundo.

 Los quería, pero deseaba irse de casa y empezar su propia vida. Con Miguel. Probablemente era eso y nada más.

 Sólo eso.

SEGUNDA PARTE

Cuarto menguante

11

Fina apuró el último sorbo de su vaso de Cola y lo dejó en la mesita con aire despistado, mientras fingía no mirar a ninguna parte, aunque desde hacía ya un buen rato estaba jugando con uno de los chicos de la mesa de al lado haciéndose la interesante. Era una maestra en ese arte: movimiento de las manos, súbitos gestos, miradas huidizas, sonrisas atrevidas, coquetería innata, armonía. Una gama de seducciones que, incluso conociéndolas de sobra, fascinaba a Estela.

—Mira, ¿verdad?

—¿Tú qué crees?

—No sé. Es tan guapo que a lo mejor es gay.

—Vaya, pensaba que también sabías diferenciar un gay de un heterosexual.

—Algunos engañan mucho. Acuérdate de mi prima.

La prima de Fina se había casado muy enamorada, y la noche de bodas él le había confesado que era gay. Al día siguiente hizo las maletas. Había sido una conmoción en la familia de su amiga.

—Bueno, tengo que irme —dijo Estela haciendo un gesto de resignación.

—Jo, tía, eres... —Fina exteriorizó su malestar—. Tendré que buscarme otra amiga, ¿vale? Tú ya no me sirves.

—¡Hala! —protestó Estela—. Será delicada la niña... No digas eso.

—Pues tú verás. Si es que ya no te veo el pelo, y cuando te lo veo, es para un hola-qué-tal-adiós, así, como de pasada, en plan favor.

—No es verdad.

—¿No? Entre tu novio, la ONG y los estudios, ya no salimos nunca de marcha.

—Yo ya no puedo salir de marcha.

—Claro. Tienes novio formal —su cara de conmiseración fue un regalo visual para el chico que ahora la miraba sonriendo mientras le decía algo al que estaba sentado a su lado.

—No es eso —dijo Estela con paciencia—. Es que ya no me apetece. Me gusta salir, pero de marcha...

Marcha equivalía a ligar, pasarse, descontrolarse y alguna que otra burrada mayor.

—Espero que cuando me enamore en serio no me convierta en una aburrida como tú —siguió pinchándola Fina.

Estela bajó la cabeza.

—¡Eh, eh! —su amiga comprendió que se había pasado, probablemente por estar más pendiente de su conquista que de lo que decía—. No hablaba en serio.

—Sí hablas en serio, y lo siento.

A veces las cosas cambiaban muy rápido, demasiado. Y no todo el mundo seguía el mismo ritmo. Lo curioso es que necesitaba a su amiga. Más de lo que ella imaginaba. Fina era como una bocanada de aire fresco golpeándola en la cara.

La muchacha miró a Estela fijamente.

—Debo de tener envidia. Dicen que los casados felices y con hijos envidian la libertad de los solteros y su independencia, mientras que los solteros en el fondo se sienten solos y envidian a los casados felices y con hijos.

—O sea, que nadie está contento con lo que tiene.

—Más bien creo que el estado natural del ser humano es tener a alguien.

—Tú estás a punto —le sonrió Estela—. Lo tienes absolutamente colgado.

—¡Bah!, mucha miradita pero nada más.

—Pronto lo verás, porque yo me largo.

—Le doy un minuto antes de irme yo también.

—Luego me llamas y me lo cuentas, ¿vale?

—Vale.

Estela hizo ademán de buscar algo con lo que pagar su consumición. Fina se lo impidió.

—Anda, lárgate, invito yo, y con suerte... —esbozó una sonrisa y le guiñó un ojo.

—Si veo a un personaje como tú en una película seguro que pienso que se han pasado.

—Ya.

Se dieron un beso y, tras ello, Estela comenzó a caminar en dirección a la entrada. Estaban en el exterior del bar, aprovechando el buen tiempo, bajo los toldos. Unas jardineras bajas rodeaban la zona, así que el acceso se hallaba perfectamente delimitado por una arcada de metal. Cuando giró a la izquierda miró de reojo la mesa en la que seguía Fina.

Se quedó boquiabierta.

El chico con el que había estado tonteando ya le estaba hablando.

Demasiado.

Se habría puesto a reír de no haber sido porque la calle estaba llena de gente y la habrían tomado por loca. En lugar de eso suspiró. Fina necesitaba enamorarse, perdidamente. Eso la calmaría un poco. Pero por otra parte, ¿era posible que alguien como ella perdiese esa vitalidad genuina y explosiva por una sola persona? Fina era un monumento a la libertad, la independencia, las ganas de vivir, la necesidad de relacionarse y aprender.

Aunque por el camino fuese dejando un reguero de corazones rotos.

Llegó al semáforo y se detuvo. Acababa de ponerse en rojo. Iba a girar la cabeza una vez más, para ver si el chico ya se había levantado para sentarse con ella, cuando de pronto alguien la tocó en el hombro.

Escuchó unas palabras.

—Perdone, señorita...

Giró la cabeza como tenía pensado, pero ya no para buscar el rastro de Fina, sino para ver quién reclamaba su atención.

Esperaba cualquier cosa menos aquello.

O mejor dicho: a cualquiera menos a aquella persona.

Era la mujer misteriosa que presuntamente la había estado espiando en los últimos días.

12

No supo el motivo, pero tuvo miedo.

Estaba en plena calle, bajo el sol, rodeada de gente, y sin embargo... tuvo miedo.

Un miedo especial, que le nacía de muy adentro, que no sabía controlar porque era como si una mano invisible estuviese escarbando sin medida en su ánimo mientras otra la tenía agarrada por el estómago, presionándoselo, enviándole descargas eléctricas al cerebro y a los pulmones, porque el primero se le convirtió en una bola de algodón y los segundos dejaron de respirar, amenazando con estallar en el pecho.

Y todo eso en una fracción de segundo.

Miedo, miedo, miedo.

A lo desconocido, pero más, mucho más, a lo que sentía.

Y a los ojos de aquella mujer.

Unos ojos que la miraban fijamente, con una cerrada carga de emoción, como si estuviesen a punto de naufragar en un océano de lágrimas que ella dominaba a duras penas y controlaba con más voluntad que fuerza.

—Señorita...

Estaba inmóvil, petrificada. No entendía nada, pero aún menos qué le pasaba.

—¿Qué? —balbuceó.

—No me conoce, pero...

—No, no la conozco.

Quería dar media vuelta, seguir andando. Y no pudo.

—¿Podría conversar con usted unos minutos?

—¿Conversar? ¿Sobre qué?

—Por favor, no es fácil de...

El acento, el tono, la suavidad de las palabras. Era argentina.

Se obligó a sí misma a calmarse. ¿De qué tenía miedo? ¿De una desconocida que llevaba días siguiéndola? ¿De unos ojos que la hacían estremecer sin saber el motivo, como si la estuviesen desnudando o pudiesen mirar en el interior de su conciencia?

No tenía sentido.

—Usted ha estado siguiéndome —la acusó.

—Sí, es cierto —convino la mujer.

—¿Por qué?

—Quería ver en qué andaba, cómo era su vida, sus simpatías, su mundo...

—¿Por qué? —volvió a preguntar Estela.

—¿Podríamos ir a algún lugar y sentarnos?

—No, no puedo. Se me hace tarde y... no, lo siento, dígame qué quiere.

—Así no —negó ella con la cabeza, dulcemente—. Le repito que no es fácil, ¿sabe?

Por primera vez la desconocida sonrió, pesarosamente, pero sonrió, y Estela sufrió una segunda descarga eléctrica. Le atravesó la espina dorsal, la inundó de fríos, la conmocionó, saturándole la mente de sensaciones. Aquella sonrisa... con los hoyuelos marcándosele en las comisuras de los labios, que se curvaban hacia arriba haciendo una V característica, y los ojos, deslizados tenuemente hacia abajo por los lados...

Era como si estuviese ante un espejo.

Un espejo que reflejase una parte de sí misma.

—¿Quién es usted? —preguntó Estela con un hilo de voz.

—Mi nombre es Ana Cecilia Mariani, y soy de Buenos Aires.

—¿Me conoce?

—No, y sin embargo...

—¿De qué quiere hablar? —insistió Estela.

—De Argentina.

Las palabras aparecían despacio, como extraídas con un sacacorchos del fondo de sí mismas. Intensas aunque cautas las de Estela, minuciosamente calculadas y medidas las de la mujer.

—¿De Argentina? —repitió Estela.

—Y del pasado.

—Yo no tengo pasado en Argentina. Sólo nací allí.

—Hace 19 años, lo sé.

—Mire, lo siento...

Ana Cecilia Mariani le puso una mano en el brazo. No porque ella hubiera hecho ya ademán de seguir su camino, sino para dar mayor fuerza y énfasis a su última súplica. Sus ojos volvían a estar llenos de humedades mal contenidas. La presión de esa mano en el brazo de Estela fue delicada, pero al mismo tiempo firme y decidida.

Hubo un temblor.

—Por favor, por favor mi niña.

La presión en su mente se hizo insostenible. Comprendió que quería oírla, y que la oiría.

Eso aumentó aquel extraño y descorazonador miedo.

—Es importante para ti, Estela —musitó la mujer.

—¿Sabe mi nombre?

—Sí —asintió ella como si eso fuera lo de menos.

Y se rindió.

Algo le había estado golpeando la razón desde que aquella desconocida apareció en su vida y comenzó a seguirla, y era hora de averiguar qué era.

Suspiró, llenando sus pulmones de aire, rompiendo la catarsis.

—De acuerdo —aceptó—. Vamos.

Y cruzó la calzada seguida por ella, con el semáforo en verde, dirigiéndose al otro lado de la calle en busca de un bar o un banco donde sentarse.

13

No tuvieron que andar mucho. Al otro lado de la calle y en plena parte alta de la Diagonal abundaban los lugares de ocio, los bares de diseño o las terrazas al aire libre, las zonas en las que convergían desde estudiantes liberados de obligaciones hasta ejecutivos y ejecutivas disfrutando de su pequeña parcela de tiempo no laboral o paseantes ociosos que pululaban por entre las tiendas de todo tipo que ofrecían sus reclamos publicitarios a la ansiedad de los compradores.

Ninguna de las dos volvió a hablar hasta que se sentaron en la mesa más distante de la terraza del primer bar que encontraron. Tampoco entonces intercambiaron palabra alguna porque un camarero se les acercó con la más solícita de sus sonrisas. En ese momento sí rompieron el silencio. La mujer pidió un café. Estela, otro refresco de Cola con limón y mucho hielo, como el que acababa de tomar hacía unos minutos con Fina, al otro lado de la Diagonal.

Pensó en su amiga. Ya se habría ligado al guaperas. Por la noche se lo contaría todo, con pelos y señales. Saldría con él, una, dos veces, se engancharía primero a toda mecha y después... Tan rápidamente como había empezado...

O tal vez no.

Miró a su acompañante. De cerca podía estudiarla mejor. Los treinta y pocos años de su primera impresión se convertían ahora en unos treinta y cinco aproximadamente, uno arriba uno abajo. Era atractiva, de ojos hermosos, brillantes, óvalo facial perfecto y labios bellamente dibujados, con el cabello corto, muy negro, modulado con gusto en torno a la cabeza. Tenía el cuerpo delgado, muy poco pecho, las manos finas y delicadas, muy cuidadas, y unas piernas estilizadas que asomaban por debajo de la

falda, detenida en el límite de sus rodillas. Vestía con sencillez no exenta de buen gusto.

La vio pellizcarse el lóbulo de su oreja derecha.

Exactamente como solía hacer ella a veces.

Eso la determinó a romper el silencio.

—No tengo mucho tiempo —le recordó Estela, sorprendida por ese gesto.

—Esto es muy importante, ya verás —dijo la mujer.

—Si va a venderme algo...

—Ya sabes que no es así —la miró fijamente antes de agregar—: Porque lo sabes, ¿no?

—No, no sé nada —aseveró incómoda Estela—. No sé quién es ni lo que quiere; sólo sé que me ha estado siguiendo.

—¿Ni siquiera tienes una... intuición?

—No —mintió.

—Mírame —pidió Ana Cecilia Mariani.

—Por favor, ya basta de juegos, ¿quiere?

Ahora era la aparecida la que daba la impresión de no encontrar las palabras, o el camino para pronunciarlas, como si de pronto se hallase bloqueada, o frente a un muro difícil de salvar. Unió sus manos en una muda súplica, y con tanta fuerza, que se le blanquearon los nudillos. Sus ojos se apartaron de Estela para ir a parar sobre la mesa, desde donde resbalaron al vacío. La humedad volvió puntual a sus pupilas.

Fueron los últimos segundos de incertidumbre.

—Te contaré una historia, ¿de acuerdo?

Estela no llegó a responder. El camarero apareció en ese instante trayendo el refresco y el café. Los puso sobre la mesa y colocó la nota con el importe debajo de uno de los platitos. Ninguna de las dos le miró, así que optó por retirarse a buen paso. Las dos bebidas quedaron frente a ellas sin que ninguna tomara la suya.

Finalmente, estaban solas.

—Es la historia de una mujer llamada Graciela Mariani —retomó el hilo de sus palabras la desconocida—, y era mi hermana. Imagino que tampoco te dirá nada ese nombre —el silencio de Estela la hizo seguir tras

asentir con la cabeza en una muestra más de resignación y pesar. Lo hizo con voz grave, aunque pausada, preñada de reflexiones y sometida al peso de una gran carga interior—. Nuestros padres, Horacio y Carlota, tuvieron tres hijos. Graciela era la mayor, Roberto el segundo, dos años menor que Graciela, y, ya más descolgada, yo, que tenía siete años menos que mi hermana mayor. Nuestro padre, que era bastante mayor que mamá, murió cuando yo tenía doce años. Mamá se hizo cargo entonces de todo, y con mucho carácter, pese a que eran tiempos difíciles, nos sacó adelante. Graciela y Roberto también ayudaron, puesto que empezaron a trabajar. Así es como yo, por lo menos, pude seguir estudiando.

Estela miró la hora. Se le hacía ya muy tarde.

—Graciela era una mujer muy especial, muchísimo. He conocido a muchas personas buenas, sobre todo en estos últimos años, pero ninguna como ella. Era abnegada, ayudaba a los demás de muchas maneras, estaba dispuesta para cualquier sacrificio, y, por supuesto, se comprometía siempre, siempre. No importaba la causa o el problema, las motivaciones o las dificultades. Si ella creía en algo, se volcaba, sin reparar en nada más. Así que por supuesto desde la adolescencia y mientras estudiaba, comenzó a militar en organizaciones de derechos humanos, ligas en pro de diversas causas, sindicatos, comités... Le faltaban horas para todo, pero estaba en ello, y se sentía viva trabajando en lo que creía. Además, nuestro país vivía tiempos muy duros, y cuando los militares tomaron el poder...

Hizo una pausa. Entonces sí tomó la taza de café, se la llevó a los labios y bebió un sorbo.

Estela aún no había tocado su vaso.

—Graciela ya estaba unida sentimentalmente a un compañero suyo, Claudio Granados, militante como ella y abanderado de todas las luchas nobles que pudiera desempeñar. No lo digo por amor de hermana, o por sublimar su recuerdo. Lo digo porque es la pura verdad. Cuando una persona es buena, es buena, y no hay más palabras que gastar. Pero por supuesto era una persona incómoda para algunos. No es de extrañar que cuando los militares iniciaron la represión, con detenciones constantes y masivas de todos aquellos que fuesen sospechosos de estar involucrados en alguna actividad considerada ilegal o antipatriótica, ellos se volvieran

más precavidos y, al mismo tiempo, arreciaran en su lucha. Era cuando más se les necesitaba, y siguieron en primera línea, aunque ya no por mucho tiempo. Las desapariciones fueron un rosario incesante después del golpe de Estado del 76, entre 1977 y 1979. ¿Conoces la historia reciente de Argentina?

—Algo —manifestó Estela insegura.

—Graciela se quedó embarazada. Iba a cumplir veintitrés años por aquel entonces y Claudio y ella decidieron casarse. Tal vez otra mujer se hubiese apartado de una actividad tan peligrosa como la que llevaba a cabo en una situación así, pero mi hermana no. Continuó igual, exactamente igual, sin rendirse a causa de su embarazo pese a que llegó a estar de siete meses —por un instante pareció que la memoria le flaqueaba. Pero no se trataba de la memoria. El nudo albergado en su garganta se hizo evidente cuando tragó saliva para deshacerlo. Bebió un segundo sorbo de café. Volvió a mirar a Estela para recuperar las fuerzas y continuar—. Una noche, los milicos llegaron a la casa de Claudio y Graciela. Roberto estaba con ellos. Entraron una docena de hombres derribando la puerta a disparos y les prendieron. Según los vecinos, llevaban chalecos antibalas y el operativo parecía más bien destinado a acabar con una facción terrorista armada que con tres simples seres humanos cuya única arma era la bandera de su libertad. Se los llevaron y esa fue la última vez que alguien los vio con vida, aparte de sus secuestradores.

Ahora era Estela quien tenía la garganta seca. Cogió el vaso y casi apuró la mitad de su bebida de un trago. La inquietud que había sentido desde el mismo instante en que se dio cuenta de que aquella mujer la estaba espiando, se convertía ahora en un peso que ya no podía eludir.

Su miedo era ahora que continuase.

Pero ya no podía evitarlo.

—¿Les...? —comenzó a decir sin que pudiera terminar la frase.

—No sólo los mataron, a los tres, sino que les torturaron al interrogarles —dijo Ana Cecilia Mariani—. Fueron conducidos a la siniestra Escuela de Mecánica de la Armada, el campo de exterminio más espantoso del mundo después de los que los nazis levantaron para matar impunemente a seis millones de judíos. Por lo que se ha podido saber, a

Claudio y a Roberto les arrojaron aún vivos y maniatados desde un avión en alta mar, junto a otros cientos de hombres y mujeres. A Graciela, y debido a su estado, la retuvieron los dos meses que le faltaban para dar a luz. Dio a luz a una niña en la misma Escuela de Mecánica de la Armada, esposada. Y esa misma noche se la arrancaron de las manos. Le prometieron que volvería a verla si colaboraba, pero...

La mujer se detuvo. El océano de sus ojos amenazaba con desbordarse, lo mismo que un lago dominado por una crecida de sus aguas. Estela tenía ahora la respiración entrecortada. Pese a ello, la ayudó a seguir.

—¿Qué pasó? —susurró.

—Mi hermana murió a los pocos días, víctima de aquellas torturas, y su cadáver nos fue entregado bajo una sarta de mentiras, algunos días después. Así que por lo menos pudimos recuperarlo y enterrarlo, cosa que no consiguieron otras familias de desaparecidos, la mayoría. Toda su hermosura, toda su...

Cayeron las dos primeras lágrimas.

—Perdone, pero... ¿qué tiene que ver esta historia conmigo? Yo ya no... Ni siquiera entiendo...

Ana Cecilia Mariani hundió en ella sus dos ojos nublados por la emoción. Sus siguientes palabras fueron un grito pronunciado en voz baja, un golpe emitido con la dulzura de la verdad más simple.

—Te he contado la historia de tu nacimiento, mi niña. Graciela era tu madre.

Tardó cinco largos segundos en reaccionar.

Primero, la miró sin entender, o mejor dicho, negándose a entender sus últimas palabras, mientras sus ojos iban dilatándose de forma paulatina.

Segundo, dominó la nueva descarga que iba a recorrer su espina dorsal, matando, abortando su mismo nacimiento. Y lo hizo merced a un ramalazo de ira intenso, demoledor, que estalló en ella igual que un fogonazo inesperado.

Tercero, frunció el ceño, y su rostro se transmutó, reflejando el horror que iba apoderándose de su persona.

Entonces estalló.

—¿Está loca?

—No, Estela. La locura fue aquello, no esto. Esta es la pura verdad, aunque llegue tarde.

—¿De qué manicomio se ha escapado? —miró a derecha e izquierda buscando algo de pronto—. ¿Es una broma? ¿Se trata de una inocentada televisiva?

—Estela, por favor...

Fue a poner su mano en su brazo, como ya hiciera antes, pero en esta ocasión la muchacha fue más rápida, y se apartó como si temiera que ese contacto la electrocutara.

—¡No me toque! —casi chilló.

Ana Cecilia Mariani frenó su gesto.

—Ya no eres una niña —puso la mayor vehemencia en sus palabras—. Eres una mujer, y puedes aceptarlo. Incluso entenderlo, por duro que te parezca. Ni siquiera eres la única. No es ningún consuelo pero... no eres la única. Se han encontrado ya decenas de niños y niñas nacidos en las

cárceles en aquellos días. La verdad no puede detenerse, ni esconderse ni disfrazarse. La verdad sale siempre a flote, como un corcho en el agua.

—Pero... ¿de qué va? —el horror no desapareció, al contrario—. Se mete de repente en mi vida, me sigue, y me cuenta una historia absurda que...

Hizo ademán de ponerse en pie.

Las palabras de la mujer lo evitaron.

—Pregúntale a tus padres.

—¿Está loca?

—No, no lo estoy.

—Sí, está loca. ¡Está loca! No puede ir por ahí diciendo monstruosidades a la gente.

—Siento hacerte daño, querida, pero tienes derecho a saber, ¿entiendes?

—¡Déjeme en paz!

Ya no pudo levantarse. Una mano, o mejor dicho, un peso enorme, la mantenía inmóvil y pegada a la silla. Su voluntad decía una cosa y su cuerpo otra, o viceversa. No importaban ni el orden ni los factores. Sólo que estaba allí, sacudida por aquella historia y a merced de sus emociones. Ana Cecilia Mariani se aprovechó de ello.

—He tardado demasiado en encontrarte, eso es todo. Lo siento, ¡lo siento! ¿Crees que no corrí? ¿Crees que tu abuela y yo no removimos cielo y tierra buscándote? ¡Llevamos casi quince años en ello! ¡Quince años! Pero él borró muy bien las huellas.

—¿Qué huellas?

—Tu desaparición.

—¿Y quién se supone que es... él?

Otro aldabonazo.

Creía que ya estaba asimilándolo, pero no era así.

—Tu padre —dijo la mujer.

—¿Mi... padre?

—¿Es que no lo comprendes? Él era uno de ellos.

—Mi padre no pertenecía al Ejército.

—¿Te dijo eso? —y ante el silencio de Estela continuó—: ¿Qué te contaron acerca de tu adopción?

—¡Yo no fui adoptada, maldita sea! ¿Lo ve? ¿Por qué no busca a sus fantasmas en otra parte? Nací en Argentina, sí, ¿y qué?

La persona que decía ser su tía se dejó caer hacia atrás. Miró la taza de café mientras vertía en ella su amargura. De pronto había envejecido cinco años.

—Ya veo —musitó.

—Dios mío... Está loca —dijo de nuevo Estela—. Loca de remate.

Llevaba el bolso en el regazo. Un bolso pequeño, discreto, en el que parecía no caber casi nada. Lo abrió por primera vez desde que se habían sentado allí. No tuvo que buscar demasiado. Sólo introdujo la mano y la volvió a sacar con una fotografía que tendió a Estela. Al ver que ella no la cogía, la depositó en la mesa, frente a los ojos de la muchacha.

Estela dio la impresión de no querer mirarla.

Pero acabó haciéndolo.

—Es tu madre con sólo un año más que tú.

El parecido con ella misma era aún más asombroso que el de los ojos o la sonrisa de Ana Cecilia Mariani. Por no citar el detalle del lóbulo. La mujer de la fotografía le sonreía a la cámara con descaro y jovialidad, con el poder y la seguridad de sus veinte años. Era muy guapa, mucho. Una belleza singular, natural y fresca, con el cabello negro y largo cayendo por encima de los hombros, los ojos vivos, los labios perfectos.

Estela ya no pudo apartar la mirada de aquella imagen.

Aun así, no hizo nada por coger la fotografía.

—Era muy guapa, ¿verdad?

La imagen se metía más y más adentro. Empezó a temblar. Tuvo deseos de llorar, de gritar, de echar a correr.

—Esto es demasiado —acabó diciendo.

Se puso en pie, de un salto.

Ana Cecilia Mariani ya no la detuvo.

—Estela, te he contado la verdad —dijo mirándola fijamente—. Y la verdad es lo único que nos hace libres.

—¿Pero de qué verdad me habla? Me ha contado una historia, nada más. Se ha equivocado de persona, eso es todo.

—¿Tú crees que me equivoco? —señaló la fotografía con el dedo índice de su mano derecha.

—Mucha gente se parece entre sí. Simplemente se ha confundido.

—Tú naciste un 4 de septiembre.

Estela logró sonreír, aunque más bien fue una mueca en busca de una alegría que no sentía.

—¿Lo ve? Se ha equivocado. Por unos días, pero se ha equivocado. Yo nací el 9 de septiembre.

—Naciste un 4 de septiembre, pero tu padre debió de inscribirte unos días después, por el papeleo o por la razón que fuese. No me he equivocado. El rastro que he seguido ha sido bien claro, y tú eres la prueba. Aunque... ya que hablamos de pruebas, ¿quieres aún más pruebas que esa fotografía, lo mucho que también nos parecemos tú y yo, o mi presencia aquí para hablar contigo? Él borró todas las huellas, pero nadie desaparece sin dejar un rastro. Hasta los caracoles lo dejan. Huyó de Argentina, pero ya ves.

—Mi padre no hizo eso.

La mujer guardó silencio un instante antes de volver a hablar.

Y esta vez lo hizo con una inusitada contundencia, mirándola fijamente a los ojos con dureza.

—Tu padre hizo algo más que adoptarte, Estela. Mató a tu madre y te robó tu identidad. Él era el milico que la estuvo interrogando y torturando a lo largo de aquellos dos meses.

15

Metió la llave en la cerradura y la hizo girar sin hacer ruido. Todos sus nervios, sus prisas, se diluyeron en esa simple acción. Lo único que deseaba era llegar a su habitación y encerrarse en ella. Guarecerse bajo el manto protector de aquellas cuatro paredes y tumbarse en la cama, boca abajo, para buscar el remoto perfume de Miguel y arroparse en él.

Abrió la puerta.

No escuchó nada de buenas a primeras, pero antes de que tuviera tiempo de cerrarla, con las mismas precauciones, sí percibió un sonido al fondo, en la cocina o en la sala. Probablemente su madre. La que mejor oído tenía.

Devolvió la puerta a su quicio, despacio, y consiguió no hacer ruido alguno. Después se descalzó y caminó por el pasillo hasta llegar a su habitación. El éxito la alivió. Su madre acababa de poner el extractor de humos y ese zumbido amortiguó cualquier otro sonido. Cuando hubo traspuesto esta última puerta se sintió más aliviada, aunque no por ello mejor.

Y al tumbarse en la cama, lo que trató fue de no pensar.

Aunque le fue imposible.

Ni siquiera recordaba cómo había llegado a su casa. Tenía la mente en blanco, una laguna vacía desde el instante en que había echado a correr, dejando plantada a la extraña mujer. Ella había intentado retenerla, seguirla, pero la presencia del camarero y la necesidad de pagar la nota le permitieron tomar la suficiente ventaja, así que le resultó fácil darle esquinazo. Desde ese momento... Era como si hubiese vuelto en sí al ver el edificio, al entrar en el portal. Entonces la sobrecogió el miedo. No quería ver a nadie. No quería hablar con nadie. Todavía no.

Ni siquiera sabía qué le pasaba.

Aunque resultase absurdo. Una desconocida no podía alterarla de aquella forma, y menos una desconocida tan increíble.

Porque desde luego no era más que una loca, una pobre perturbada empeñada en una historia imposible. Tal vez hubiese perdido a una madre, una hermana, o una hija, y ahora cuando veía a alguien que se le parecía...

Si volvía a verla llamaría a la policía.

Si...

Cerró los ojos, pero volvió a abrirlos al momento, cuando, en la oscuridad, el mundo entero empezó a girar dentro de sí misma. Los fijó en el techo un instante. Luego hizo lo que tenía pensado, darse la vuelta, colocarse boca abajo y respirar profundamente.

Sólo que daba igual. Con los ojos cerrados o abiertos, seguía viendo aquellos otros ojos.

Los de la mujer de la fotografía.

Graciela Mariani.

Y los de Ana Cecilia Mariani.

Aquellos ojos, aquellos labios, aquella sensación...

Respiró de nuevo, profundamente, hasta llenarse de oxígeno, y lo expulsó despacio, muy despacio, como le enseñaron en una clase de relajación y autocontrol a la que asistió. Repitió la operación media docena de veces. Un, dos, tres, aspirar. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis, expirar.

Y vuelta a empezar.

Casi lo logró.

Saltó de la cama cuando los nervios amenazaron con desarbolarla de forma inquietante. No podía salir de la habitación, así que se sentó en su mesa y abrió el cajón inferior del lado derecho. Lo hizo de forma maquinal, pero lo cierto es que antes de que quisiera darse cuenta ya tenía delante su álbum de fotografías. Su álbum personal. Se quedó mirándolo un largo rato. Luego lo abrió apartando la gruesa cubierta.

Las primeras fotografías eran suyas, de niña. En Argentina. En aquella casa de la que no recordaba nada, salvo que no tenía escaleras para subir y bajar. Las mejores fotografías de aquellos tiempos las conservaba su madre, pero le había dado algunas, años atrás, para que pudiera hacerse su

propio álbum. El resto eran una mezcla de antes de que tuviera su primera cámara, a los catorce años. Fotografías de ella sola, cuando aún no había nacido Alexandra, y de ella con su hermana, y de sus Primeras Comuniones, y de fiestas, excursiones, chicos...

Fotografías de las dos con sus padres.

¿Por qué no se parecía a ellos, ni a su hermana, ni a su abuela materna, ni a nadie conocido?

¿Por qué?

No quería ceder. No quería abrir la menor fisura. Sin embargo...

A su cabeza acudieron una docena de pájaros, que no eran sino formas aladas de frases escuchadas durante todos los años de su vida. Comenzaron a danzar por ella, haciendo que las palabras rebotaran en su mente, diseminando sus ecos por todo su ser.

«¿Pero a quién ha salido esta niña?», «si es que no se os parece en nada», «¿seguro que no tuviste una aventura, Petra?», «y el carácter, ¿de quién ha heredado semejantes ideas?»...

También oía a su madre.

«Es clavada al padre de Armando».

Pero era casi imposible que la única fotografía que había de su abuelo paterno pudiera darle la menor pista. Se trataba de una foto oscura, vieja, rancia. En ella se veía a un hombre que apenas si se vislumbraba en la distancia.

Cerró el álbum, de golpe, casi con violencia.

¿Y qué?

Mucha gente se parecía a mucha gente. Aquella loca la había confundido y eso era todo.

«Pregunta a tus padres».

Se llevó las manos a la cara. Desde el primer momento en que vio a la desconocida observándola, se sintió extraña. Y más aún al repetirse la escena. Porque desde la segunda, ya a sabiendas de que la espiaba...

Aquella sensación de *déjà vu* visual y perceptivo...

Aunque fuese tan y tan absurdo.

¿Y si, después de todo, existiese una oscura historia argentina en su pasado?

Aquella tal Graciela Mariani era una activista, pacifista y libertaria comprometida con cualquier causa que le pareciese justa. Como ella. Pero si era la verdad, significaba que...

La puerta de su habitación se abrió en ese momento.

Ella se asustó tanto como su madre. Estela, porque se hallaba imbuida del caos mental que la invadía. La mujer, porque no esperaba encontrar a nadie en la habitación.

—¡Ay, hija!, ¿pero qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado?

—Hace un momento.

—¿Y por qué no has venido a saludar? —se acercó a la muchacha, preocupada, y esa preocupación se le acentuó más al verle la cara—. ¿Qué te pasa? Estás blanca.

—No me pasa nada —trató de convencerla inútilmente.

Su madre le puso una mano en la frente.

—¿Te encuentras bien? Por Dios, si estás helada.

—Algo que me habrá sentado mal —fingió indiferencia.

—Ya, mucho decir de tu hermana, pero con tanta porquería y tanto refresco que os tomáis... ¿Te preparo algo?

—No, tranquila.

—¿Seguro?

—Mamá.

Era una forma de pedirle intimidad y soledad. La miraba con la cabeza baja y las pupilas en lo alto de los ojos mientras plegaba los labios. La mujer ya conocía esa expresión.

—No, si por mí, ya puedes morirte, mira —mintió Petra Puigbó sin que su preocupación menguase en lo más mínimo.

—Sólo necesito unos minutos de relax. Salgo en seguida, ¿vale?

Su madre la miró desde la puerta.

—Bueno, pero...

—Ahora voy.

—Vale, vale.

Y cerró la puerta tras de sí.

Estela la contempló un largo instante.

Luego guardó el álbum de fotos en su sitio, con movimientos deliberadamente lentos, metódicos, y regresó a la cama, tumbándose de nuevo boca abajo.

Los pájaros seguían en su cabeza, y también las preguntas. Las primeras dudas.

Incertidumbres.

Todo era demasiado extraordinario, y además, además, que le sucediese a ella...

Absurdo.

Los ojos de Graciela Mariani le sonrieron desde el confín más distante de su amenazado universo.

16

Al entrar en la sede de la AAD, Modesto Sanjuán la miró con sorpresa, enarcando las cejas. Seguía solo, sin nadie que le echase una mano, así que sonrió como si su presencia fuese agua de mayo.

—Estela, ¡qué maravilla!, ¿qué haces aquí? No te esperaba hoy.

—No he venido a trabajar, aunque puedo quedarme un rato si quieres —se justificó ella.

El responsable de la ONG reparó en su rostro serio, las huellas del cansancio, como si no hubiese dormido bien la pasada noche. La tez de su amiga tenía el halo fantasmal de una palidez imposible de disimular, y más teniendo en cuenta que ella nunca iba maquillada.

—¿Te ocurre algo?

—Aún no lo sé —suspiró Estela—. Por eso he venido.

Hizo que dejara de trabajar, de ir de un lado para otro. Modesto Sanjuán se le acercó y le puso una mano en el brazo. La miró de hito en hito.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Quería que me hablastes de lo que sucedió en Argentina cuando lo de Videla, Viola y los demás. Seguro que sabes mucho más que yo. Bueno... —se encogió de hombros sin querer ocultarlo—, en realidad yo casi no sé nada. Es la tierra en la que nací pero...

—Mujer, yo tampoco soy un experto en el tema —se excusó él.

—Pero lo viviste, aunque fuese desde aquí y siendo un niño, y lo sabes casi todo de todos los países y más. ¿A quién querías que acudiese, a una hemeroteca?

—No, supongo que has acudido a la persona adecuada —sonrió Modesto Sanjuán.

—Si estás liado podemos quedar.

—¿Cuándo no estamos liados aquí? —hizo un gesto de tranquilidad y la obligó a sentarse en una silla. Él ocupó la silla de enfrente—. Vamos, estás en Acción de Ayuda Directa, ¿no? Información más directa que esta no vas a encontrar.

Estela se rió. Fue como una liberación. Las personas que olvidaban reír se daban cuenta de lo importante que es hacerlo cuando ya no podían, y de lo inconscientes que somos a veces al ignorar la felicidad que supone reírse sin reparar en ello.

—Veamos —comenzó Modesto Sanjuán—. Si no recuerdo mal fue a comienzos de 1976 cuando se produjo el golpe y los militares tomaron el poder. Como ya hiciera Pinochet en Chile tres años antes, la represión fue furibunda, tremenda. Comenzó el goteo de desapariciones. El ejército, la policía y los grupos paramilitares campaban a sus anchas. Cualquier sospechoso de pertenecer a una célula, un comité, un sindicato, un grupo en pro de alguna causa que ellos considerasen opositora al régimen, era detenido y... Las historias que se cuentan son espeluznantes, ¿sabes?

—He oído decir que echaban a la gente viva, atada de pies y manos, al mar desde aviones...

—Eso y más. Tengo por ahí fotos de fosas comunes, de torturados, y, desde luego, ponen los pelos de punta. La maldad humana no tiene límites cuando el odio ciega la razón. ¿Qué quieres que te diga? El problema es que detenían a personas que realmente poco o nada podían decir; los torturaban en busca de nombres o datos que ni sabían. ¿Crees que si a un hombre le someten a descargas eléctricas en los testículos y sabe algo no lo dice? ¿Crees que si a una mujer le introducen una barra de hierro al rojo vivo por la vagina y sabe algo no lo dice? Por Dios, los héroes sólo salen en las películas. En la vida real no existen. Locos sí, héroes no. Y los métodos de tortura te aseguro que son cada vez más sofisticados. Destrozan la mente humana tanto o más que el cuerpo. Así que no cabe duda de que todos aquellos desaparecidos en realidad están muertos, todos. Lo único que se buscó al acabar la pesadilla, y aún se busca, son sus cuerpos, o su rastro.

—¿Por qué pasó eso en Argentina? —balbuceó Estela.

—Menuda pregunta —dijo con triste sarcasmo Modesto Sanjuán—. ¿Por qué hubo una guerra civil en España? ¿Por qué se ha desmembrado la antigua Yugoslavia y se produjo lo de Bosnia? ¿Por qué las antiguas repúblicas soviéticas andan a la greña con Rusia? ¿Por qué lo de la región de los Grandes Lagos en África? ¿Por qué esto y lo otro y lo de más allá? Siempre hay alguien que pide algo y alguien que se lo niega, alguien que saca una bandera y alguien que saca otra, alguien que habla de libertad y alguien que habla de unidad, alguien que pelea con las manos y alguien que saca el ejército a la calle, porque claro, quien tiene las armas, el poder, es siempre el mismo: el ejército.

—¿Y los niños?

—Esos son los que primero caen, siempre. Las primeras víctimas de toda guerra.

—Me refería a los que nacieron en las cárceles argentinas en aquellos años.

—¡Ah, eso! —reaccionó Modesto Sanjuán—. Sí, claro —pareció sumirse en sus pensamientos, como si recapitulara. Luego volvió a hablar, aún más despacio, reflexivamente, sin dejar de mirarla a los ojos con fijeza—. Nacieron muchos niños y niñas entre 1977 y 1979 en esas cárceles. Algunas ni siquiera eran cárceles, pero se utilizaron como tales, y se han convertido casi en símbolo de aquella barbarie.

—¿Como la Escuela de Mecánica de la Armada?

—Sí, exacto —se sorprendió de que ella conociese ese nombre—. Tenían a tanta gente detenida que utilizaron todo lo disponible para encerrarlos, interrogarlos, torturarlos y matarlos —enarcó las cejas y cambió el tono para preguntar—: ¿Cómo sabes tú ese nombre?

—Algo sé —manifestó ella.

—¿Te lo han contado tus padres?

—No, en casa nunca se habla de Argentina, y menos de esa época.

—Pero tu padre se fue de allí por motivos políticos, ¿no?

—No lo sé. Nos vinimos a España en el ochenta y dos.

—Poco antes de que Alfonsín tomara el poder y el país volviera a la democracia —dijo Modesto Sanjuán todavía con el ceño fruncido.

—Sí.

Pareció que iba a preguntar algo más, referente a ello, pero cambió de idea y no lo hizo. Retomó el hilo de la conversación anterior.

—Querías saber algo de los niños y niñas de las detenidas...

—Todo lo de las madres y las abuelas de la Plaza de Mayo.

—Eso fue bastante vergonzoso, aunque en medio de aquel caos... Esos inocentes no tenían culpa alguna de nada, así que, muertas sus madres en la cárcel, se los quedaron los mismos militares. Mataron a muchos, abandonaron a muchos, llenaron los orfanatos... las *casas cuna*, como los llaman allá, pero también hubo quien se benefició de ese «excedente» de criaturas. Mira, ayer mismo salió una noticia en el periódico.

Alargó la mano, cogió varios periódicos depositados en un anaquel, y buscó el que acababa de citar. Cuando lo encontró pasó varias páginas hasta dar con la noticia. Lo dobló y se lo pasó a Estela. El titular decía: «Un expolicía argentino declara ante el juez Garzón que sus compañeros se repartían bebés como si fueran televisores». El encabezamiento ampliaba la noticia: «Un expolicía argentino, testigo directo de asesinatos, secuestros y torturas de ciudadanos españoles durante la dictadura militar, ha aportado al juez Garzón datos concretos sobre los autores de estos hechos». Por último, la noticia, que llenaba un cuarto de página de *La Vanguardia*, arrancaba con el párrafo: «En el año 1977 el testigo era un especialista en explosivos de la policía de Buenos Aires, reclamado cada vez que se efectuaban operativos especiales. En ellos pudo ver cómo un comisario asesinaba a sangre fría a un ciudadano español, cómo fusilaban a personas simulando enfrentamientos armados, cómo sus compañeros masacraban a dos matrimonios, y cómo los integrantes de las fuerzas especiales se disputaban los bebés que sobrevivían a las matanzas como si fueran televisores...».

No siguió leyendo. Levantó los ojos y miró a Modesto Sanjuán.

—A fines de 1977 —siguió hablando él—, las primeras mujeres se reunieron en la Plaza de Mayo, situada delante de la Casa Rosada, sede del Gobierno. Llevaban pañuelos blancos en la cabeza y las fotografías de sus hijos e hijas colgadas del cuello o en las manos. Algunas ya sabían que sus hijas habían sido madres en el transcurso de su cautiverio, así que también pedían la verdad sobre el paradero de esos bebés. La policía militar las

dispersaba a golpes de porra, y en Argentina son de madera, ¿sabes? Pero ellas volvían, y volvían, y volvían; daban vueltas silenciosamente a la Plaza sin parar. Primero lo hicieron los sábados, luego los viernes, aunque por lo visto ese día en tu país es «el día de las brujas», y entonces decidieron acudir a la Plaza de Mayo todos los jueves. Primero eran «las madres de la Plaza de Mayo». Después, «las madres y abuelas». Ellas y su movimiento se convirtieron en la primera voz de protesta que conmocionó a la Argentina primero y al mundo después. Hoy en día las «madres» mantienen una lucha más política y reivindicativa, mientras que las «abuelas» se han concentrado en buscar a sus nietos. Han localizado ya a más de cincuenta, pero la lista es de unos trescientos. Sting les hizo una canción: *Ellas bailan solas*. Durante años han ido encontrando a muchos, y han logrado saber qué sucedió con sus hijos e hijas, e incluso en qué lugar fueron enterrados, si es que lo fueron. Todavía hoy aparecen casos, porque ahora aquellos niños y niñas tienen ya dieciocho, diecinueve, veinte años, y ellos mismos se ocupan de buscar sus orígenes.

—Pero ¿cómo lo saben?

—El relevo del movimiento de las madres y abuelas de la Plaza de Mayo, o mejor dicho, la oficialización de la realidad de los desaparecidos, comenzó con la creación del CONADI, la Comisión Nacional para el Derecho a la Identidad. Pero es que recientemente el tema se ha extendido aún más. En 1995 o 1996, no lo recuerdo bien, se creó la asociación HIJOS, o sea, Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio. Creo que también están en España, porque muchos exiliados argentinos se vinieron aquí, como vosotros, y de lo que se trata es de seguir su rastro. Cuando se es niño, se vive ajeno a todo, pero a partir de cierta edad... ¿Qué pasa cuando un chico ve que no se parece en nada a sus padres, cuando tiene sospechas, siente una inquietud... y encima conoce la historia reciente de su país? Antes eran las madres y abuelas, pero ahora son esos chicos y chicas los que tratan de buscar a sus familias, o lo que quede de ellas, aunque sólo sea un tío, o una prima. Todo el mundo quiere saber quién es, de dónde viene, y quiere recuperar su historia. No desea que nadie se la robe, aunque se trate de un padre adoptivo que no hizo sino salvarle la vida. En 1987 se creó en Argentina el BNDG, o sea, el Banco

Nacional de Datos Genéticos. La tecnología está ayudando a reunir a esas familias.

Todas las personas con desaparecidos en sus familias han dado muestras de sangre, de forma que si ahora mismo un adolescente tiene dudas, puede ir por su cuenta, hacerse analizar la sangre, y ver si el ADN coincide con alguna muestra de las que están registradas en ese banco de datos. Esa es ahora mismo la memoria de sus seres perdidos.

Estela tenía un nudo en la garganta. Pareció que iba a echarse a llorar, pero se contuvo.

—La memoria de los seres perdidos —suspiró.

—Todavía hay mucho dolor en tu país de origen, querida —dijo Modesto Sanjuán—. Lo hay aún en España cincuenta años después de la guerra civil, así que en Argentina...

La muchacha guardó silencio unos segundos. Tenía la mirada perdida, y su palidez se había acentuado.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —se interesó su compañero.

—Claro —levantó los ojos hacia él.

—¿Todo esto es... simple curiosidad?

—No lo sé —le confesó.

—Si te interesa el tema, puedo buscarte más información.

—¿De verdad?

—¡Cómo no! —le mostró las palmas de sus manos abiertas—. Esto es una ONG, y alguna ventaja teníamos que tener. Además de amigos periodistas, puedo pedir información a Amnistía Internacional, por ejemplo.

—Gracias, Modesto.

Se puso en pie. Él hizo lo mismo.

—¿Estás bien? —quiso saber.

—Sí —dijo Estela sin mucha convicción.

—¿Entonces...?

—Ya sabes —fingió una indiferencia que no sentía—. Oyes hablar y decir cosas, y te enteras de otras, y al final se te despierta la curiosidad. Eso es todo.

Sabía que no sonaba nada convincente, pero no era el momento de decir nada más. Hasta Modesto Sanjuán lo supo comprender así.

—¿Me lo contarás?

—Por supuesto.

—De acuerdo. Te llamaré en cuanto tenga lo que te he prometido, que será mañana mismo probablemente.

Estela ya estaba en la puerta.

—Gracias.

—Cuídate.

Desapareció al cerrar la puerta, dejando tras de sí un rastro de incierto dolor y una ausencia cuyo volumen se medía por la intensidad de las emociones que ahora arrastraba con ella.

El rostro de su abuela materna se trastocó en una mueca de sorpresa al verla al otro lado de la puerta.

—¡Estela, cariño!

No era normal una visita durante el día y a aquella hora en la que se suponía que ella estaba en clase, por eso la anciana se alegró, pero rápidamente calculó los elementos de aquella insólita presencia y formuló la pregunta obligada.

—¿Pasa algo, cielo?

—No, qué va. Estaba aquí cerca y he pensado en subir a decirte hola.

—Pues algo es algo, porque si no voy yo a veros... —protestó de pasada la dueña de la casa haciendo un gesto de resignación mientras recibía los correspondientes besos de su nieta mayor.

—Me quedo diez minutos, ¿vale? Y de paso hago una necesidad perentoria.

—¡Señor, Señor!, siempre con prisas y de un lado a otro.

Dejó que ella fuera a su paso, más bien lento, y se adelantó para introducirse en el cuarto de baño. En realidad lo de la necesidad era una excusa, pero aprovechó para cambiarse la compresa, cosa que hacía siempre que podía y cuantas veces fuera necesario cada día en lo más álgido de su menstruación. La limpieza era una de sus manías más obsesivas. Eso y sentirse fresca y segura, como decían los anuncios de compresas. Tardó menos de tres minutos en cambiarse y salir de nuevo para reunirse con su abuela en la salita. Como era natural, tenía un grueso libro abierto y puesto boca abajo en la mesita, justo al lado de la butaca que presidía el lugar. Las gafas estaban al lado del libro.

—¿Qué lees? —se interesó.

—Un dramón, pero ya sabes que me gustan. No voy a estar todo el día devorando cosas profundas.

—¡Si pudiera leer la décima parte de los libros que has leído tú en tu vida, abuela! —suspiró ella.

—Es cuestión de ponerse, ¿eh? —le advirtió la mujer—. Menos tele y menos tonterías con las que perdéis el tiempo ahora, y ya está.

—Oye, que yo leo mucho, ¿vale?

—Bueno, bueno —cambió de tema rápidamente—. ¿Qué tal por casa?

—Normal, como la semana pasada.

—Como no le vi el pelo a Alexandra...

—Ya la conoces. Esa sí tiene hormigas en el cuerpo.

—Casadas me gustaría veros antes de morirme. Con bisnietos ya no digo, pero casadas...

—Abuela, si estás como una lechuga de fresca y como una rosa de aspecto —le rebatió Estela—. ¡Pues claro que nos verás casadas, y con hijos! ¡Serás la bisabuela más estupenda del mundo!

—¡Pero si hoy en día todas os casáis a los treinta!

—Yo ya tengo novio, ¿recuerdas?

—¿Ah, sí? —la pinchó—. Que yo sepa se lo presentaste a tus padres, pero lo que es a mí... En fin, supongo que será verdad. Yo aún no lo conozco.

—Te lo presentaré, palabra. Como sé que te gustará... Oye, y si vas a seguir refunfuñando me voy. Luego te quejas de que nos ves poco.

—Vale, vale. Si es que ya sabes que estoy muy sola, cariño, y los libros no me lo dan todo.

No sabía cómo empezar el diálogo, aunque de hecho su abuela se lo había servido en bandeja de plata al hablar de que las jóvenes de hoy se casaban a los treinta y cosas así. Buscó la forma de retomar el tema para conducirlo al terreno que le interesaba.

—Y eso de que hoy nos casamos a los treinta y antes no... ¿Qué quieres que te diga? Mamá se casó a los treinta y dos, si no recuerdo mal.

—Fue distinto.

—¿Por qué iba a serlo?

—Porque tu madre se lió con los estudios, y luego con aquel novio que tuvo y con el que se pasó cinco años de relaciones hasta que cortaron, y entonces se le hundió el mundo y vino lo de aceptar ese puesto en la embajada española en Buenos Aires. Entre unas cosas y otras...

—¿Tan fuerte fue lo de su novio, que se marchó a otro país?

La abuela Valentina miró a su nieta con los ojos y la memoria llenos de recuerdos del pasado. Los dulcificó al instante al seguir el suave perfil de aquel rostro hermosado por la edad y la ternura.

—Bueno, supongo que ahora ya puedes saberlo —dijo—. Aunque debería ser tu madre la que te hablara de ello.

—Ya sabes que mamá no es muy habladora.

—No, en eso se ha contagiado de tu padre, querida. Gasta menos en palabras que en cariño.

—Venga, va, no hagas de suegra.

—Nunca he hecho de suegra. Si lo hubiera hecho... —hizo un gesto temible con el puño cerrado que arrancó una sonrisa de los labios de su nieta.

—Cuenta, cuenta —la apremió ella.

—Tampoco es que haya mucho que contar, no vayas a creer —dijo despacio la abuela Valentina—. Para tu madre aquel tarambana fue el primer amor. Hoy en día el primer amor lo tenéis a los dieciséis o diecisiete años, puede que incluso antes, pero entonces no era así. Una podía ensoñarse con un chico en la adolescencia, sí, pero como no pasaba nada... Todo era platónico. El primer amor amor, o sea, con una relación ya formal, llegaba pasados los veinte.

Y ella perdió la cabeza por el que menos le convenía.

—Pudo haber sido mi padre.

—¡Ay, calla! —se estremeció la anciana—. Y encima se llamaba Bartolo. ¡Por Dios! Les llamaban el Bartolo y la Bartola.

—¿Por qué cortaron?

—Porque después de cinco años de promesas, de que si ahora me caso ahora no me caso, de si «esperemos un poco más» o «hasta que no encontremos el piso adecuado»..., ella se hartó. Y en cuanto le dio el ultimátum, el dichoso Bartolo desapareció. Los noviazgos largos tienen

esos riesgos: cuando se llega a la boda ya hay cansancio, tanto si «se ha hecho» antes como si no.

—¿Mamá lo hizo?

—¿Y yo qué sé? —se escandalizó su abuela—. En aquellos días se hablaba mucho de libertad, aunque si la libertad era eso...

—Así que se marchó a Argentina para no estar en Barcelona.

—Una locura, pero ya ves: la vida tiene cartas ocultas. Ahí estaba tu padre, y vosotras. En parte tuvo suerte. Yo no lo veía tan claro. Eso de irse al otro lado del mundo, un país donde es invierno cuando aquí es verano y viceversa... ¿Dónde se ha visto que en Navidad haga sol? Lo de la embajada fue un golpe de suerte, pero para mí y para su padre, como si la hubiesen hecho embajadora. Nos costó mucho asimilarlo. Encima no era como ahora, que levantas el teléfono y ya está, o existe eso del «facs».

—Fax, abuela.

—Como se llame —siguió hablando animada—. Antes, por carta o nada. Y anda que no tardaban las cartas en ir de un continente a otro. ¡Ni que las llevasen a nado!

—¿Qué dijiste cuando te contó que iba a casarse?

—¿Qué querías que dijese? Si fue tan rápido que no... Pero si ni siquiera nos dio tiempo a nada. No habríamos podido ir a la boda, porque el viaje costaba mucho dinero y porque tu abuelo ya estaba enfermo, pero al menos lo habríamos intentado, o quizás hubiera podido ir yo. Imagínate: no poder verla vestida de blanco. Y tu abuelo, que se quedó con las ganas de llevarla al altar... De lo único que nos alegramos fue de que estuviese contenta y feliz, y de que se hubiese olvidado de Bartolo.

—¿En qué trabajaba realmente papá?

—Suministros para el ejército. Ahí aprendió todo lo de los camiones, los transportes y lo que le sirvió para instalarse luego aquí. Tonto no era, no.

—¿Tenía una empresa?

—¿Una empresa? No, que yo sepa no.

—Entonces...

—En aquellos días era militar, no sé si de mucha graduación, pero desde luego llevaba uniforme.

No lo sabía. Era el pasado de su propio padre y no lo sabía.

A veces se lo había preguntado: ¿cuántos chicos y chicas saben realmente la historia de sus padres, quiénes eran, qué hacían? Por lo general a todos y a todas ese pasado les sonaba a prehistoria, a reliquia, a batallita prematura. Nadie escuchaba. Nadie se interesaba. Nadie hacía preguntas, sobre todo en la adolescencia. Daba «corte». Y si encima los padres eran tan reservados y poco comunicativos como el suyo...

Ahora tenía la respuesta. Su respuesta.

—¿Papá era militar?

—Bueno, si llevaba uniforme... ¿Es que no te lo ha contado?

—No, nunca.

—Pues ya ves —hizo un gesto de indiferencia con los labios plegados hacia abajo—. De cualquier forma, debió renunciar al grado militar al marcharse de allí.

—¿Por el tema político?

—No lo sé, hija. De eso sí que nunca hablaron, ni se me ocurrió preguntar, porque yo no entendía nada de esas cosas.

—Pero ¿no te alarmaba oír noticias de la represión en Argentina tras el golpe militar?

—Aquí no llegaba gran cosa, y, además, tu madre me decía en sus cartas que no pasaba nada, y que ellos estaban bien. Eso es como lo de la ETA y el País Vasco, que parece que allí todo sean bombas y luego resulta que la gente está tan tranquila. Hay problemas, pero «no todo son problemas». Así que debía ser igual. Que yo he vivido cuarenta años con Franco, y tan tranquila, ¿eh?

—¿Qué hubieras hecho si nunca hubiésemos regresado?

—No lo sé. Puede que al morir tu abuelo yo me hubiese ido para allá. Pero no lo sé, de verdad, corazón. Lo único importante es que un día recibí carta de tu madre diciendo que se venían para aquí, con vosotras, y fue maravilloso —alargó un brazo y le puso una de sus arrugadas manos sobre las de ella—. Tu padre se instaló, le fue bien... ¿qué más podía pedir?

—Y cuando mamá te contó que estaba embarazada, ¿qué dijiste?

—Fue muy triste en parte por la distancia, pero muy bonito por el hecho en sí. Aún conservo esa carta con las manchas y todo.

—¿Manchas? ¿Qué manchas?

—Las de mis lágrimas. ¡Anda que no lloré ni nada!

—¿Y la conservas? ¿Puedo verla?

—Pues... sí, claro.

—Enséñamela ahora, ¿vale? Porfa, abuela.

—No, no, si la tengo en la cómoda. No hay problema. Pero no le digas nada a tu madre. A lo peor...

—Tranquila.

La anciana se levantó, cruzó la sala, desapareció por la puerta y se metió en su habitación. No tardó ni un minuto en regresar. Llevaba en las manos una caja de cartón. Volvió a sentarse en su butaca y la acomodó en su regazo. La abrió y sacó dos montañas de cartas atadas por dos cintas.

Guardó de nuevo una y se quedó con la otra en las manos. Le quitó la cinta. Cada carta llevaba una anotación. Estela pudo verlo. Leyó algunas mientras ella las pasaba pese a estar del revés, porque la letra era mayúscula y clara.

Aquello era un tesoro. Si pudiera leer todas esas cartas...

«Navidad 76», «operación de Armando, primavera 77», «Estela»...

La carta.

Su abuela se la tendió. Miró la fecha del matasellos.

Era posterior a su nacimiento, no anterior.

Iba a formular la pregunta en voz alta, pero prefirió sacar las dos hojas de papel cuidadosamente dobladas que contenía el sobre y leerlas por sí misma. El aire apenas si le llegaba a los pulmones. Era la primera referencia de su gestación y de su nacimiento. El primer dato que encontraba de su propia vida. El mejor de los documentos.

Y allí estaban las manchas, desde luego. Dos lamparones que habían corrido la tinta, pero que no impedían leer las palabras escritas en el papel envejecido por el tiempo aunque no tanto como para que ya estuviese amarillento, como solía suceder en las películas.

—Mira, ¿ves?, ahí —le señaló la anciana.

Lo leyó, todavía sin respirar:

«Mamá, tengo una buena, una maravillosa noticia que darte: has sido abuela. ¿Qué te parece? ¿No es lo más hermoso del mundo? Sé que

pensabas que ya no lo lograríamos debido a mi edad, pero te has equivocado. El pasado día nueve tuve a mi hija Estela. Pesó tres kilos y setecientos gramos, y es la niña más bonita del mundo. Perdona que no te dijera nada cuando supe que estaba embarazada, pero sé que te habrías pasado estos meses sufriendo. Además, he tenido muchos problemas, pero al final todo ha salido bien. Te mando una fotografía para que la conozcas. ¿A que es preciosa? Quizás ahora podamos ir a veros la próxima Navidad o la siguiente. Mamá, me siento tan bien, y ahora, más que nunca, te echo tanto de menos».

—Nunca vinisteis, ni por Navidad, ni en verano ni nada. Que si el trabajo de tu padre, que si el dinero, que si luego Alexandra... —suspiró la abuela Valentina—. Por lo menos todo eso acabó.

Estela apenas si la oyó. Seguía pendiente de la carta, aunque ya no dijera nada revelador. Pendiente de aquel matasellos, del 15 de septiembre. La carta estaba fechada el día 11.

Dos días después de la fecha oficial de su nacimiento.

Nada más.

No era una carta de nueve meses antes, comunicando la buena nueva en el instante de haber tenido noticia del embarazo, aunque tenía su lógica.

El abuelo enfermo, la distancia, preocupaciones innecesarias...

Su lógica.

—¿Sorprendida, verdad? —cantó feliz la voz de la anciana.

Lo estaba, más de lo que hubiera imaginado, pero menos de lo que había llegado a creer.

Sentados en torno a la mesa, en silencio, paseó una mirada nada discreta sobre los dos.

Su madre servía los platos, según su costumbre, prodigándose con mimo en las raciones. Su padre tenía la vista perdida en ninguna parte, también según su costumbre en momentos de silencio o vigilia, y los prolegómenos de las comidas o las cenas eran uno de ellos. Alexandra, ajena a todo, seguía también con su costumbre de protestar.

—¿Todo esto es para mí? ¿Estás loca, mamá? ¿Tú quieres que yo estalle o qué?

—Come y calla, que estás en los huesos.

—¡Sí, ya, en los huesos, como se nota que no...!

—Alexandra —se dejó oír la voz del cabeza de familia.

El tono no admitía réplica.

—¡Jo! —La más joven de la casa profirió un último atisbo de protesta.

Estela pensó que no sabía a qué venía tanta discusión, si luego Alexandra se dejaría en el plato lo que no le apeteciese.

Continuó mirando a sus padres.

Trataba de acallar las voces de la discordia que surgían de su interior. Intentaba controlar la desazón y los nervios.

Buscaba la forma de no perder la calma, rota con la aparición de aquella mujer. Pero las descargas de emociones, sentimientos y miedos eran cada vez más fuertes, más traicioneras. Ya no sólo era la posible confusión, sino la incertidumbre de una posible verdad.

«Tu padre adoptivo mató a tu madre biológica».

Un escalofrío recorrió su espina dorsal hasta hacerla estremecer.

—Me ha llamado la abuela —dijo Petra Puigbó acabando de servir el último plato—. Me ha dicho que hoy has pasado a verla.

Se puso en guardia.

—¡Ah, sí! —confirmó—. Estaba cerca y he subido un momento. Tenía ganas de hacer pis y de paso...

—Supongo que no le habrás dicho que subías porque tenías ganas de hacer pis —le reprochó su madre.

—No, mujer, no —la tranquilizó Estela.

—¿Cómo estaba?

—Bien, como siempre, aunque sólo he estado con ella cinco minutos.

—Bueno, pero la has hecho feliz. Dice que habéis estado hablando del pasado.

Volvió a ponerse en guardia.

—Ya sabes —fingió indiferencia.

—Yo la veo todavía bien, pero desde luego está tan mayor... —consideró Petra—. Eso de que le dé por recordar el pasado me da mala espina.

Su abuela no había dicho nada de las cartas, ni de sus preguntas.

—¿Sales esta noche? —quiso saber Alexandra dirigiéndose a su hermana mayor.

—Un rato. Miguel vendrá a buscarme dentro de quince minutos.

—¿Quince minutos? —tronó la voz de Armando Lavalle—. ¿Vas a cenar en quince minutos?

—Papá, has sido tú el que ha llegado media hora tarde. Yo no tengo la culpa, ni puedo telefonar a Miguel después de las nueve porque acompaña a su hermano a ese dichoso entrenamiento.

—Vale, no discutáis —dijo Petra.

—No me gusta que salgas tantas noches seguidas —continuó el hombre—. Nunca te veo estudiar.

—Sólo salgo a dar una vuelta.

—La marcha ahora ya empieza los jueves por la noche, papá —dijo Alexandra.

—La marcha, la marcha. Pronto se trabajará tres días y habrá cuatro de ocio.

—¡Espero que eso llegue pronto! —se frotó las manos Alexandra.

Su padre la fulminó con una mirada que no hizo la menor mella en ella.

—Espero que tengas cuidado —volvió a dirigirse a su hija mayor.

Se sintió molesta por el comentario.

—Tranquilo, papá —se revolvió—. No me voy a quedar en estado.

—¡Faltaría más! —paralizó el movimiento de su mano, llevándose el tenedor a la boca, para mirar horrorizado a Estela.

—Hija, eso ni en broma —exclamó Petra Puigbó.

—Pienso hacer como vosotros, descuidad. Primero casarme, esperar tres o cuatro años, y luego procrear.

—¡Huy, procrear! —se burló, siempre al quite, Alexandra.

—Nosotros no es que esperaríamos —dijo Petra Puigbó—. Es que yo no me quedaba en estado. Tardaste en llegar.

—No lo sabía —manifestó Estela—. En realidad como nunca me habláis de nada.

—¿Cómo que nunca te hablamos de nada?

—De Argentina, por ejemplo.

Deslizó una rápida mirada en dirección a su padre. El hombre siguió comiendo impasible.

—¿Qué quieres que te contemos? Todo era pura normalidad, no sé.

—Ya, pero...

El timbre del teléfono los interrumpió. Maldijo su mala suerte, aunque de todas formas no era más que un test, una prueba. Tal vez una tontería. Podía retomar la conversación, y mejor a solas con su madre. Armando Lavallo levantó la cabeza molesto.

—No lo cojáis, ¡es la hora de la cena, maldita sea! —pidió.

Alexandra ya estaba en pie, dispuesta a salir disparada en dirección al aparato.

—¡Sí, hombre, mira! —rezongó sin detenerse.

Así que se fue hacia el teléfono y descolgó el auricular antes de que dejara de sonar el segundo zumbido.

—¿Sí?

Le cambió la cara. Plegó los labios en una clara mueca de insatisfacción y cerró los ojos un largo instante. Luego dejó el auricular en

la mesita y se dirigió a su hermana.

—Es para ti. Modesto.

A veces lamentaba que no tuvieran un inalámbrico, un aparato con el que desplazarse y tener un poco de intimidad mientras hablaba, por ejemplo, desde su habitación. Esta fue una de ellas. Tuvo que coger el auricular y hablar allí mismo.

—¿Modesto? —preguntó.

—¡Hola, cariño! —la saludó la voz afable y distendida del responsable de la ONG—. Sólo es para decirte que el lunes tendré lo que me pediste.

—Gracias.

—Creía que sería más rápido, pero me han dicho que van a prepararme algo bastante completo, con información, declaraciones, fotografías y cosas así.

—Estupendo.

—Vale, hasta el lunes pues.

—Adiós.

Colgaron al unísono y Estela regresó a la mesa. Ya era casi la hora en que debía pasar a recogerla Miguel para dar una vuelta. No lo había visto desde antes de su charla con la loca.

La loca.

Dejó de hablar y se concentró en la cena. Más que comer, la engulló. El resto de la conversación fue más trivial. Sólo al final, con una nueva llamada telefónica, la que esperaba Alexandra, recrudeció Armando Lavalle sus protestas y sus quejas de que allí ya nadie le hacía caso. Estela aprovechó la ocasión para irse a su habitación y cambiarse. Terminaba de hacerlo cuando escuchó el timbre del telefonillo.

—¡Es Miguel! —sacó la cabeza por la puerta de su habitación—. ¡Decidle que ya bajo!

—No sé por qué no sube —oyó decir a su madre.

—¡Porque cuando viene con el coche no quiere dejarlo en doble fila, mamá! ¡Su padre lo mata como se lo lleve la grúa!

—Ya tengo ganas de conocer yo a ese hombre —escuchó la voz de Armando Lavalle.

Salió de su habitación, corrió hacia la puerta y tras decir un sonoro «¡adiós!» la traspuso cerrándola a su espalda. Bajó la escalera corriendo, corriendo, y aceleró aún más la marcha cuando llegó al vestíbulo y vio a su novio de pie en la calle, aguardándola fuera del coche.

El resto fue un vértigo.

Se le echó en los brazos, temblando, dando rienda suelta a todos los nervios que la habían estado dominando en las últimas veinticuatro horas, y le abrazó con todas sus fuerzas, buscando protección, paz, un alivio que de pronto sabía que sólo él y su amor podían proporcionarle.

19

Miguel se enfrentó al brillo tumultuoso de sus ojos. El océano de dudas y la confusión que le invadía, después del tropel de sensaciones que le había provocado Estela en su razón, le hicieron mantener una prudente calma.

—¿No has vuelto a verla? —fue su primera pregunta.

—No.

—¿Ni te ha llamado por teléfono?

—No.

—¡Jesús! —se inclinó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de su asiento aunque sin dejar de mirarla a ella.

—Llevo desde ayer...

—No me extraña. Pero estaba loca, ¿no?

Era lo mismo que se había estado repitiendo a sí misma.

—No lo sé —dijo por primera vez.

Miguel le cogió la mano. Se la apretó suavemente.

—Es que si no lo estuviese...

—Ya —comprendió Estela.

—Significaría que...

Ella bajó la cabeza. Cada vez que la idea penetraba desnuda en su mente dejaba un surco cárdeno en el interior de su conciencia, le taladraba el alma, le quemaba la razón.

—Miguel, tengo miedo.

Era la primera vez que lo manifestaba en voz alta.

—Vamos, no puede ser verdad.

—¿Por qué no? —le desafió—. Nací en el momento y en el lugar exactos, no me parezco en nada a mi padre ni a mi madre ni a mi hermana. En estos años los hallazgos de hijos e hijas de desaparecidos han sido

constantes. ¿No crees que tengo motivos para sospechar, como están sospechando ahora mismo cientos de chicos y chicas de mi edad?

—Pero es la palabra de una desconocida frente a toda una vida.

—Tú no viste esa fotografía, Miguel —repuso agotada—. Era mi vivo retrato, o mejor dicho, yo soy el suyo. Y también tengo los ojos y la boca, y hasta lo de tocarme el lóbulo de la oreja igual que ella, esa tal Ana Cecilia Mariani. Además, hoy he hablado con mi abuela.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha enseñado unas cartas. Las que le envió mi madre desde Argentina cuando vivía allá, recién casada con mi padre.

—Eso lo aclara todo, ¿no?

—No —negó con la cabeza—. La carta en la que le anuncia a mi abuela mi nacimiento es posterior a ese nacimiento, no anterior. Mi madre no le dijo que estaba en estado. Le escribió para decirle que yo ya era una realidad.

—¿Qué justificación le ha dado a eso tu abuela?

—La misma que expone mi madre en la carta: no quisieron preocuparles, especialmente a mi abuelo, que estaba enfermo. Parece que mamá decidió no tenerles nueve meses en vilo, y esperar a que todo hubiese salido bien. Ten en cuenta que me tuvo con treinta y seis años.

—Parece lógico.

—Ya.

—Pero justo ahora es otro palo en la rueda, ¿verdad?

—Así es.

—¿Qué sabes del pasado de tus padres?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada, ya te lo dije una vez. No hablan mucho de esa época. Si él tuvo que irse de Argentina por razones políticas, porque no estaba bien... Ya has conocido a mi padre. Es una ostra. Y en cuanto a mi madre, no creo que fuese muy feliz allá. Cualquier mujer recordaría con agrado los años en que conoció a su marido, y se casó, y tuvo a sus hijas, pero ella tampoco habla nunca de ese tiempo, y si lo hace, se le nota cierta tristeza, como si se tratase de un recuerdo lejano y perdido. Tampoco es que sean

muy distintos a la mayoría de padres de amigas o amigos que conozco, la verdad. Vidas anodinas, pasados oscuros, nada relevante...

—Y algún que otro secreto, fantasmas guardados en el armario.

—Mi abuela me dijo que mi padre era militar.

—¿Qué?

Estela tenía la cabeza baja. Sabía que Miguel era poco amante de los uniformes, como ella misma.

—Miguel, te juro que no sé...

—Coño, Estela, esto sí es... —buscó la palabra adecuada sin encontrarla. Por eso acabó diciendo—: Pregúntales a ellos y acaba con este rollo, ¿vale?

—¿Crees que puedo ir y decirle a mi madre si me adoptó, y, si lo hizo, si era hija de una desaparecida? ¿Y a él preguntarle como si tal cosa si me arrancó de las manos de mi madre después de tort...? —se le hizo un primer nudo en la garganta—. Por Dios, Miguel, son mis pa... dres...

El segundo nudo ya no lo pudo superar ni mucho menos vencer. Rompió a llorar, deshaciéndose lo mismo que un castillo de naipes milagrosamente alzado y aún más milagrosamente mantenido en pie. Miguel llegó a tiempo de sostenerla, pese a estar sentada a su lado en el coche. La abrazó, la estrechó con fuerza, le besó el cabello y le pasó la mano izquierda por la cabeza. De su pecho llegó un fuerte calor, como si Estela se abrasara allá dentro, expandiendo una oleada de angustias a muchos grados de temperatura.

Durante unos largos segundos ya no se movieron.

—Te quiero —susurró él finalmente.

Estela asintió con la cabeza, aún protegida por su abrazo.

—Me tienes a mí. No estás sola.

Volvió a besarla con ternura, en la cabeza, una, dos, tres veces, hasta que, despacio, la obligó a levantar la barbilla y buscó sus labios. Fue un beso tenue, lleno de paz, cargado de densa quietud.

—Mi hermana se va seis meses a Londres —musitó—. Tendremos su casa para estar solos y pasar algunas noches.

—Bien —suspiró Estela.

—Incluso podemos vivir en ella si quieres, si necesitas irte.

Le miró. Estaban tan cerca que sus imágenes llegaban deformadas por la proximidad. Aun así, a veces querían fundirse, mezclarse el uno con el otro, convertirse en un solo cuerpo, un sentimiento común.

—¿Estás bien? —cuchicheó él.

—Tengo miedo —reveló ella.

—¿De qué?

—De la verdad.

La besó de nuevo.

—Siempre será su verdad, por mucho que te duela o te afecte. Nuestra verdad es esto, y está aquí, ahora. Todo el mundo tiene un pasado. Todo el mundo con más de veinte o treinta años. Nosotros sólo tenemos presente y futuro. No lo olvides. Tu verdad soy yo, y mi verdad eres tú. Eso es lo que nos hace fuertes.

Quiso creerle.

Necesitaba creerle.

Pero el miedo la hizo volver a refugiarse en sus brazos mientras rompía a llorar por segunda vez.

TERCERA PARTE

Luna nueva

Su padre raramente entraba en su habitación. No era usual. Si quería verla por algún motivo, o necesitaba hablarle, la llamaba. Eso se había ido consolidando gradualmente hasta constituirse en norma desde que ella había iniciado la parte álgida de su adolescencia, a los catorce o quince años. Por esa razón le extrañó verle allí, en la puerta, después de llamar quedamente para anunciarse.

—Estela, han dejado abajo este sobre para ti.

Estaba vestida, y estudiando, así que entró y se lo tendió. Estela lo recogió de su mano y luego vio cómo el hombre daba media vuelta y se iba, dejándola sola. Primero pensó en los informes y documentos que iba a facilitarle Modesto Sanjuán. Pero habían quedado para el lunes, en la ONG, y era sábado al mediodía. No podía tratarse de eso.

El sobre, grande, voluminoso, más bien un paquete pequeño y plano, no llevaba remite alguno.

Lo abrió. Rasgó la parte superior y extrajo un montón de fotocopias, cuartillas, papeles diversos, impresos, documentación...

Todo relativo a casos de desaparecidos.

Le temblaron las manos.

El primer bloque era el que hacía referencia al caso de Graciela Mariani y a su hija.

Así que ella, Ana Cecilia Mariani, había estado allí. Insistía.

No supo qué hacer. Miró hacia la puerta, como si su padre pudiese volver a entrar y sorprenderla. Tras ello se enfrentó a todos aquellos papeles que, de repente, le pesaban en las manos. Casi sin darse cuenta miró aquella primera fotocopia, con la fotografía de Graciela Mariani arriba, en la parte superior derecha. La misma fotografía que le había mostrado su hermana.

Era la fotocopia de la denuncia interpuesta por la desaparición de...
¿De sí misma?

Volvió a sentir el zarpazo en el alma, la mordedura en su estómago, el nudo en la garganta.

Y comenzó a leer:

*«PERSONA DESAPARECIDA: N. GRANADOS MARIANI.
Niña nacida durante la cautividad de su madre, GRACIELA
MARIANI VIANA.*

*RELATO DE LOS HECHOS: GRACIELA MARIANI
VIANA, 23 años, estudiante de Derecho en la Universidad
Nacional; con DNI n.º 11.527.972, fue secuestrada el 7 de
julio de 1978 en la Capital Federal. Este día se hallaba ella
en compañía de su esposo, CLAUDIO GRANADOS PÉREZ,
de 25 años, y de su hermano, ROBERTO MARIANI VIANA,
de 21, en el domicilio conyugal sito en la calle de San Mateo
525 de la capital. A las diez y quince minutos de la noche,
según testigos presenciales, violentaron la puerta a tiros y
penetraron en el interior entre diez y doce personas con
uniformes militares, si bien al menos tres de ellas vestían de
civil. Encañonados por sus armas, los obligaron a tirarse al
suelo. Mi hija, que por aquel entonces se hallaba
embarazada de siete meses, fue golpeada lo mismo que su
marido y mi otro hijo, mientras se les requería para que
facilitaran una información que no pudieron o no supieron
dar. El domicilio fue registrado, quedando en un estado de
completo caos. A las diez y veinticinco minutos, y pese a no
hallar prueba alguna que lo justificase, los tres fueron
sacados al exterior, con las manos atadas a la espalda, y
fueron introducidos en un automóvil. Esa fue la última vez
que se les vio con libertad, y, en el caso de los dos hombres,
con vida.*

Alertados por vecinos del hecho, mi hija ANA CECILIA y yo misma nos presentamos por la mañana para comprobar los daños e iniciar la búsqueda de los tres desaparecidos. Por informaciones extraoficiales supimos que habían sido llevados a la Escuela de Mecánica de la Armada, en la cual se pierde su rastro durante las semanas siguientes al hecho. Todos los esfuerzos encaminados a saber su paradero toparon con un muro de hermetismos oficiales.

El 15 de septiembre de 1978, recibimos una citación de la comisaría número 9 manifestándonos que debíamos concurrir urgentemente a la subcomisaría de Isidro Casa nova, partido de La Matanza, “al efecto que se nos comunicaría en su debido momento”. Allí fuimos atendidos por el subcomisario que, mostrándonos el documento de identidad de GRACIELA, y cerciorándose de nuestra identidad, nos informó de que mi hija había sido abatida en un operativo de control de automóviles, por no haber acatado la orden de detención, habiendo fallecido en el acto al intentar la huida. Según el subcomisario, ello se había producido en la Ruta nacional n.º 3 de Cristianía, en la localidad de Isidro Casa nova en la que nos hallábamos, a las 3.40 de la madrugada, con intervención del Area Operacional 114 de La Matanza. Cuando preguntamos sobre el bebé, que debía de haber nacido ya para esa fecha, pues se nos dijo además que el cadáver no presentaba estado de embarazo, el subcomisario declaró no saber nada. Y cuando preguntamos sobre la imposibilidad de que GRACIELA pudiera estar libre, sola, sin su marido, y en un automóvil en esas fechas, cuando llevaba detenida más de dos meses, el subcomisario declaró no saber nada.

Luego de largos trámites, nos fue entregado finalmente el cadáver de mi hija, en un lamentable estado de descomposición. Tenía la mitad del rostro destrozado por itakazos, la boca sin apenas dientes, la cabeza rasurada, la

parte inferior del abdomen desgarrada y quemada, cortes en nalgas y plantas de los pies, y le faltaban los dos pezones de los pechos. El cadáver presentaba así mismo perforaciones de bala en el vientre, efectuadas a quemarropa (detalle que no concuerda con la teoría policial de haber sido abatida tratando de escapar en un coche de un control), pero sin muestras de haber sangrado, por lo que es fácil imaginar que fueron llevadas a cabo después de su muerte real. El cuerpo nos fue entregado por una funeraria tras ser depositado en ella por la policía.

Por personas que compartieron el cautiverio con GRACIELA, mi única hija viva y yo tuvimos noticia de que mi hija mayor, el día 4 de septiembre de 1978, fue sacada de la Escuela de Mecánica de la Armada en una ambulancia a primeras horas de la mañana con síntomas de un parto inminente, y que dio a luz, ese mismo día, estando esposada, a una niña a la que no se impuso nombre alguno en el hospital. La niña le fue arrancada de las manos inmediatamente sin que se haya sabido nada más de ella, aunque el hecho de que GRACIELA fuera llevada a un hospital para asistirle en el parto indica que alguien quería que el bebé naciera en buen estado. Con posterioridad, GRACIELA fue devuelta a la Escuela de Mecánica, donde murió, bien por nuevas torturas, bien por falta de atenciones médicas en los dos o tres días siguientes al parto, esto es, sobre el 6 o el 7 de septiembre de 1978. De mi otro hijo, ROBERTO, así como del esposo de mi hija, CLAUDIO, no volvimos a tener noticias.

DILIGENCIAS REALIZADAS: Denuncia en la comisaría 39 (el 8-7-78 a las 9.15 horas). Ratificada en Juzg. Instr. 3 Secr. 112, causa 37.321. Habeas Corpus 1.º juzg. Instr. 30 Secr. 107, causa 35.825, rechazado el 14-11-78. Habeas Corpus 2.º juzg. Instr. 7 Secr. 125, causa 29.963, rechazado

el 8-3-79. Habeas Corpus 3.º juzg. Federal 2 Secr. 4, causa 327, rechazado el 22-8-79. Apelación Cámara Federal en lo Criminal y Correccional, causa penal 17.109, rechazado el 15-11-79. Recurso extraordinario de apelación ante la Corte Suprema de justicia, causa 17.113, rechazado el 4-1-80. Recurso de queja por privación de justicia ante la Corte Suprema de Justicia de la Nación, presentada el 15-3-80, Causa V. 193 (en trámite), Presentación al Cdo. 1.er Cuerpo de Ejército, Ministerio del Interior, Expte. M. Int. 223,007/79, audiencias en la Dirección de seguridad Int.

PERSONALES: Visitas a casas cuna, hospitales, Minoridad, Jueces de menores, etc. Sin resultado.

CARTAS: al gral. Videla, Ministerio de Defensa, Junta Militar, Estado Mayor Conjunto, Policía Federal, Cdo. en Jefe Marina y Aeronáutica, Presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, autoridades eclesiásticas, Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. En todos estos casos, sin noticias posteriores.

TRÁMITES INTERNACIONALES: Presentación a la OEA: Caso 3.923; Cruz Roja Internacional; División Derechos Humanos de Ginebra; Amnistía Internacional; embajadas de Estados Unidos, Italia, Venezuela y España; International Commission of Jurists, Ginebra; Subcomisión de Prevención y Discriminación y Protección a las Minorías; ONU; Su Santidad Juan Pablo II. En muchos de estos casos, sin noticias posteriores.

DENUNCIANTE: CARLOTA VIANA GOLIWOSKY, viuda de HORACIO MARIANI VENADO, L. C. n.º 3.854.002, domiciliada en calle Buenaventura n.º 1120, Buenos Aires, Argentina.

DOY FE de que todo lo expuesto más arriba se ajusta exactamente a la verdad y es de mi conocimiento. Buenos Aires, agosto de 1981».

Estela dejó la fotocopia, escrita a máquina y con letra menuda, sobre la mesa. El resto de la información era parecido. Sobre el caso de Graciela Mariani y sobre su desaparición y posterior investigación. Comenzaba a fines de los setenta y con la denuncia hecha en agosto de 1981, y terminaba prácticamente en el presente. Fotocopias y expedientes de denuncias, informaciones, declaraciones de testigos... Un largo etcétera. Parafernalia burocrática con términos no menos burocráticos, pero que no podían esconder ni aun bajo su fría terminología el sentido de la verdad y el horror que destilaban.

Desaparición, secuestro, tortura, asesinato...

Allí tenía un caso, pero ¿cuántos habían tenido lugar? ¿Treinta mil?

Siguió leyendo, saltándose las partes más técnicas, sumergiéndose en la descripción de horrores aun sin pretenderlo, porque el daño que sentía, la punzada de su mente y de su estómago, se hacía cada vez mayor. Leyó el informe de la autopsia tras la exhumación del cadáver de Graciela Mariani en 1987, que confirmaba que los disparos fueron hechos con posterioridad a su muerte, mientras que los cortes y las quemaduras en la ingle se debían a descargas eléctricas y torturas generalizadas antes y después del parto, cuya herida no llegó a cicatrizar. Leyó la declaración de un piloto que había volado sobre el mar decenas de veces mientras los soldados arrojaban cientos de personas al agua. Leyó el informe de una enfermera que había atendido al parto de Graciela Mariani el 4 de septiembre de 1978, y juraba que la niña era preciosa, estaba sana, y tenía un abundante y espeso cabello de color negro. Leyó y leyó hasta llegar a la última página, más de una hora después.

Agotada.

Allí encontró algo más.

El colofón.

Una fotografía y una pequeña biografía de Claudio Granados Pérez.

Guapo, sonriente, feliz.

Finalmente una nota, escrita a mano:

«Llámame o ven. Tienes derecho a saber la verdad. Después, juzga y decide».

Un número de teléfono y una dirección.

Firmaba Ana Cecilia Mariani.

21

Modesto Sanjuán la vio entrar por la puerta de Acción de Ayuda Directa y se puso en pie al momento. La ONG parecía haber cobrado inusitada vida. Dos personas, hombre y mujer, atendían los trabajos de rutina, y una más, Begoña, atendía el teléfono. La actividad, como siempre, tenía visos de cierto calmado frenesí.

El mundo también corría mucho, en múltiples direcciones.

La mayoría, chocando entre sí.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —la saludó el hombre con solícita ternura.

—Bien.

No lo parecía. ¿Cuánto hacía que no dormía? Desde luego el fin de semana había sido espantoso. Con los papeles encima de su mesa, llamándola constantemente, leyéndolos por segunda, por tercera, por cuarta vez... Y luego con Miguel, buscando algo, un indicio, especialmente en contra, sin hallar nada.

¿Estaba bien?

Modesto Sanjuán no le creyó, pero trató de no incomodarla.

—Anoche tuvimos un susto —la informó—. Merche casi se puso de parto.

—¿No le faltan todavía dos o tres semanas?

—Por eso, que nos dimos un susto. Empezó con contracciones y nos largamos al hospital, a la una. Pero era una falsa alarma. El chico, que se hizo notar. Ese va a salir guasón.

—O futbolista.

—¡Calla, tú!

—Bueno, si le pagan diez mil millones...

—Ah, eso ya es otra cosa.

Recogió un voluminoso paquetón de un anaquel mientras sostenían aquella conversación trivial, y se lo tendió a su amiga con ambas manos, sin dejar de mirarla a los ojos. Estela lo contempló como si fuese la llave de una celda. Otra celda.

No dijo nada.

—Es todo lo que hemos conseguido —dijo su amigo—. Ahí están algunas cosas de Amnistía Internacional y fotocopia de lo más relevante que tenía mi colega en los archivos del periódico.

—¿Te debo...?

—Nada, mujer, qué dices.

—Gracias, Modesto.

—Oye —la cogió de un brazo y se la llevó al extremo más alejado del lugar, aunque la oficina de la AAD no era lo que se dice grande.

Begoña, que acababa de colgar el teléfono, le hizo una seña con la mano a Estela y le sonrió. La recién llegada correspondió a su saludo mientras acompañaba a Modesto. El teléfono volvió a sonar.

—Modesto, es para ti —le llamó Begoña al instante, impidiendo que comenzara a hablarle a Estela.

—¡Vaya! —le dirigió una mirada de súplica—. ¿Me esperas un minuto?

—Claro —le tranquilizó ella.

Modesto volvió sobre sus pasos. Estela lo aprovechó para sentarse en una de las sillas y abrir el paquetón. Lo primero que quería era buscar si allí había algo acerca de Graciela Mariani. Dedicó los tres minutos de la espera a dar una primera ojeada a todo aquello.

No encontró nada.

Había como cincuenta denuncias, expedientes, entrevistas y declaraciones, abundante material fotográfico y documental, y muchos recortes de periódicos, preferentemente sobre el movimiento de las madres y las abuelas de la Plaza de Mayo, y los hallazgos, en los últimos años, de muchos niños y niñas hijos de madres desaparecidas durante la represión militar. La información llegaba hasta el presente, con menciones a las organizaciones de las que ya le había hablado Modesto, la CONADI, el HIJOS, el BNDG...

Modesto Sanjuán regresaba ya a su lado. Se sentó en otra silla y miró las fotocopias que sostenía Estela entre las manos.

—¿Has encontrado algo interesante? —le preguntó.

—Bueno, sólo quería... ver y enterarme.

—Ya —el hombre continuó mirándola fijamente.

—¿Le has dado un vistazo a todo esto? —preguntó ella.

—Por encima. Tampoco hay nada que no haya visto ya o de lo que no sepa lo esencial. No hay mucha diferencia entre esos pocos casos o los treinta mil que hubo, vistos uno a uno, aunque en cada ocasión se trate de personas con cara y ojos, con sentimientos, con una familia... Y tampoco hay mucha diferencia entre lo que sucedió en Argentina o lo de Chile años antes, ni la habrá con el próximo país donde se instale una dictadura o un régimen totalitario del signo que sea.

—Pero cuando te afecta, te duele más, ¿verdad?

—Los que estamos en las ONG nos sentimos afectados por todo, suceda donde suceda una tragedia. Por eso trabajamos en ello.

—Desde luego —suspiró Estela.

Hizo ademán de ir a levantarse. Modesto Sanjuán se lo impidió, finalmente decidido.

—Cariño, ¿puedo hacerte una pregunta?

Sabía la pregunta, y le temía a la respuesta. Pero se lo debía.

—Sí.

—¿Eres una de ellas? —señaló los expedientes.

—No lo sé.

—¿Pero tienes sospechas, indicios, algo que...?

—No todo son abuelas o madres —sonrió con levedad, desbordada por el peso de su revelación—. A mí me ha salido una tía.

—¿Qué te ha dicho?

—Que mi madre murió en la Escuela de Mecánica de la Armada, torturada, después de darme a luz esposada, y que yo fui arrebatada de sus manos nada más nacer. Mi padre fue arrojado desde un avión al mar junto a un tío mío. Eso es lo que me ha dicho.

—¿Tus padres...?

—No puedo hablar con ellos de eso. Aún no.

—¿Por qué?

Se enfrentó a sus ojos.

—Esa mujer dice que mi padre fue el hombre que torturó y mató a mi verdadera madre.

Modesto Sanjuán se quedó pálido de golpe. Al tragar saliva la nuez de su garganta subió y bajó con estrépito, como si buscara acomodo allí dentro.

—Dios mío... —susurró.

Estela sí se puso en pie en esta ocasión. No quería quedarse allí sentada, escuchando ninguna palabra de consuelo, ningún consejo. Necesitaba seguir sola, o con Miguel. Nada más. Aunque Modesto fuese una de las mejores personas que jamás hubiese conocido y le quisiera como a un hermano mayor.

—Ya te contaré —le dijo.

—Si necesitas algo... —trató de reaccionar él.

—Lo sé. Gracias.

Caminó hacia la puerta. Le hizo una señal de despedida a Begoña y a los otros dos. Antes de traspasarla, Modesto Sanjuán la llamó por última vez.

—Estela.

—¿Sí?

—Suerte.

La iba a necesitar, así que también le agradeció eso. Tanto como lo que llevaba sujeto bajo el brazo.

Un día vio en televisión la película *Vencedores y vencidos*, una larga reconstrucción de los juicios de Núremberg, en los que se juzgaron a los criminales de guerra nazis después de la Segunda Guerra Mundial. En la película se ofrecían documentos filmados en vivo de lo que fue aquel horror, los campos de exterminio, el holocausto de seis millones de seres humanos. Recordaba que, pese a lo dramático de las escenas, se había quedado pegada a la silla mirándola con determinación. Nunca había cerrado los ojos a nada, y menos a la realidad o la verdad. Por eso colaboraba en una ONG, y por eso se sentía dispuesta a hacer lo que fuera por ayudar a los demás.

Como aquella mujer, Graciela Mariani, o su marido, Claudio Granados.

En *Vencedores y vencidos* vio por primera vez hasta qué punto la crueldad humana podía llegar a manifestarse. Y vio también lo poco que podía valer una vida humana. Las escenas en las que los bulldozers cargaban literalmente decenas, centenares de cadáveres esqueléticos, para llevarlos a las fosas donde serían rociados con cal y enterrados o quemados, la hicieron estremecer. Montones, montañas de cuerpos reducidos a huesos y piel. Y pensó que, años atrás, en cada uno de ellos había anidado un alma, una sonrisa, unos sentimientos. Y habían amado, reído, llorado, cantado.

Miles, millones de ilusiones y sueños rotos.

Como en Argentina a finales de los años setenta.

Treinta mil ilusiones destrozadas, treinta mil sueños convertidos en pesadilla, treinta mil seres masacrados, y por tanto, treinta mil familias rotas.

¿Quiénes eran allí los vencedores y quiénes los vencidos?

Tenía delante una entrevista con Patricia Walsh, hija del escritor Rodolfo Walsh, asesinado por los militares. Era miembro del grupo HIJOS. Decía: «Aunque sepamos nuestros nombres y los de nuestros padres, la identidad es una cuestión esencial para nosotros. Nos robaron nuestra historia y estamos juntos para intentar reconstruirla».

Gracias al BNDG, Banco Nacional de Datos Genéticos, que conservaba muestras de sangre de unas mil personas correspondientes a unos ciento setenta grupos familiares, todas denunciando de desapariciones de hijos o nietos, en la actualidad cientos de chicos y chicas con sospechas de no pertenecer al núcleo familiar en el que habían crecido podían buscar sus raíces y salir de dudas. Antes, el fenómeno era impulsado por las célebres madres y abuelas de la Plaza de Mayo. Ahora era a la inversa. Eran cientos de adolescentes los que buscaban sus orígenes. La CONADI les aseguraba la máxima discreción. Y habían pasado veinte años.

Ella misma cumpliría los veinte dentro de cuatro meses.

Bebió el último sorbo de la limonada, y continuó pasando fotocopias y expedientes, entrevistas y declaraciones. Eran como el dossier que Ana Cecilia Mariani le había hecho llegar dos días antes. En las denuncias siempre había una o más fotos arriba, a la derecha. Todo eran mujeres jóvenes, entre veinte y veinticinco años la mayoría. Allí se casaban antes y la maternidad no se hacía esperar, al menos en los años setenta. En algunos casos también aparecía la fotografía del marido. Las descripciones, siempre iguales: «un grupo paramilitar irrumpió en casa a las 3.30 de la madrugada y, ante nuestros ojos, se llevó a mi hija María Eulalia. Mi marido, que trató de impedirlo, recibió un golpe de culata que lo dejó inconsciente»; «... con los ojos vendados, y pese a que estaba embarazada de cinco meses, se llevaron a mi hija Esperanza bajo la promesa de que se trataba de un simple interrogatorio, tras el cual sería puesta en libertad al cabo de unas horas»; «... la obligaron a vestirse y, como se encontraba sola en casa, le permitieron que se llevase a su bebé, un recién nacido de tres semanas, para que no estuviera desasistido. Desde entonces, nadie les ha vuelto a ver»; «... nuestros nietos, Mariana y José Francisco, fueron puestos en libertad, en casa de una vecina, a los dos días de la detención de nuestro hijo y su esposa. Dada su corta edad, siete y

cinco años, no pudieron aportar información alguna de lo sucedido, ni de sus padres, ni tampoco de su hermanita Beatriz, de un año de edad, a la que ya no hemos vuelto a ver sin que...».

En otro pliego de fotocopias se hablaba de los niños y niñas recuperados a lo largo de los años ochenta y noventa, desde que en 1983 volvió la democracia a la Argentina. Era la otra cara de la moneda: «Al cabo de siete años de intensa búsqueda, se han encontrado cinco niños desaparecidos»; «Una niña identificada por su abuela, motivo de litigio entre la familia adoptiva y la familia legítima»; «Tres niños abandonados en la zona de Mar del Plata podrían ser hijos de desaparecidos»; «Encuentran en Chile a los hijos de una pareja secuestrada en Argentina»; «Una adolescente que tenía dudas sobre la identidad de sus padres adoptivos encuentra por fin a su verdadera familia»...

Pero el mazazo le llegó al encontrar los recortes de periódico con la historia de Carla.

1 de marzo de 1992, *El País*.

Carla Artés, dieciséis años en 1992, pero sólo diez años de edad en aquellos días. Los de su descubrimiento. Ahora era una joven como ella misma, y una luchadora junto a su abuela en la búsqueda de desaparecidos e hijos de desaparecidas. Desde la infancia había tenido pesadillas, veía lugares oscuros, personas que le daban miedo, oía gritos, golpes, y ella misma estaba sorda parcialmente de un oído tras una paliza de su padre. Su presunto padre. Tanto él como ella, su madre, solían castigarla muy a menudo, y una vez a la semana, su madre la azotaba. Ni siquiera lo entendía. Ahora sí. Ahora sabía que al crecer, ella se iba pareciendo más y más a su madre verdadera, a la que su padre adoptivo había torturado y asesinado. Los recuerdos atormentaban a un hombre que, de nuevo, liberaba su ira en la niña. Una niña a la que pese a todo llamaba «hija».

La verdadera madre de Carla era estudiante y miembro del Partido Revolucionario de los Trabajadores. Ella y su marido se trasladaron a Bolivia con la pequeña, y así se lo comunicaron a Sacha, la abuela, que vivía en Cuba. En Bolivia, y tras participar en una huelga minera, la madre de Carla fue detenida junto con su hija aquel mismo día, 2 de abril de 1976. Tenía veinticuatro años, y su hija, catorce meses. A su marido no lo cogieron porque estaba de viaje, pero sí lo hicieron unas semanas después y lo mataron. Carla fue a parar a un orfanato mientras su madre era torturada. Para quebrar su voluntad, llegaron a llevarla al orfanato, mostrarle a su hija, y después volver a torturarla. El 29 de agosto de 1976 fue trasladada a Buenos Aires junto con Carla, pero de nuevo las separaron al llegar. La mujer fue internada en otro de los centros de tortura más espantosos de la dictadura, Automotores Orletti, una cárcel clandestina. En esa cárcel la torturó hasta matarla —su cuerpo no ha sido encontrado—. Eduardo Alfredo Ruffo, miembro destacado de la Triple A. Tras ello, el propio Ruffo se llevó a Carla a su casa, junto a su mujer, Amanda Cordero, que no podía tener hijos por haberle sido extirpado el útero en 1973. El padre adoptivo de Carla aseguraba con orgullo haber matado a veinticinco personas por día. En 1983 el matrimonio escapó de su casa ante la llegada de la democracia, y sus malos tratos a Carla fueron aún más constantes, probablemente porque la niña se parecía cada vez más a su madre y por los remordimientos de su asesino. Mientras tanto, Sacha, la abuela, ya le seguía la pista a su nieta y había dado con el rastro que la conducía a los Ruffo... sólo que estos eran ahora unos prófugos. Un día, estando próxima la niña a cumplir diez años, Sacha apareció por televisión mostrando una fotografía de Carla de pequeña, así como la de su hija desaparecida. Carla, que veía la televisión en ese momento, se vio a sí misma y se reconoció en aquella foto. Era igual a

las primeras que le habían hecho en su nuevo hogar. Sus padres apagaron el aparato y trataron de ocultarle una vez más la verdad. Pero la semilla de la duda ya había arraigado en la mente de la niña. ¿Por qué no había fotos de ella desde su nacimiento hasta casi los dos años de edad en casa? Para su suerte, Ruffo y su esposa fueron detenidos finalmente pese a mudarse de domicilio constantemente y cambiarse de nombre.

Después de esa detención —a Ruffo sólo le acusaron de nueve delitos de sangre y su libertad estaba anunciada para antes de promediar los noventa—. Carla conoció a su abuela. Sacha, y las pruebas de sangre demostraron que la consanguinidad era del 99,98%. Desde entonces viven juntas, y luchan juntas.

Para muchas abuelas y madres, e hijos e hijas de desaparecidos, son un símbolo.

Carla manifestaba odiar a sus padres adoptivos.

Odio.

Estela dejó de leer.

Ya no podía más.

Odio.

Era imposible que la historia de Carla se pareciese a la suya. Imposible. Y sin embargo...

¿Podía odiar a su padre y a su madre?

Nunca la habían pegado. Jamás. Su padre era seco, adusto, malhumorado, sólo eso. No, no tenía nada que ver.

Nada.

Guardó todas las fotocopias y los expedientes, los recortes de prensa y los informes. Los ocultó a los ojos de cualquiera que pasara cerca. Era como si encerrase, aunque sólo fuese momentáneamente, la historia de un mundo: su mundo. Su historia.

La memoria de los seres perdidos.

Viva.

Al cabo de mucho rato aún seguía allí, sentada, con la mirada fija en ninguna parte y la mente llena de ideas inquietantes.

23

Se detuvo al doblar la esquina y entonces, al ver la casa, todas sus fuerzas flaquearon.

No es que estuviese dispuesta a llamar a la puerta y entrar. Ni mucho menos. Había ido hasta allí para ver, observar...

Sólo eso.

Sólo...

Suspiró una vez, largamente, y cerró los ojos buscando un poco de calma en su contradictorio estado de ánimo.

¿A quién quería engañar?

¿Y por qué había ido sola? Necesitaba a Miguel. Con él a su lado todo era distinto.

Contempló el edificio, de planta baja. Una casa cualquiera en una calle cualquiera del barrio de Horta. Más discreción, imposible. Ni siquiera parecía un edificio oficial o algo así.

Únicamente una casa.

Comprobó las señas escritas por Ana Cecilia Mariani. Llevaba la nota en el bolsillo, doblada. El texto pareció saltarle a la cara, como el monstruo de *Alien* al abrirse el huevo que lo mantenía incubado al comienzo de la película.

Una de sus favoritas junto a *Blade Runner*.

«Llámame o ven. Tienes derecho a saber la verdad. Después, juzga y decide».

No, no quería llamar por teléfono. Estaba allí.

Pero ahora no sabía qué hacer. Tenía miedo. Todo el miedo del mundo albergado en sus miembros, su mente, su razón, sus terminaciones nerviosas, su misma voluntad.

Por eso permaneció inmóvil en la misma esquina un minuto, y dos, y tres, mirando hacia la casa.

Hasta que le faltó el aire.

Tuvo que reaccionar y moverse. Pero no fue hacia atrás. Fue hacia adelante. Los primeros pasos fueron lentos. Los siguientes, aún más. Cruzó la calzada. Se detuvo frente a la puerta. Apenas unos segundos. Sintió la llegada del vértigo. Echó a andar de nuevo. Llegó a la otra esquina. Volvió a pasar la calzada. Su siguiente parada fue de nuevo ante la casa, pero ahora vista desde la acera de enfrente.

Ladrillo rojo, persianas blancas, una puerta discreta, ningún nombre a la vista.

Los latidos de su corazón ahogaban todo lo demás.

Probablemente habría llamado.

Probablemente habría dado aquel paso.

Probablemente habría entrado.

Pero no fue necesario.

La puerta se abrió, y por su hueco apareció Ana Cecilia Mariani, vestida de forma distinta a las veces anteriores, con mayor comodidad, con unos vaqueros y una blusa.

No era casual.

Debía de haberla visto a través de la ventana.

La mujer no dijo nada, tampoco hizo nada. Sólo esperó.

Hasta que Estela se puso en movimiento, cruzó la calzada y entró en la casa sin abrir la boca.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—No sé —reconoció su presunta tía.

—¿Viste lo que te mandé?

—Sí.

—¿Y bien?

—Nada. Sólo lo leí. Hoy he leído los archivos periodísticos y los informes que un amigo mío me ha pasado de Amnistía Internacional.

—Eres igual que tu madre —suspiró Ana Cecilia Mariani sonriendo con ternura.

—Por favor —Estela levantó una mano para impedirle seguir.

—Lo siento —se excusó la mujer—. Es que cuando te vi en aquella ONG...

—Mucha gente está involucrada en Organizaciones No Gubernamentales, no soy la única.

—Ya.

Estela miró a su alrededor. La casa era sencilla, discreta. Ahora que estaba más calmada, sobre todo después de beberse de un trago un vaso de agua que ahora reposaba vacío en la mesita que las separaba, podía apreciar los detalles. Aun así no hizo preguntas.

Su anfitriona, sí.

—Aquel muchacho... ¿es tu novio?

—Sí. Se llama Miguel.

—Es guapo.

Asintió con la cabeza.

Se produjo un breve silencio. El último.

Estela la miró abiertamente.

—Suponiendo que sea quien dice ser, ¿cómo ha dado conmigo? — quiso saber.

—Armando Lavalle fue de los primeros que huyó. Muchos se escondieron en el mismo país, y otros en países próximos, donde tenían familias, o dinero o alguna posibilidad de escapar. Algunos se quedaron, desafiando a la justicia, o seguros de una «solución de punto final». Pero los que se marcharon primero fueron los más listos. Fue más fácil borrar sus rastros, aunque...

—Mi padre tiene un negocio aquí, y nunca se ha escondido.

A Ana Cecilia Mariani no le pasó por alto el tono, ni tampoco la determinación con la que dijo «mi padre».

—El negocio lo puso a nombre de tu madre, Petra Puigbó.

—Ah.

Demostró no saberlo.

—Como te dije, fue astuto. Falsificó algunos documentos, dio pistas falsas que a mí misma me condujeron a Brasil, Perú y Chile... Sólo cuando empezamos a investigar a los parientes, ampliando el radio de acción, conseguimos dar con nuevas pistas. Ya ves lo que he tardado en dar contigo.

—Ha dado con alguien que cumple los requisitos y se parece a una foto, nada más.

Ana Cecilia Mariani mostró su desconcertado abatimiento.

—¿Por qué te resistes a creer?

—¿Que por qué? —Estela abrió unos ojos como platos—. No la conozco de nada, pretende que la crea, me llena de papeles y... de dudas. ¿Qué espera? ¡Quiero a mis padres! Yo no soy como Carla Artés.

—¿Conoces su historia?

—La he leído hoy.

—Es una de las más famosas, y un ejemplo.

—A ella sus padres adoptivos le pegaban, y él era miembro de esa Triple A.

—Armando Lavalle sólo era un milico más, un funcionario. Desde luego no perteneció a la Triple A.

Ni siquiera supo si eso cambiaba en algo las cosas.

—¿Dónde está ella? —preguntó Estela de pronto.

—¿Quién?

—Carlota, la madre de Graciela, su madre.

—Muerta.

Creía que seguía en Argentina, ya mayor. Sintió una inesperada punzada en el corazón.

—Sólo quedamos tú y yo, Estela —musitó débilmente la mujer—. No pude decírtelo el otro día porque te marchaste corriendo. Tu abuela murió hace tres años, y lo último que le prometí fue seguir buscando hasta dar contigo. Está enterrada junto a Graciela en Buenos Aires. Por parte de tu padre, hijo único, tampoco queda nadie salvo, quizás, algún pariente muy lejano. Y por la nuestra... nadie, nadie.

Temió que fuera a ponerse a llorar, y eso la hizo rebelarse por un momento.

—¡Pero debieron de nacer más niños y niñas a primeros de septiembre de 1978!

—Graciela te esperaba para esas fechas, y está probada la relación entre ella y Armando Lavalle en la Escuela de Mecánica de la Armada. Y sigue estando el parecido. También están los testimonios de la enfermera del hospital, vecinos de los Lavalle que han afirmado que nunca vieron en estado a Petra Puigbó, presos que sobrevivieron y conocieron a tu mamá —vio el gesto de desaprobación de la muchacha al pronunciar esta última palabra y continuó hablando, ahora para agregar en otro tono—: ¿Sabes? Es curioso. Hay decenas de chicos y chicas que ahora mismo están haciendo el camino inverso, tratando de saber si son de verdad quienes les dijeron sus padres que eran, porque sospechan un pasado oscuro en sus vidas, y tú, que tienes las pruebas delante...

—Yo no tengo ninguna prueba —insistió Estela.

—¿Te harías un análisis de sangre?

No hubo una respuesta inmediata.

Tal vez la clave fuese que no quisiera creer.

¿Por cobardía?

Pensó que necesitaba a Miguel.

En ese instante se abrió la puerta de la calle. Por el quicio apareció una mujer, de mediana edad, muy delgada y correctamente maquillada y vestida. Sonrió muy levemente al verlas.

—¿Cómo están? —se interesó con un claro acento argentino.

—Bien, Jacinta, bien —suspiró Ana Cecilia Mariani. Y acto seguido la presentó—. Ella es Estela.

La recién llegada se aproximó y le tendió la mano. Estela la correspondió. Fue una breve interrupción.

—Las dejo hablar, no se preocupen.

—Gracias —dijo Ana Cecilia Mariani.

Volvieron a quedarse solas. Nada más perder de vista a la mujer, su presunta tía le hizo la pertinente aclaración.

—Somos muchas personas, y nos sentimos muy unidas —dijo—. No nos conocemos, pero sabemos dónde estamos, y contamos los unos con los otros. Ella se llama Jacinta, tiene dos hijos pequeños, está casada con un catalán, pero perdió a una hermana allá, en 1979. Fue quien te encontró y avisó a la Asociación. Por eso estoy aquí. Cada historia es un grito, y los vivos hacemos que esos gritos no mueran en el silencio. No buscamos ya a los muertos, aunque nos gustaría enterrarles. Buscamos a quienes ellos dejaron como testimonio de su existencia.

—¿Ese es el único motivo?

—Sí. Ese y la verdad. Te lo dije en la nota: tienes derecho a saber, y a decidir por ti misma.

—¿Decidir qué?

—Quién eres.

—¿Y si tiene razón?

—Serás libre.

—¿Libre? —pareció no comprender.

—La verdad nos hace libres —le aclaró ella.

—¿Quiere que vuelva allí?

La respuesta tardó un poco más en llegar. Ahora la que hablaba con dificultad era Ana Cecilia Mariani.

—No, claro —suspiró—. Tu vida está aquí, aunque me gustaría que visitaras las tumbas de tu abuela y de tu madre.

Ya no se enfadó. Ya no. Le daba igual la insistencia de su presunta tía.
Todo le daba igual.

Ni siquiera notaba su cuerpo o su mente, así que mucho menos sabía o le importaba quién era. No en ese momento.

—¿Qué pasará... con él?

Ana Cecilia Mariani supo a quién se refería.

La pregunta flotó entre las dos igual que una nube negra, dispuesta a atraparlas.

—Mató a tu...

—¿Qué pasará? —insistió Estela.

—Mi deber es denunciarlo —manifestó sin ambages la argentina.

Marcó el número con una desconocida entereza. Fina la observó mordiéndose el labio inferior. Los restos de las lágrimas habían desaparecido hacía rato. De ambas. Ahora las dominaba una paz que aprovechaban para recomponer sus ánimos.

Una paz frágil, pero importante, porque era la primera.

Al otro lado del hilo telefónico se escuchó el zumbido dos veces. Luego, en la línea apareció la voz impetuosa y vital de Alexandra.

—¿Sí?

—Soy yo —se anunció Estela.

—Ah.

Captó la desilusión. Alexandra y sus chicos.

—¿Está mamá?

—Sí.

—Dile que se ponga.

—¿Pasa algo? ¿Dónde estás?

—En casa de Fina —alargó la «i» con paciencia—. Dile que se ponga, ¿quieres?

—Vale, vale.

La oyó pegar uno de sus gritos, llamándola, señal de que su madre estaba al otro lado de la casa. Luego, los correspondientes segundos de silencio, Fina le cogió la mano libre y se la apretó.

—Tranquila —cuchicheó.

No pudo responderle. La voz de Petra Puigbó llegó hasta ella desde su casa.

—¿Estela?

—Estoy en casa de Fina, mamá —la informó rápido—. Llamaba para decirte que no voy a volver a dormir esta noche, que tenemos que estudiar

y hemos decidido hacerlo juntas para prepararnos mejor.

—Espera, espera...

—Vamos, mamá, ¿qué pasa?

—Es que...

—Oye, que voy a estudiar, ¿vale? Si me fuera de marcha te lo diría igual. No tengo por qué decir lo que no es.

—Ya, pero tu padre... —la mujer volvió a quedarse sin saber cómo acabar la frase.

—Mamá, que tengo diecinueve años, casi veinte. Ya está bien, ¿no?

Fina decidió meter baza, por si las moscas.

—¡Eh, señora Lavalle, que si no aprobamos luego hay cabreos! —le gritó al auricular—. Si quiere, mi madre le firma un documento diciendo que no vamos a salir de casa.

—Si no es por eso, hija, es que...

—Que no pasa nada, ¿de acuerdo? —retomó la voz cantante Estela.

—Sí, sí —se rindió ella—. De acuerdo. Pero ya oirás mañana a tu padre. Yo no voy a defenderte.

—Un beso, mamá —comenzó a despedirse.

A través del hilo telefónico pudo escuchar la voz de Alexandra quejándose:

—¿Que no viene? ¡Qué morro! ¡Claro, como ya es mayor! ¡Pues tomad nota para cuando yo...!

—¿Dónde dormirás? —se resistió Petra Puigbó.

—Con Fina. Tiene una cama debajo de la suya. Adiós.

—Llama si...

—Adiós, mamá.

Colgó. Luego cerró los ojos.

Un primer paso.

No habría podido ir a su casa aquella noche. No habría podido mirarles a la cara. Necesitaba comprobar algo. Con un poco de suerte, tal vez al día siguiente...

¿Suerte?

¿Qué clase de suerte quería?

Amaba a dos personas. Para ella no eran más que lo normal: un padre y una madre. No podía pensar en él como en un asesino. Así de simple.

Suerte sería que Ana Cecilia Mariani, pese a todo, estuviese en un error.

Volvió a descolgar el auricular. Fina seguía a su lado, inmóvil, mirándola fijamente, a la espera de su reacción. Apenas si respiraba. Todo aquello le había caído encima como un jarro de agua helada.

Esta vez el timbre telefónico sólo sonó en una ocasión.

—¿Sí? —escuchó la voz de Miguel.

—Soy yo —suspiró Estela, feliz de encontrarle en casa.

—Acabo de llamarte.

—Estoy en casa de Fina. Pasaré aquí la noche.

—¿Qué pasa? —se alarmó su novio.

—He ido a verla.

Hubo una pausa. Se lo imaginó agarrado al auricular como si fuera a caerse al suelo en caso de soltarse. Por ese motivo optó por seguir hablando.

—Estoy bien —dijo.

—¿Qué te ha dicho? —consiguió articular Miguel.

—Me ha dado un montón de información, nada más.

—Cariño...

—Todo encaja, pero aun así... no hay pruebas, ¿entiendes? Está la foto y nada más. Ella me habla de testigos y de hechos, pero son sus testigos y sus hechos. Necesitaría comprobarlo todo por mí misma. No puedo hacerle caso a la primera que me dice que mi padre...

—¿Qué te dice tu corazón?

—Mi corazón está a oscuras —sonrió con pesar—. No quiero creer, pero hay un montón de voces que... Y tengo esa cosa en el cerebro, esa sensación de...

—¿Qué vas a hacer?

—¿Puedes venir mañana a buscarme aquí, a casa de Fina? Te necesito.

—Claro.

—Si no puedes, ya me...

—¿Quieres callarte? No hay nada más importante que tú, y lo sabes.

Lo sabía. Claro que lo sabía. Era lo único que la hacía fuerte.

—Gracias.

—¿Adónde quieres ir?

—A mí casa —le reveló directamente—. Y no quiero estar sola cuando...

—¿Cuando qué?

—Mañana te lo contaré, ¿vale?

—Vale, descansa.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Sí, decididamente no lo habría resistido en caso de estar sola.

Llevaban esperando cerca de veinte minutos, así que incluso habían conseguido aparcar, al quedarse un hueco libre cerca de donde estaban parados. Ahora, además, llevaban diez minutos en silencio, mirando fijamente la puerta del edificio. No es que todo estuviese dicho, pero no servía de nada dar vueltas y más vueltas a la misma conversación.

Fue Miguel el que rompió el silencio nuevamente.

—¿Y si hoy no sale?

—Lo hace todos los días, descuida.

Fue una coincidencia, pero acababa de decirlo cuando la vieron aparecer por el portal.

Su madre.

Petra Puigbó se detuvo tan sólo un par de segundos para saludar a una mujer que se le cruzó en dirección contraria. Luego siguió caminando a buen paso, hasta perderse por la primera esquina de la derecha, por el lado opuesto al que se encontraban ellos. Estela todavía no se movió del coche.

Contó hasta diez.

—Vamos —suspiró finalmente.

Salieron los dos del coche y él lo cerró con el botón de la llave. Cruzaron la calzada y se metieron en el portal, vacío a esa hora. El ascensor los condujo al piso de los Lavalles. En menos de un minuto estaban en su interior.

Sólo entonces los nervios de Estela empezaron a dispararse.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Miguel.

—Si hay algo, sólo puede estar en la mesa de mi padre o en la habitación de ellos.

Le guió. Primero a la mesa de Armando Lavalle. No era exactamente un despacho, pero sí una mesa de oficina situada en la habitación

multiuso, en la que igual se guardaban maletas que utensilios de limpieza en perfecto orden. Su padre solía guardar allí papeles y cosas referentes a su negocio, como por ejemplo alguna doble contabilidad o detalles escamoteables a Hacienda. Los cajones no estaban cerrados con llave.

—Tú mira esos cajones —señaló Estela.

Empezaron a abrirlos. No sabían exactamente qué buscaban. Lo único que pensaban era que si daban con algo, lo sabrían en cuanto lo vieran. En silencio, pasando páginas llenas de cifras, registraron minuciosamente la mesa, sin dejar nada al albur. Estela incluso buscó algún cajón secreto, algún compartimento oculto. No lo había.

—Vamos a la habitación —dijo ella.

Toda la noche estuvo pensando en que lo único que deseaba era no dar con nada, seguir igual. Toda la noche. Sólo que si era así... las dudas persistirían, a no ser que le preguntara directamente a su padre. Y eso era muy difícil.

Tanto como hacerse aquella prueba de sangre que le pedía Ana Cecilia Mariani. Y si era verdad, si todo era verdad... ni siquiera sabía qué hacer.

La habitación de sus padres tenía un armario de cuatro puertas, una cómoda con ocho cajones, y las dos mesitas de noche. En esta ocasión no hizo falta repartirse el trabajo. Estela fue al armario y Miguel se dirigió a las mesitas de noche. Comenzaron a registrarlo todo, con sumo cuidado, para que no se notara que alguien había estado revolviendo aquello. Miguel terminó con las dos mesitas antes de que Estela hubiese examinado uno de los cuatro cuerpos del armario. Pasó a la cómoda.

Estela abrió la puerta del segundo cuerpo del armario. El de los cajones. Comenzó por el de abajo.

Y sin más, vio la caja, al fondo.

Oculto para quien abriera el cajón un poco, pero no si alguien lo sacaba del todo, para ver hasta el fondo.

La sacó y se sentó en el suelo. Temió abrirla. Nunca la había visto antes, y era la clásica caja en la que una persona guarda cosas. Cosas. Miguel reparó en su inmovilidad.

—¿Has encontrado algo?

—No lo sé.

El tono era glacial, así que él dejó la cómoda y se le acercó, arrodillándose a su lado. Le pasó una mano por los hombros.

—¿Quieres que la abra yo? —se ofreció.

—No —dijo Estela.

Y retiró la tapa.

Primero vio las fotografías, después las carpetitas, luego más cajas pequeñas, todo perfectamente situado dentro de aquel mundo cerrado y poco llamativo. Una simple caja de cartón.

Estela cogió las fotografías. El álbum de fotos familiar estaba en un cajón de la sala, así que aquellas imágenes, o bien eran sobrantes del álbum o bien no cabían en él... por alguna razón. Comenzó a pasarlas, una a una, despacio. Su madre, en Argentina. Su padre, con otras personas desconocidas, aunque dos o tres se le pareciesen bastante. Y eran de antes de que ella naciera, desde luego. De los días en que...

Su mano se quedó muy quieta.

La respiración se le cortó de forma definitiva.

—¿Es... tu padre? —musitó débilmente Miguel.

Asintió con la cabeza, incapaz de articular palabra.

Era su padre, sí, más joven y vestido de uniforme.

Un uniforme del ejército, no había duda.

—No entiendo mucho pero... —Miguel se lo corroboró sin necesidad de que ella le preguntara— esos galones son como mínimo de teniente o capitán.

—Dios mío —susurró Estela.

—Pero tú no lo viste nunca de uniforme, y no os fuisteis hasta pasados cuatro años de tu nacimiento.

—Tal vez se lo quitara antes de llegar a casa, o puede que ya no fuera militar al final. No sé.

Siguió pasando fotografías. Encontró algunas de la boda. Nunca las había visto. En el álbum familiar estaban las de ellos dos, besándose, cortando el pastel, en la iglesia... Nada más. En aquellas, él se hallaba rodeado de otros oficiales. No se había casado de uniforme, pero de pronto era como si la iglesia hubiese estado llena de ellos.

Terminó con las fotografías y empezó a abrir algunas de las cajitas. En una, de plata, estaban sus dientes de leche y los de Alexandra. En otras, recuerdos diversos, un posavasos, dos entradas de un teatro de Buenos Aires —el teatro y el día en el que, según su madre, su padre se le había declarado—, un mechón de cabello atado a una cintita, unos sellos, unas gafas rotas...

Quedaban los papeles.

Pasó los primeros. Documentos de inmigración, certificados, contratos, informes... Leyó algunos. Mera curiosidad. Ninguno pertenecía a su etapa argentina. Siguió pasándolos, examinándolos, casi hasta llegar al final. El silencio entre los dos era absoluto. La imagen de Armando Lavalle vestido de uniforme pesaba en ambos como una losa.

Y de pronto llegó el golpe.

Tenía ante sus ojos un informe médico, una especie de chequeo o conjunto de análisis efectuados a Armando Lavalle Oñan y a Petra Puigbó Molist de Lavalle en diciembre de 1977.

El párrafo, al final, destacaba como si estuviese escrito en letras rojas, como si la reclamase, como si, después de todo, resultase algo más que la prueba final y decisiva.

Un disparo en mitad de su conciencia.

—Dios... —gimió Estela.

Se llevó una mano a los labios.

—Tu madre era estéril —dijo Miguel en voz alta.

Estela empezó a llorar. El abrazo protector de Miguel se hizo más fuerte, aunque pequeño ante aquella oleada de sentimientos.

—Es... verdad... —exhaló la muchacha—. Todo... es verdad...

—Pero no significa...

Ella lo miró, consiguiendo que sus ojos atravesaran la cortina de lágrimas.

—¿Es que... no te das cuenta? —balbuceó.

—Te adoptaron, pero no significa que tu padre...

—Es algo más que eso —le detuvo Estela—. ¿No te das cuenta? Es algo más que eso.

Miguel pareció no entender. Frunció el ceño.

—Mi hermana, Miguel —dijo su novia con una nueva sombra de terror en su tono—. Mi hermana también es adoptada.

Habían pasado sólo unas horas, pero era como si hubiese transcurrido una vida entera.

Ya nada era igual.

Todo había cambiado.

Y ya no le quedaban lágrimas.

Miró su habitación, las cuatro paredes cargadas de posters, fotos, recuerdos; su mesa, los estantes, el armario; la misma cama en la que se hallaba, y que de pronto se le antojaba una isla en mitad de la tormenta. El ojo del huracán.

Decían que el centro de la llama de una cerilla es frío. A su alrededor todo ardía pero ella estaba helada en el centro de ese espacio.

Y mientras, su vida pasaba a la velocidad de la luz, una y otra vez, formando fiases incesantes. Se veía a sí misma, y a Alexandra, y a sus... padres, en momentos determinados, casi todos felices, sonrientes, cargados de evocaciones.

El día en que Alexandra se cayó al estanque de los patos en el parque zoológico; el día en que ella ganó aquel concurso de redacciones en el colegio; el día en que Armando Lavalle tuvo aquel ataque de apendicitis y, en el hospital, ella, con apenas diez años, le pidió a Dios que no se muriera, y que a cambio se quedaría soltera; el día en que su madre...

Días y más días.

Una vida entera.

Recordó otra película, reciente, mala pero... con una escena que se le quedó grabada en el alma. Ella, la protagonista, era una mujer que decía estar perdidamente enamorada de su marido, y en efecto se trataba de una señora apasionada y con los sentimientos a flor de piel, como muchas. De

pronto el marido se enamoraba de otra, y la esposa le gritaba: «Te odio. Eres un hombre despreciable. No sabes las ganas que tengo de matarte».

Se había preguntado cómo podía pasarse del amor al odio así, en unos instantes.

Se había preguntado si era posible.

«Odio». Una palabra que siempre había despreciado.

Por eso ayudaba en una ONG. Por eso buscaba algo más en su vida. Por eso sentía la necesidad de involucrarse en los problemas de la gente y del mundo en general.

Porque había demasiado odio.

Su madre verdadera, y su padre, habían muerto por ese odio. Y Graciela Mariani era igual que ella.

Estela cerró los ojos.

Deseó odiar, odiar, con todas sus fuerzas.

Vio a su madre esposada, dándole la vida, con el cuerpo roto por la tortura, y aun así, capaz de verter en ella todo su amor y darle el aliento de la existencia. Y la vio gritar mientras la arrebatában de su lado. La vio regresar a su celda en la Escuela de Mecánica de la Armada. La vio morir en aquellos dos o tres días siguientes.

Vio todo eso y lo sintió. La quemó por dentro.

Y aun así...

¿Cómo odiar?

Nunca lo había hecho. Y ahora, aunque parecía necesitarlo, no hallaba en su interior ningún camino, ningún recoveco en el que alimentar un odio que la permitiera liberarse de alguna forma, protegerse. Porque en el fondo el odio lo único que hace es proteger, te da una capa, una costra de inmunidad.

Alguien la había partido en dos.

Con un antes y un después.

Llenó sus pulmones de aire y lo expiró despacio.

La vida era una toma de decisiones constante.

Si pudiera irse unos días...

Escuchó la voz de su madre detrás de la puerta.

—¡Estela, a la mesa!

No había visto todavía a Armando Lavallo.

Diecinueve años, casi veinte, queriéndole.

¿Cómo borrar eso?

—¿Estela?

—Sí, mamá.

Tenía que levantarse, salir, mirarles a los ojos, hablar.

No podía odiar.

Pero tampoco olvidar.

¿Y perdonar?

CUARTA PARTE

Cuarto creciente

Le abrió la puerta la dueña de la casa, Jacinta. No hizo ningún gesto fuera de lo común al verla, ni de sorpresa ni de alegría. Su cara se mantuvo neutra, cincelada sobre la corrección de sus rasgos agradables y armoniosos. Ni si quiera habló. Fue Estela la que lo hizo.

—¿Está Ana Cecilia?

—Sí, pasa —la tuteó.

Entró en la casa y se sentó en el mismo lugar que la primera vez. Jacinta ni siquiera tuvo que avisar a su invitada argentina. Ana Cecilia Mariani apareció antes de que ella abandonara la estancia. Intercambiaron una mirada al cruzarse. Nada más. Después la mujer las dejó solas.

Ana Cecilia Mariani también se sentó en el mismo sitio que dos días atrás. Miró a Estela con un ligero atisbo de sonrisa en sus labios, expectante, y aun así le preguntó:

—¿Cómo estás?

—Bien —asintió la muchacha.

La hermana de Graciela Mariani tenía las manos unidas. De tanto apretarlas se le blanquearon los nudillos, aunque esa fue la única señal de que lo estuviese haciendo. Nada en ella traslucía una posible tensión interior. Sus ojos se dulcificaron gradualmente, mientras la miraba.

Unos ojos súbitamente llenos de recuerdos, imágenes y evocaciones.

—¿Has... hablado con ellos? —preguntó por fin.

—No.

Pareció desilusionarse. Una ceniza gris la envolvió y la hizo perder brillo. Pese a ello continuó mirándola fijamente.

—Mi madre es estéril —dijo Estela.

—¿Cómo...?

—Encontré unos documentos médicos, fechados en 1977. No podían tener hijos.

—Así que...

—Es verdad —confirmó Estela.

Ana Cecilia Mariani se dejó caer hacia atrás, agotada. Mucho más que al dar con ella, el momento de la máxima tensión era aquel, el de la confirmación, vencidas las dudas, las reticencias.

—Siento el dolor que esto te causa —musitó sincera.

—Gracias.

—Pero me alegro de haberte encontrado.

—Lo sé, tía.

Era la primera vez que la llamaba así, y Ana Cecilia Mariani lo acusó. Sus ojos iniciaron un desbordamiento que logró dominar a duras penas. También pareció dispuesta a saltar de la butaca y abrazarla. No lo hizo, se contuvo, y la escena pareció un milagro de calma en mitad de la tempestad de sus sentidos.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Aún no estoy segura, pero he venido a verte para pedirte un par de cosas.

—El qué.

—La primera, que confíes en mí.

—Confío en ti, claro —dijo dulcemente Ana Cecilia Mariani.

—Entonces dame unos días de margen. Y cuando pueda o crea que ya tengo las cosas en orden, volveré a verte, para hablar y empezar a conocernos mejor. Bueno, suponiendo que no debas regresar inmediatamente a Argentina.

—No, aún no. Puedo esperar lo que haga falta.

—Bien —le agradeció Estela.

Y sonrió por primera vez.

—¿Y la segunda?

—Que no le denuncies.

—¿Qué?

—Ya me has oído, tía: no quiero que le denuncies.

—Pero mi niña, ese hombre mató...

—Es algo que todavía no sé —la interrumpió ella—. Pero si quieres volver a verme, prométeme que no le denunciarás.

—Estela... —la mujer volvió a blanquear sus nudillos, y en esta ocasión dos lágrimas resbalaron de golpe por sus mejillas—. No sólo la mató a ella, sino que te robó a ti, y fue también el responsable indirecto con ello de la muerte de tu abuela.

—Tía, por favor.

—Es que no lo entiendo. ¿Por qué?

—Porque antes he de hablar con mi madre.

Era su madre. La única que había conocido, así que no hubo ninguna corrección por parte de Ana Cecilia.

—¿Y con él?

—Es posible, aún no lo sé. Depende de lo que me diga ella.

—Entonces, ¿lo haces por tu madre?

—No. Lo hago por mi hermana Alexandra.

Su tía enarcó las cejas. Pareció comprender de pronto.

—Si tu madre es estéril...

—Mi hermana también es hija de unos desaparecidos.

—Entonces encontraremos a su familia, seguro. Conseguiremos...

—No, tía —la detuvo Estela de nuevo—. Aún no lo entiendes, ¿verdad? Ya no se trata de mí. Se trata también de ella. No quiero que lo sepa.

—¡Estela!

—Tienes razón, la verdad acaba por salir siempre a flote, como un corcho en el agua, pero... Alexandra no debe saber nada todavía, al menos hasta que no encontremos a su familia o... no sé. Pero todavía no, de verdad, tía, no ahora. Todavía no.

—¿Por qué?

—Porque ella no lo soportaría.

—Soportamos mucho, muchísimo, más de lo que te puedas imaginar.

—Yo tengo diecinueve años, cumplo veinte dentro de unos meses. Incluso tengo a Miguel. Mi hermana sólo tiene dieciséis, es una niña, y está sola. Se cree una mujer, pero aún no lo es, en serio. Y por si fuera

poco, pese a que discuten mucho, está loca con su padre. No podemos hundirla ahora.

—¿Y si un día te lo echa en cara?

—Correré el riesgo, pero tú no la conoces. Es muy diferente a mí. Sé que hago bien, y después de todo, sólo serán dos o tres años.

—¿Y si damos con su familia antes?

—Entonces lo decidiremos.

Ana Cecilia Mariani forzó una sonrisa de dulce pesar.

—La quieres mucho, ¿eh?

—Mucho, más que nunca.

—¿Os habéis llevado bien?

—Sí. Alguna pelea de hermana pero... sí. Te repito que hago esto por ella, y no dejaré de pensar en ella cuando... —se detuvo. No hizo falta que siguiera hablando y completara la frase.

—Está bien, está bien —aceptó su tía.

Fue como si le quitara un enorme peso de encima.

—Gracias.

—Tiempo al tiempo —suspiró la mujer.

—Tiempo al tiempo —asintió ella.

Parecía todo dicho. Quedaba un mundo, un universo entero de revelaciones, pero en ese instante parecía todo dicho. El silencio que las envolvió fue como una catarsis final.

—Estela —dijo Ana Cecilia Mariani—. ¿Puedo abrazarte?

Y su sobrina se puso en pie.

Ella también lo necesitaba.

Desde que había entrado en la casa.

Petra Puigbó estaba sentada, pero aun así se derrumbó de una forma ostensible, igual que si algo en su interior se hubiese caído desde un rascacielos, estrellándose contra el suelo y haciéndose añicos en él.

Desde aquella sima abierta en su razón, miró a su hija.

Una mirada distinta, diferente a cuantas ella recordase en los ojos de su madre a lo largo de toda su vida.

La mirada del miedo.

—¿Cómo...?

—Una hermana de mi verdadera madre ha dado conmigo.

—Dios, ¡Dios!

—Tranquila, ¿vale?

—Hija...

—Mamá: te quiero, eso no cambia nada.

La mujer empezó a llorar. Estela hizo ademán de ir a sentarse a su lado, pero lo evitó. Continuó de pie. Necesitaba moverse.

—Siempre... —Petra Puigbó apenas si podía hablar—. Siempre supe que un día...

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Crees que habría podido?

—No lo sé —reconoció Estela—. Pero no se puede huir toda la vida.

—Fue algo tan... natural.

—¿Natural? —parpadeó la muchacha.

—Claro —su madre la cubrió con una mirada de ternura—. Imagínate: yo no podía tener hijos. Cuando nos casamos, lo que más deseaba era concebir, sentir que una vida crecía en mí. Siempre había dicho que tendría tres hijos, por lo menos. Y al no quedarme en estado... Fue un duro golpe para él y para mí. Durísimo. Entonces, una noche, apareció contigo

en los brazos. Y eras la niña más guapa del mundo, Estela. Eras un dulce. Me dijo que tu madre había muerto al dar a luz y que todo estaba arreglado: que eras nuestra. ¡Nuestra! Fue... Tú no sabes lo que representaste para mí en ese momento, y siempre.

—¿No hiciste preguntas?

—¿Qué preguntas?

—¿Y Alexandra? ¿Otro milagro?

Alexandra.

Fue como si recordara a su otra hija de pronto.

—¿Se lo has dicho a ella?

—No, ni lo haré.

—¿Por qué?

—Porque la quiero demasiado, y porque aún es pronto.

—¿Pronto? —su voz era un delgado hilo lleno de miedos.

—Alexandra necesita algo más que esto ahora mismo.

Y quiero darle esa oportunidad.

—¿Qué piensas hacer?

—Te lo diré después de hablar con él.

—Tu padre no...

—Es necesario, compréndelo. Ya no es tiempo de milagros, sino de realidades.

—Estela... —pareció reprocharle el tono—. Eran días difíciles, eso es todo. Y tu padre se benefició de estar ahí en ese momento. Nunca te lo dije, pero antes de Alexandra, tuviste un hermano.

—¿Cómo?

—Tenías un añito, y papá trajo a casa un niño. Lo malo es que se nos murió a las dos semanas. Por eso después renunciamos a más sueños, hasta que apareció Alexandra.

—¿Otra mujer muerta en el parto?

—Sí.

Miró a su madre con estupefacción. Había cerrado los ojos a la realidad. Así de simple. Ninguna pregunta. Dones del cielo. Y si algo sabía, o intuía, había callado, entonces y durante los años siguientes.

Un muro de silencio.

Aunque también fuese un cáncer invisible devorándola por dentro.

A ella y... tal vez a él.

—¿Alguna vez le preguntaste?

—Cuando cayeron los militares, y me dijo que tendríamos que huir, comprendí que..., bueno, que algo de ilegal tuvo que haber en todo. Además, ya estaban ellas, las madres de la Plaza de Mayo, y después las madres y las abuelas. En realidad no pensé que pudiera existir delito alguno, sólo pensé que alguien podía reclamaros, y serme arrebatadas, las dos. Ese ha sido mi gran miedo desde entonces. Por eso entendí que debiéramos huir. Por vosotras.

—¿No por él?

—No, ¿por qué? No era más que un oficial del cuerpo de suministros, y se salió del ejército después de traer a Alexandra, para montar el negocio que al final montamos aquí, en España.

—¿Papá estaba en... suministros? —preguntó Estela.

—Sí.

—¿No interrogaba a los detenidos?

—¡No!

Su cara reflejaba horror.

—Mamá, ¿cómo tenía acceso a mujeres en estado, o cómo podía llevarse al hijo de una de ellas?

—Porque conocía a mucha gente.

Recordó aquel artículo de unos días antes, en el que se decía que los militares se repartían los bebés como si fueran televisores.

Tal vez fuese verdad. Al fin y al cabo, lo que decía tenía sentido.

—Sin embargo tú has dicho que tenías miedo, de las abuelas y las madres de la Plaza de Mayo. Eso significa que sabías que podíamos ser hijas de desaparecidas.

—Estela, por favor...

—Mamá, ya no hay «porfavores» que valgan. Ahora es el momento de la verdad.

—Es que yo... no sé... No sé, te lo juro...

—¿Lo sospechabas?

—No sé, no sé...

—¿Lo sospechabas, mamá? —repitió Estela.

—¡Es posible! ¡Sí! ¡No lo sé! ¡No quería pensar en ello! —fue un estallido emocional—. ¡Vivíamos ya aquí, y el pasado estaba lejos, muy lejos!

—Así que dejaste de pensar.

Petra Puigbó lo miró con una súplica en los ojos.

—Estela, ¿por qué me torturas de esta forma?

—¿Cómo crees que me siento, mamá?

—¡Pero eres nuestra hija! ¡Te queremos!

—Si no lo supiera, no estaría aquí. Pero necesito saber más.

—¿Por qué? Te va a hacer daño.

—¿Crees que no lo sé?

—Entonces...

—Yo no quiero cerrar los ojos como hiciste tú.

—¿Qué más quieres saber ahora?

—Quiero saber cómo me consiguió él.

Le costaba decir ya «papá».

—¿Qué quieres decir?

—Mi madre biológica tenía veintitrés años, estudiaba, y era una activista en pro de las libertades, los derechos humanos y cosas así. Quiero saber qué le hizo él.

—¡Estela! —el horror volvió a su rostro—. ¡Él no hizo nada!

—Así que dejaste de pensar.

Petra Puigbó la miró con una súplica en los ojos.

—Estela, ¿por qué me torturas de esta forma?

—¿Cómo crees que me siento, mamá?

—¡Pero eres nuestra hija! ¡Te queremos!

—Si no lo supiera, no estaría aquí. Pero necesito saber más.

—¿Por qué? Te va a hacer daño.

—¿Crees que no lo sé?

—Entonces...

—Yo no quiero cerrar los ojos como hiciste tú.

—¿Qué más quieres saber ahora?

—Quiero saber cómo me consiguió él.

Le costaba decir ya «papá».

—¿Qué quieres decir?

—Mi madre biológica tenía veintitrés años, estudiaba, y era una activista en pro de las libertades, los derechos humanos y cosas así. Quiero saber qué le hizo él.

—¡Estela! —el horror volvió a su rostro—. ¡Él no hizo nada!

—Torturaron y mataron a mi madre —el nudo reapareció en su garganta como por arte de magia—. Y hay testigos que afirman que él estaba allí.

—¡No! —fue más que un grito. Fue un desgarró—. ¡No! ¡No! ¡No!

—Torturó a Graciela Mariani dos meses, y me arrancó de sus manos después de dar a luz. Luego la dejó morir.

—¡NO!

Y rompió a llorar de una forma absoluta, torrencial, completamente rota.

Decía la verdad. Su verdad.

Estela era consciente de ello.

Armando Lavallo estaba solo cuando ella entró en la sala. Premeditadamente e inconscientemente solo. Su madre y Alexandra habían salido. No había nadie en casa. Hasta el televisor se hallaba apagado. El cabeza de familia leía el periódico, ajeno a todo.

Estela se detuvo ante él y esperó.

Tranquila.

Después de todo, lo más importante había sido tomar la decisión. Pero una vez tomada, las cosas le parecían, si no más sencillas, sí más coherentes, incluso racionales.

El hombre levantó la cabeza y fijó sus ojos en su hija.

—Me voy —anunció Estela.

—Ah, bueno —trató de centrar otra vez su atención en el periódico—. No regreses tarde.

—No lo has entendido... —estuvo a punto de decir «papá»—. Me voy de casa.

—¿Cómo dices?

—Me voy a vivir con Miguel. Una hermana suya nos deja su casa seis meses. En ese tiempo ya encontraremos algo mejor.

—Estela, ¿de qué demonios estás hablando? —el tono aumentó. La autoridad se hizo manifiesta.

Cayó el periódico, sobre su regazo.

—Lo sé todo, y es mejor así. Mucho mejor.

—¿Que sabes qué?

—Graciela Mariani.

Fue como si le hubiese disparado. Exactamente igual que si le hubiese apuntado con una pistola entre los ojos y después hubiese apretado el

gatillo. En lugar de estallarle la cabeza, convertida en una bola de sangre, lo que le estalló fue la conciencia.

Armando Lavallo se quedó blanco como la cera.

—¿Quién... dijiste?

—Graciela Mariani —repitió Estela.

—Ese nombre...

—Era el de mi madre, veintitrés años, detenida en julio de 1978, embarazada de siete meses. Dentro de un par de meses hará veinte años de todo. Con ella fueron detenidos mi padre, Claudio Granados, y mi tío, Roberto Mariani. ¿Quieres que siga?

Lo dijo sin ambages, sin miedos ni tartamudeos, con una asombrosa naturalidad. Esa frialdad fue lo que acabó de hacer mella en el ánimo del hombre.

—Estela...

Ahora la que lo miraba fijamente era ella.

—Estela, hija... —balbuceó Armando Lavallo—. No sabes...

—Sí sé. Al menos lo suficiente.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Mi abuela materna murió, pero quedaba una tía. Ella me lo ha contado todo.

—¿Has creído lo primero que una desconocida te ha dicho?

—Por favor, por favor...

No fue una súplica, sólo una forma de pedirle sinceridad.

Armando Lavallo se puso en pie. No fue una tarea fácil. Era como si su cuerpo pesara una tonelada. Al tratar de abrazarla, Estela se apartó de forma instintiva. Y de manera aún más instintiva le miró las manos.

Sus manos grandes, recias.

El hombre también se dio cuenta de ello.

—Estela, no —musitó temblando.

—Por favor, dejémoslo así, ¿vale? Por favor.

—Yo no la maté —dijo Armando Lavallo—. Murió y tú estabas allí, nada más. Iban a llevarte a una casa cuna.

Se lo dijo despacio, muy despacio.

—Mi madre fue torturada dos meses, la llevaron a un hospital para que diera a luz, parió esposada, me arrancaron de sus manos tras el nacimiento, y ella regresó a la Escuela de Mecánica de la Armada, donde tardó dos o tres días más en morir. Le cortaron los pezones, las nalgas y las plantas de los pies, la quemaron con descargas eléctricas...

—¡Pero no fui yo! —gritó él—. ¡No fui yo, por Dios, Estelita! ¿Tú crees que yo soy un asesino? ¡No, no lo hice!

—¿Estabas allí?

Fue una bofetada, seca, firme.

—¿Estabas allí? —repitió la pregunta ella.

—Yo... no era nadie, cumplía órdenes...

Armando Lavalle comenzaba a parecer un loco. Los ojos desorbitados, el rostro desencajado, las manos engarbadas en torno al enorme vacío abierto ante sí.

—Pero estabas allí —dijo Estela.

No la replicó. Ya no.

—La matasteis todos, ¿sabes? —desgranó sin perder su calma Estela—. Todos. Unos dando órdenes, otros cumpliéndolas, otros mirando, otros callando... ¿Qué importa? Probablemente fue una locura, pero existió, fue real. Quizás no la mataras tú, tal vez no la torturaras ni una sola vez, a lo mejor ni te reiste ni la insultaste ni la odiaste, pero estabas allí, y te quedaste con algo suyo —suspiró para llenar sus pulmones de aire antes de agregar—: Me pregunto cómo has podido resistirlo todos estos años, y más viéndome crecer, recordándote a mi madre en todo, no sólo en lo físico. También en el carácter.

—¿Crees que pude olvidar?

Bajó la cabeza, o mejor dicho, la dejó caer sobre su pecho. Las manos igualmente dejaron de moverse ante sí. Murieron a ambos lados de su cuerpo.

Aceptando la derrota.

—No, no habrá sido fácil —le concedió Estela—. Sin embargo has sobrevivido, de la misma forma que yo voy a intentar sobrevivir con ello a partir de ahora.

—No te marches, por favor.

—He de hacerlo.

—Tu madre...

Sabía a cuál de ellas se refería. A la única que había conocido.

—Lo sabe todo.

—Dios... —suspiró Armando Lavallo.

—Alexandra también lo sabrá algún día. Puede que tarde un par de años, quizás más, quizás menos. Pero lo sabrá. Sería mejor que le dieras una oportunidad.

Se enfrentó a la muchacha con los ojos convertidos en apenas dos líneas horizontales, el rostro surcado de arrugas imposibles y la angustia carcomiéndole hasta la última gota de resistencia.

—¿Te vas por eso?

—Por eso y más. Ya no podría seguir aquí.

Quiso moverse, pero sólo consiguió que se le doblaran las rodillas y acabó derrumbándose en la butaca de la que se había levantado, encima del periódico. Estela no sintió nada, ni compasión ni odio. Nada. Sabía que sería así. Lo había sabido desde que tomó la decisión final.

Los sentimientos aparecerían después, como los había tenido antes.

Ahora necesitaba únicamente su fuerza.

—Te quiero, Estela —musitó Armando Lavallo.

—Lo sé —admitió ella.

No era Carla Artés. Nunca le pegaron ni torturaron ni...

—Siempre serás nuestra niña, ¿sabes?

No dijo nada.

Tampoco cuando él suplicó:

—Perdónanos...

Y se echó a llorar inmóvil en la butaca y en su derrota.

Estela le miró por última vez.

Luego dio media vuelta y salió de la habitación.

Nunca sería libre, pero por lo menos el peso de sus cadenas era soportable. Tanto como para dejarla vivir.

Alexandra salió del portal con la última maleta, y la dejó en la calle, jadeando, para que Miguel la recogiera, cargara con ella y la subiera al coche.

Le observó mientras lo hacía.

Luego suspiró.

—¡Qué suerte!

Estela le dirigió una sonrisa cómplice.

—No te quejes: te quedas con mi habitación, que es mayor, y con mi equipo de música... de momento.

—Sí, ya, pero tú te vas a vivir con él, ¡jo!

—Tú también lo harás algún día.

—¿Yo? ¡Ya! Aún no entiendo cómo te dejan marchar, pero lo que es a mí... ¡Seguro que me vigilan más desde ahora! Yo no tengo tu potra. ¡Yo casada! Oye —su cara cambió de golpe y se acercó a su hermana en plan misterioso—, ¿seguro que no estás embarazada?

—¡No!

—¿No te echan de casa ni nada de eso?

—¡Que no!

—Pues no lo entiendo, qué quieres que te diga —e insistió en su tono cómplice—. Que a mí puedes decírmelo, ¿eh?

—Alexandra...

—Vale, vale. De todas formas si lo estás, en unos meses ya se te verá.

—Por supuesto.

—Es que con lo carca que es papá... lo entendería. Pero así...

Miguel se acercó a ellas.

—¿Hay algo más? —quiso saber.

—No, nada —le dijo Estela.

—De acuerdo.

Regresó al coche para terminar de colocar las cosas. Las dos hermanas volvieron a quedarse solas en mitad de la acera. Estela tenía una extraña sensación, de adiós, de olvido, de nostalgia prematura, de miedo, de valor.

—Estela —cuchicheó Alexandra a su lado.

—¿Qué?

—Te has peleado con él, ¿verdad?

—No.

—¿Entonces por qué no está aquí, por qué lloraba anoche mamá, por qué todo ha sido tan rápido? ¡No soy una cría, tengo dieciséis años, bueno, ya prácticamente diecisiete!

—Confía en mí. Eso es todo.

—Sí, claro, y ya está.

—Algún día tú también buscarás la memoria de los seres perdidos.

—¿Y eso qué es?

—El destino.

—¡Jo!, ¿quieres dejar de hablar como si esto fuera uno de esos libros que nos hacen leer en el instituto y que no hay Dios que los entienda?

Miguel le hizo una seña a su novia desde el coche.

La hora.

Estela se volvió y miró a su hermana menor.

Su hermana menor.

Nada podría cambiar eso.

—Te quiero —le dijo.

A Alexandra se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Oye, que iré a verte todas las semanas, no creas.

—Ya lo sé.

—Tú también vendrás, ¿no?

No pensaba hacerlo. Ya no. Pero siempre estaría ella, su madre. La única que había conocido. Así que comprendió que sí, que lo haría, cuando no estuviese él.

Luego, con el tiempo...

Y más cuando Alexandra supiese la verdad final...

—Claro —manifestó.

Se abrazaron las dos, fuertemente, hasta ahogarse la una a la otra.

Después Estela se apartó de su lado, echó a andar, pasó por entre dos coches aparcados y se metió en el suyo por la puerta que Miguel ya tenía abierta, esperándola.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Sí, pero arranca rápido, por favor.

—Claro.

Se puso al volante y giró la llave de contacto. El motor rugió una sola vez. Tras meter primera, las ruedas del vehículo dieron las primeras vueltas sobre sí mismas.

Estela miró a Alexandra, quieta en mitad de la acera.

La chica levantó una mano.

Ella hizo lo propio.

Parecía tan solitaria diciéndole adiós... Con su memoria todavía intacta.

O perdida.

—Allá vamos —oyó suspirar a Miguel.

Y supo que así era.

*¿Qué hacen estas mujeres bailando solas?
¿Por qué tienen los ojos tan tristes?
¿Qué hacen aquí los soldados
con rostros imperturbables como piedras?
Es la única forma de protesta permitida
He visto el frenético grito de sus silenciosos rostros
Si lo expresaran con palabras también desaparecerían
Otra mujer en la mesa de tortura
¿Qué otra cosa pueden hacer?
Ellas danzan con los desaparecidos.
Ellas danzan con los muertos.
Ellas danzan con amores invisibles.
Ellas danzan con silenciosa angustia.
Danzan con sus padres.
Danzan con sus hijos.
Danzan con sus maridos.
Danzan solas, danzan solas.
Un día bailaremos sobre sus tumbas
Un día cantaremos nuestra libertad
Un día reiremos de alegría
Y bailaremos*

Sting

Anotaciones y créditos finales a *La memoria de los seres perdidos*

Al igual que en Chile en 1973, en 1976 la República Argentina inició una oscura etapa en su existencia con el golpe militar que, en los años siguientes, condujo a la desaparición de miles de personas. El lapso de tiempo más dramático de este período tuvo lugar entre 1977 y 1979. En 1978, durante los Mundiales de Fútbol celebrados en el país y ganados por la selección argentina ante, las cámaras de televisión del mundo entero, mientras miles de gargantas cantaban los goles de la victoria, en las cárceles, se silenciaban los gritos de los torturados.

La vuelta a la democracia en 1983, con la victoria del presidente Alfonsín, puso fin a los años de oscuridad, y por primera vez las voces de los desaparecidos pudieron oírse. No eran las suyas propiamente dichas, sino las de sus padres y madres, esposos y esposas, hijos e hijas. Todo comenzó incluso antes, en plena dictadura, con las manifestaciones de las *madres de la Plaza de Mayo*. Desde ese momento se han dado numerosas historias similares de forma más o menos constante a lo largo de veinte años, y hasta hoy. Y de cada una podría hacerse un libro, una película, una denuncia. Con cada una podemos recordar, para no olvidar.

A mitad de los años ochenta, investigando para llevar a cabo un reportaje sobre los desaparecidos, comencé a recopilar la información que me ha servido ahora para escribir esta obra. Así fue como conseguí los dossier, denuncias y testimonios de las familias de muchos desaparecidos. Si he esperado más de diez años para escribirla, ha sido, únicamente,

porque quería que la protagonista fuese cuando menos una adolescente. Me hubiera resultado difícil encomendar la misión de ese protagonismo a un niño o a una niña de ocho, nueve, diez o doce años de edad. Sinceramente, por buen escritor que se sea, hay cosas que escapan a toda razón. ¿Cómo reacciona un pequeño al que se le dice que su padre no es su padre, y que, encima, es el asesino de su verdadera madre, su madre biológica? Ante la impotencia de entonces, me juré, eso sí, no olvidar mi idea, y retomarla cuando esa protagonista pudiera reaccionar con lógica y con autenticidad. En 1997 he creído que la hora había llegado. Es más, a lo largo de este año, las noticias sobre los desaparecidos han proliferado, y son muchos los adolescentes y jóvenes que se han encontrado ante un caso como el de la Estela de este relato.

Así que nada ha cambiado.

Todo sigue, y seguirá, mientras exista un desaparecido sin hallar o un bebé adoptado ilegalmente en aquellos días. Por eso mi novela se sitúa en la primavera de 1998, coincidiendo con su aparición en forma de libro.

Esta historia es pues inventada, pero sucedió. Y está sucediendo. Y sucede ahora cada vez que una niña o un niño es hallado, y cada vez que una familia reconstruye uno de sus pedazos. Está hecha con las declaraciones, denuncias y entrevistas realizadas a más de dos docenas de abuelas y madres de desaparecidos y desaparecidas. Es el resultado de muchas historias que sucedieron, sin diferenciarse mucho de las otras, porque el denominador común era el mismo, los agresores los mismos, y las víctimas las mismas. Por esta razón y como epílogo quisiera mencionar aquí sus nombres, los presentes en los dossier, denuncias e informes que recopilé a mitad de los años ochenta, los de quienes desaparecieron, los de los hijos e hijas que nacieron en su cautiverio antes de esa desaparición, y los de quienes los han buscado o los siguen buscando en la actualidad. Son sólo una parte, muy pequeña, pero en las historias de estas personas tanto como en los reencuentros posteriores me he basado para escribir esta novela.

En su memoria:

Desaparecida Laura Estela Carlotto, 23 años, embarazada de dos meses y medio, y su hijo, nacido en cautiverio. Padres denunciante: Guido Carlotto y Enriqueta Estela Barnes.

Desaparecidos Marta Inés Vaccaro, 22 años, embarazada de siete meses; su marido, Hernando Deria, de 21 años; y su hijo o hija, nacido en cautiverio. Madre denunciante: Luisa Mationia de Vaccaro.

Desaparecida María Teresa Ravignati, 25 años, embarazada de dos meses, y su hijo o hija, nacido en cautiverio. Padres denunciante: José Enrique Ravignati y María Isabel Larrague.

Desaparecidos Beatriz Haydée Neuhaus de Martinis, embarazada de cuatro meses; su marido Juan Francisco Martinis; y su hijo, nacido en cautiverio. Madre denunciante: Beatriz H. N. Aicardi de Neuhaus.

Desaparecidos Óscar Julián Urra Ferrarese, 24 años; su esposa Susana Elena Ossola, 22 años, embarazada de tres meses; y su hijo, bautizado como Ernesto Julián, y nacido en cautiverio. Madre denunciante: María Paulina Ferrarese, vda. de Urra.

Desaparecidos Liliana Graciela Barrios, 22 años, embarazada de cinco meses; su esposo Héctor Rafael Ovejero; y su hijo, nacido en cautiverio.

Madre denunciante: Eva H. Márquez de Castillo Barrios.

Desaparecidos María Rosa Ana Tolosa, 24 años, embarazada de seis meses; su esposo, Juan Enrique Reggiani, 24 años; y sus dos hijas mellizas, nacidas en cautiverio. Padres denunciante: Hipólito M. A. Tolosa y Martha Penela.

Desaparecidos Mónica María Lemos, 25 años, embarazada de ocho meses; su marido, Gustavo A. Lavalle, 23 años; y su hijo, nacido en cautiverio (otra hija, de 14 meses, fue abandonada por la policía a los cinco meses de la detención frente a la puerta de la casa de los abuelos, al estar ellos ausentes). Madre denunciante: Haydée Vallino de Lemos.

Desaparecidos María Cristina López Guerra, 21 años, embarazada; su marido Martín Belaustegui Herrera, 20 años; y su hijo o hija, nacido en cautiverio. Madre denunciante: Concaro de López Guerra.

Desaparecidos Patricia Julia Roisinblit, 25 años, embarazada de ocho meses; su marido José Manuel Pérez Rojo, 25 años; y su hijo Rodolfo, nacido en cautiverio. Madres denunciantes: Rosa y Argentina.

Desaparecidos Elena de la Cuadra, 22 años, embarazada de cinco meses; su marido Héctor Carlos Baratti; y su hija Ana, nacida en cautiverio. Madre denunciante: Alicia Zubasnabar.

Desaparecidos Gabriel Matías Cevasco, de tres meses de edad, y su madre, María Leiva Sueyro, de 29 años. Padres denunciantes: María Delia Sueyro y Enrique Eduardo Cevasco.

Desaparecida Clara Anahi Mariani, de cuatro meses de edad, después del asesinato de sus padres, Diana E. Teruggi y Daniel E. Mariani. Madre denunciante: María Isabel Chorobik.

Desaparecidos José Poblete, 23 años de edad, con las dos piernas amputadas; su esposa, Marta Gertrudis Hlaczik, y su hija, de ocho meses de edad. Madre denunciante: Buscarita Roa.

Desaparecidos Claudio Ernesto Logares, su esposa Ménica Sofía Grinspon, y su hija de 23 meses de edad. Madre denunciante: Elsa Beatriz Pavón.

Desaparecidos María Hilda Pérez, embarazada de cinco meses; su esposo José María Donda, y el hijo o hija que nació en cautiverio. Una hija de un año se salvó por estar en casa de su abuela en el momento de las detenciones. Madre denunciante: Leontina Puebla.

Desaparecidos Stella Maris Montesano, 31 años, embarazada de ocho meses; su esposo Jorge Óscar Ogando, 32 años; y el niño nacido en

cautiverio, de nombre Martín. Madre denunciante: Delia Cecilia Giovanola.

Desaparecidos Liliana Beatriz Caimi, embarazada de cinco meses; su esposo Andrés Marizcurrena; y su hijo o hija, nacido en cautiverio. Madre denunciante: Raquel Radío.

Desaparecidos María Asunción Artigas, 28 años, embarazada de tres meses; su marido, Alfredo Moyano, 23 años; y su hijo o hija, nacido en cautiverio. Madre denunciante: Enriqueta Santander.

Desaparecida Gladis Cristina Castro, 27 años, embarazada de seis meses, y su hijo o hija, nacido en cautiverio. Madre denunciante: María Assof de Domínguez.

Desaparecida María Isabel Jiménez, de 41 años, embarazada de dos meses, y su hijo o hija, nacido en cautiverio. Hermano denunciante: Joaquín Absalón Pérez.

Desaparecida Irma Ross, 21 años, embarazada de cuatro meses, y sus hijos, mellizos, nacidos en cautiverio. Familiares denunciantes: Elda E. T. de Rossetti, Lucía Y. R. de Ross y Adalberto E. Rossetti.

Desaparecidos Liliana Celia Fontana Deharbe, 20 años, embarazada de dos meses, su marido y el hijo o hija nacido en cautiverio. Madre denunciante: Celia Deharbe de Fontana.

Desaparecidos María Inés Carrieri, 34 años, embarazada de cinco meses; su esposo Miguel Francisco Velázquez, de 35 años; y su hijo o hija nacido en cautiverio. Los cinco hijos mayores del matrimonio, de 13, 6, 4 y 3 años de edad y el menor, de veinte meses, no se hallaban en el domicilio paterno en el momento de la detención. Madre denunciante: Blanca Marsicano.

Desaparecidos Elena Delia Garaguso, 21 años, embarazada de tres meses; su esposo Ornar Tristán Roldán, 19 años; y su hijo o hija, nacido en

cautiverio. Madre denunciante: Leónidas Floreal Roldán.

Desaparecidos María Leonor Abinet, 33 años, embarazada de siete meses; su esposo Miguel Ángel Gallinario; y el hijo o hija nacido en cautividad. No se llevaron a sus dos hijas de 9 y 7 años de edad. Madre denunciante: Leonor Isabel Alonso.

Desaparecida Ana María Pérez de Azcona, embarazada de nueve meses, y sus dos hijos, mellizos, de nombres Coquito y Polito, nacidos en cautiverio y separados de ella a los dos años de edad. Madre denunciante: Elvira Berta Sánchez.

Con todo mi amor.